

EL MISTERIO DEL DEL RODAJE



MARGOTTE
CHANNING

EL MISTERIO DEL RODAJE



www.margottechanning.com

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

INTRODUCCIÓN

Los tres estaban sentados en silencio escuchando la televisión mientras paladeaban el whisky más caro que habían podido comprar, hasta que la presentadora del telediario dio la noticia que esperaban:

—Sentimos comunicarles que hoy ha fallecido D. Leandro Palomo Fernández a la edad de 68 años. El famoso compositor, nacido en el barrio de Prosperidad de Madrid consiguió sus mayores éxitos al colaborar en varias películas de cine, componiendo sus bandas sonoras. También dirigió algunas orquestas durante su larga vida profesional, como por ejemplo la de Radio Televisión Española durante cinco años. La muerte se ha producido a causa de una grave enfermedad contra la que estuvo luchando varias semanas. Descanse en paz—a pesar de que la periodista continuó hablando sobre la noticia, el hombre que estaba sentado en la parte izquierda del sofá cogió el mando y apagó la televisión. A continuación, se levantó y alzando su vaso, propuso un brindis:

—¡Por un trabajo bien hecho! —bebieron hasta la última gota dejando luego los vasos en la mesa, y se miraron durante un par de segundos en silencio con una gran sonrisa en sus caras. Sin poder esperar más, uno de ellos preguntó,

—¿Y ahora qué? —el que había propuesto el brindis, soltó una risotada de verdadera alegría antes de contestar,

—El plan funciona perfectamente, así que ahora solo nos queda...—

esperó un par de segundos antes de gritar—¡esperar a que nos inunden los billetes! —se fundieron en un abrazo dándose palmadas en la espalda y felicitándose por lo listos que habían sido. Era imposible que nadie, nunca, adivinara lo que estaban haciendo.

UNO

Germán paró el motor y miró a Isabel que seguía medio dormida en el asiento. Sonriendo le dijo, con algo de ironía:

—Hemos llegado. ¿Vienes o prefieres quedarte en el coche echando una cabezadita?

—¡Qué gracioso! —refunfuñó totalmente cabreada. Se habían dormido y no les había dado tiempo a desayunar. Isabel, cuando estaba hambrienta era insoportable, pero si eso ocurría cuando estaba recién levantada era capaz de matar a alguien. Germán se bajó y rodeó el coche para abrirla la puerta,

—Vamos, piensa en el estupendo desayuno al que te voy a invitar en un par de minutos—ella lo miró con ganas de matarlo porque no soportaba que estuviera tan tranquilo, pero decidió no contestar a semejante provocación. Cuando se alejaron del coche y escuchó el sonido de los seguros al cerrarse, cogió de la mano a su chica dispuesto a disfrutar.

—¿Cuánto hace que no vienes al Parque de Atracciones? — ella seguía muda, de hecho, no estaba seguro de que estuviera despierta—yo vine el año pasado, pero tú no porque tenías gripe—a pesar de que lo comentó con un tono normal, ella abrió los ojos sintiendo la necesidad de defenderse.

—Y te dije que, a pesar de que estaba mala vendría contigo, pero no quisiste—le recordó, mirándole con inquina. Él, sin contestar, enseñó en la entrada las dos invitaciones que había comprado, y los dejaron pasar.

—¡Germán! —miraron hacia su izquierda, y vieron a un hombre bajito, calvo y rechoncho, que sacudía el brazo hacia ellos como si estuviera ahogándose en el mar—el policía le contestó con un gesto y comenzaron a

caminar hacia él.

—¿Quién es? —Isabel entrecerró los ojos molesta por el sol, por los pájaros que cantaban en un árbol cercano, y por el mundo en general.

—El comisario principal Sergio Valls—ella abrió la boca como un pez al que acabaran de sacar del agua, y se despertó del todo.

—¿El jefe de la división de personal? —estaban llegando junto a él por lo que Germán solo asintió, sabiendo que ella se las apañaría para aparentar que estaba despierta de verdad. Pero, para darle algo de tiempo, saludó él primero a Sergio, al que había conocido cuando lo condecoró cuatro años atrás, y después, los dos se volvieron hacia Isabel que permanecía erguida, con los ojos abiertos y, aparentemente, en pleno uso de sus facultades.

—Sergio, te presento a Isabel Martín.

—Hola Isabel, tenía muchas ganas de conocerte porque me han hablado muy bien de ti—le dio la mano al igual que había hecho con Germán, y ella murmuró que estaba encantada—ahora que os tengo a los dos delante, os voy a confesar que, hace tiempo, estuve pensando en separaros. Aunque por lo que veo para ti no es una sorpresa—señaló a Germán y este se encogió de hombros sonriendo, lo que acentuó las arrugas que siempre se formaban alrededor de sus intensos ojos azules. Irguió la cabeza y el pelo moreno, que llevaba mucho más largo de lo habitual, le rozó los hombros.

Isabel no estaba tan tranquila como Germán, es más, al escuchar lo que acababa de decir el comisario Valls se había sobresaltado, sabiendo que debía ser cierto porque en el cuerpo no se permitía que las parejas trabajasen juntas. El máximo responsable de personal de la Policía Nacional de España observó durante unos instantes el pelo negro y los enormes ojos color miel de Isabel comprendiendo muchas cosas. Luego volvió a mirar a Germán, que parecía

demasiado tranquilo y que le sonrió al preguntar,

—¿Y por qué no lo has hecho? —el jefe de RRHH lo miró con picardía,

—Quizás tenga algo que ver la amenaza que hiciste de irte al FBI si lo hacíamos—Isabel abrió la boca aún más sorprendida, porque no tenía ni idea de eso.

—Jamás me atrevería a amenazar a mis jefes, quizás manifesté que me habían hecho una proposición...—Sergio rio al escucharle, y Germán sonrió con humildad.

—No hacía falta que lo hicieras, todos sabemos que están deseando que vayas a trabajar con ellos. Incluso han llamado al ministro, no es ningún secreto que han intentado presionarle de distintas maneras—Germán mantuvo su sonrisa, aunque no sabía lo del ministro—pero si para conseguir que te quedes en la policía, tenemos que dejar que trabajéis juntos así se hará, además, ojalá todos los compañeros fueran tan efectivos como vosotros. Germán creyó que ese era un buen momento para cambiar de tema.

—Gracias, Sergio—miró alrededor—y ¿cómo va la cosa este año? ¿se han vendido todas las entradas?

—Sí, sí—asintió satisfecho—cada año nos organizamos mejor. Vamos a hacer un montón de cosas nuevas y esperamos recaudar mucho más que el año pasado para la asociación.

—Me alegro, contad conmigo para lo que necesitéis.

—Es suficiente con lo que haces Germán. Ya sé que tú vas de vez en cuando a la asociación, a dar charlas a los huérfanos de los compañeros. Ese tipo de cosas son las que necesitamos, que esos chicos y sus familias no se sientan solos.

—Claro—miró hacia dos hombres que caminaban hacia ellos muy sonrientes, y Sergio se volvió y los observó antes de decir:

—¡Hombre, ya estáis aquí!, ¡estupendo, así os puedo presentar! ¡venid! —los recién llegados Iban en vaqueros, al igual que el resto del grupo y con jersey y chaquetón, porque el día era muy frío y seco, típico del invierno madrileño. Germán observó sus caras, los dos compartían rasgos familiares, la anchura de la mandíbula y la forma y el color de ojos, eran los mismos.

—Germán, Isabel permitidme que os presente a los hermanos García, Javier y Ángel—el más alto de los dos, dijo bromeando.

—Os habréis dado cuenta de que el apellido es finlandés—todos rieron por la broma.

—Encantado, ¿sois compañeros? —no recordaba haberlos visto nunca, pero era imposible conocer a todos.

—¡Que va!, ¡ojalá!, somos unos simples sacamuelas—Sergio rio con ellos, pero aclaró,

—Son unos bromistas, pero no permitas que te tomen el pelo como hacen con todos. Estos dos grandullones dedican muchas horas a la asociación sin cobrar nada, están ayudando mucho—los dos hermanos miraban a Sergio sonrientes.

—Pues muchas gracias—contestó Germán, se dio cuenta de que ellos lo miraban con curiosidad

—¿Tú eres G.C.? ¿el del avión? —el poli compuso una mueca ante la mirada divertida de su jefe y de Isabel, porque no le gustaba que lo reconocieran.

—Sí, soy yo. Pero ¿cómo os habéis dado cuenta? —el más alto de los

dos, se puso algo colorado y dijo,

—Perdona tío, pero teníamos mucha curiosidad y como ahora tenemos relación con muchos polis, hemos estado preguntando hasta que uno nos dijo tu nombre—el hermano, sin embargo, no pudo contenerse.

—¡Tío!, ¡qué suerte haberte conocido! —volvió a estrecharle la mano más efusivamente—¡verás cuando lo digamos en casa! —Germán miró a Isabel que intentaba no reírse, aunque sin demasiado éxito. Finalmente, a ella le dio pena y decidió salvarle de la situación.

—Perdonadme, pero si no desayuno me voy a caer redonda, ni siquiera hemos tomado café—los hombres la miraron comprensivos y después de despedirse, los dejaron marchar. Germán decidió saltarse el puesto de chocolate con churros que empezaba a llenarse, e ir a la cafetería donde estarían más tranquilos. Sabía que, en cuanto que se encontraran con más compañeros que lo conocían, se repetiría la escena que acababan de vivir.

—Gracias—le dio un beso en la mejilla y ella lo miró sonriendo, solo Isabel sabía cuánto le molestaba que lo trataran como si fuera un héroe.

—De nada, pero deberías empezar a asumir estos reconocimientos como algo normal. Además, poco a poco, todo se irá tranquilizando—le rozó la mano solo durante un momento—ahora dame de comer, porque es verdad que me muero de hambre.

—Sí, coge fuerzas porque... ¡te aviso de que nos vamos a montar en todo! —amenazó, ella se sentó y cogió la carta sin contestar.

—¡Venga ya, cariño!, no te mosquees, por favor—Roberto miró a sus

amigos y puso los ojos en blanco, antes de levantarse para seguir a su chica hasta la cocina, mientras Germán e Isabel comenzaban a guardar las piezas del juego en la caja.

—Me parece que esta noche no vamos a jugar más—Isabel rio por lo bajo ante el susurro de Germán

—Opino lo mismo—echó un vistazo al pasillo para asegurarse de que sus amigos todavía no volvían—tengo que confesar que disfruto un montón cuando les ganamos; y sé que no debería sentirme así, porque es mi mejor amiga, pero es que disfruto con la reacción de Natalia—Germán la miró sonriente.

—¡Eres una bruja malvada! —sonreía con tanta picardía que no pudo resistirse a darle un beso, aunque como se tuvo que levantar y hacer equilibrios por encima de la mesa, al final se lo dio en la nariz, pero ninguno de los dos se quejó.

—Ya lo sé—intentó poner cara de arrepentida mientras se sentaba—pero no puedo evitarlo, cuando pierde y se levanta de la mesa tan cabreada que casi no puede ni hablar, me da la risa. Aunque sé que yo soy igual de irracional, o peor, cuanto estoy hambrienta —escuchó los sonidos de la conversación de Roberto y Natalia que se acercaban por el pasillo—¡calla, que vuelven! — Germán hizo un gesto como si se cerrara la cremallera de la boca y continuaron guardando las fichas.

—Chicos, lo siento, pero ya sabéis lo mal que me sienta perder. Al menos, ahora se me pasa en pocos minutos—se encogió de hombros algo avergonzada— antes, el cabreo me duraba varias horas—depositó ante sus invitados un par de cafés recién hechos como ofrenda de paz, y después de sentarse ella y Roberto cada uno con su propia taza, se dirigió a Germán al ver que su novio no lo hacía.

—Hay algo que Roberto quiere decirte, pero no se atreve, así que voy a hacerlo yo porque estoy harta de ver cómo da vueltas en la cama sin dormir —se volvió hacia su novio al notar su mirada—me da igual que te enfades, Rober, tienes que contárselo. Sabes que, si hay alguien que puede ayudarte, es él—Roberto miró a German que esperaba tranquilo, y finalmente cedió.

—Verás, es que no tengo pruebas de lo que voy a decirte, es una sensación, no sé... como si mi subconsciente me hubiera avisado. Ni siquiera lo he comentado con nadie del trabajo—se encogió de hombros—es muy posible que no tenga ninguna importancia.

—Tengo mucho respeto por el poder del subconsciente. En ocasiones, te acuestas con algo en la cabeza que te parece un problema sin solución posible, y al día siguiente al despertar, sabes cómo arreglarlo—sonrió— el que te ha mandado ese aviso, no ha sido un hada, ni un gnomo, sino tu propio cerebro. Cuéntamelo Rober—cuando terminó de hablar, se bebió el resto del café. Le encantaba, y cuanto más fuerte, mejor.

—Ya—su amigo se quedó mirando su taza de café, como si en el fondo pudiera encontrar alguna respuesta—a veces creo que me estoy volviendo paranoico.

—¿Qué pasa Roberto? dímelo de una vez.

—Verás, desde hace tiempo, unos meses, he notado que se han incrementado las muertes repentinas por enfermedad en personas aparentemente sanas. No en mucha cantidad, pero...

—Imagino que te refieres a las muestras que analizáis en el centro —su amigo asintió con cara de preocupado.

—Sí, en muy poco tiempo, he visto varios casos raros. Por ejemplo, un hombre de 35 años, deportista y con una vida completamente normal, muere

de una neumonía en cuestión de días. Un ama de casa, también totalmente sana, y cuya muerte se produce también en pocos días, por meningitis—se pasó la mano por el pelo dejándoselo alborotado, y miró a los ojos a Germán a través de los cristales de sus gafas—siento que está ocurriendo algo y que no soy capaz de verlo, ya te he dicho que parece una locura—pero Germán lo miraba muy serio.

—¿De cuántas muertes estamos hablando? —Roberto dudó antes de contestar.

—No lo sé, puede que 3 o 4, quizás más, tendría que repasar mis casos de los últimos 2 meses, creo que fue por entonces, cuando comencé a tener una sensación extraña. Todo empezó con ese compositor tan famoso que murió, Leandro Palomo. Su muerte me llamó la atención porque le habían dado un premio pocos meses antes, y había escuchado una entrevista de un amigo suyo que también era su médico, que decía riendo que no conocía a nadie estuviera más sano que él, y que solo iba a su consulta para la revisión médica anual. Por eso pedí su historial médico, y todo lo que vi daba la razón a aquel médico. A pesar de su edad, tenía 68 años, gozaba de una excelente salud. Todo apuntaba a que debería haber vivido muchos años más.

—¿Y de qué murió?, solo decían que era una enfermedad repentina.

—Murió de neumonía, pero la enfermedad atacó de manera muy virulenta, no dio tiempo a hacer nada. Por eso nos mandaron muestras de tejido desde el hospital, para que confirmáramos que había sido neumonía, pero ni siquiera se le hizo la autopsia.

—Y ¿eso no es normal?, imagino que cuando alguien coge una neumonía, no es poco a poco, sino de repente. ¿Qué es lo que ves extraño en esos casos, qué te hace sospechar? Necesito algo más, Rober.

—Las bacterias, en todos los casos que te digo, atacaron con una ferocidad que los médicos no habían visto antes. No siguieron su proceso normal, es como...si estuvieran aleccionadas—miraba a Germán a los ojos intentando convencerlo— atacaron con tal violencia los órganos vitales que el cuerpo, a pesar de luchar ayudado por los potentes antibióticos que le inyectaron, no pudo soportarlo.

—¿Quieres decir que es un nuevo tipo de neumonía? —Rober lo miró con cara de preocupación, antes de contestar.

—No, además ya te he dicho que no todos murieron por neumonía, pero las enfermedades de todos tienen algo en común, que están provocadas por bacterias—de repente, Roberto agrandó los ojos y desvió la mirada,

—¿Qué pasa?

—Acabo de darme cuenta de que estas muertes provienen de las muestras que he supervisado yo, pero en mi equipo hay cuatro técnicos a mi cargo. Es muy posible que, si tengo razón, haya más casos—miró a las chicas que lo observaban muy atentas.

—De acuerdo y ¿podrías decirme cuantas muertes como estas ha visto tu equipo?

—Sí, porque con el ordenador puedo filtrar los fallecimientos por el tipo de muerte. Si todo va bien, creo que mañana podré darte la lista completa.

—Vale, entonces, vamos a hacer una cosa, mañana comemos juntos—miró a Isabel que le sonrió—y me das todos los datos ¿te parece? —Roberto asintió con un suspiro, y preguntó inocentemente,

—¿Van a dejar que dediquéis vuestro tiempo a esto? ¿No tenéis ningún caso pendiente? —Germán e Isabel se miraron sonriendo irónicamente, y luego, ella contestó:

—Siempre tenemos casos pendientes. Para que te hagas una idea, aunque nos acabamos de trasladar al centro nuevo, tenemos que terminar los casos antiguos antes de empezar con ningún otro, y se supone que todavía no estamos operativos. Hemos estado dos semanas preparando la casa para estar cómodos en ella, y ya solo nos queda terminar un par de informes antiguos— Germán arqueó una ceja divertido, porque los tenía que hacer ella, pero no dijo nada.

—¡Perfecto!, me quitas un peso de encima, porque me sentía culpable por no habértelo contando antes—Germán no quería que su amigo se hiciera demasiadas ilusiones, porque, aunque confiaba plenamente en Roberto, le parecía una historia un poco fantasiosa.

—Vamos a tomárnoslo con calma hasta que investiguemos un poco. ¿De acuerdo? —Roberto asintió más tranquilo, conocía perfectamente a su amigo y sabía que, si había algo que descubrir, él lo haría.

Al día siguiente, después de comer juntos, Roberto le dio un par de hojas con los nombres y las fechas de los fallecidos, seguidos de una breve descripción de la causa de la muerte. El policía leyó en voz alta los nombres,

—Leandro Palomo murió el día 30 de septiembre; José Luis Vázquez García, el 2 de octubre; Miranda Torrent Martínez, el 8 de noviembre; el día 5 de diciembre Francisco Jiménez Matís, y Lorenzo Gutiérrez Garrido, el día 12 de enero—miró a su amigo con el ceño fruncido al ver los nombrecitos de las bacterias causantes de las muertes—es muy posible que no entienda la mitad de la jerga que usáis.

—No hay problema, porque tenemos que quedar otra vez, esta mañana ha habido problemas con el servidor del centro, y no he podido hacer la

búsqueda de la que habíamos hablado. Así que cuando lo arreglen, volvemos a quedar y me preguntas todo lo que quieras.

—Perfecto, entonces me voy a la oficina y me pongo con esto—después de despedirse fue hacia su coche con una extraña sensación

Pasó toda la tarde ante el ordenador, e hizo una lista de las causas de las muertes y de los lugares, y curioseó un poco en las vidas de los fallecidos por si encontraba algún nexo de unión entre ellos, pero no hubo suerte. Así que decidió llamar a su amigo, porque llegó un momento en el que no podía seguir, tenía tantas preguntas que necesitaba su ayuda.

—Roberto

—Dime, ¿has visto algo raro?

—Tranquilo, me acabo de poner con ello y ya sabes cómo va esto—sabía que estaba preocupado—voy lo más deprisa que puedo...

—Sí, lo sé, perdona.

—No te preocupes. Te he llamado, porque tenemos que vernos ya, necesito una lección rápida de medicina. No tengo ni idea de cómo funcionan las bacterias, y así es imposible determinar si han sido asesinatos—de momento nada, exceptuando su intuición, le indicaba que no fueran muertes naturales.

—Claro, cuando quieras, ¿quedamos esta noche a tomar algo, tú y yo?, ¿o prefieres que quedemos los cuatro? Pero te aviso que todavía no tengo los datos del resto del equipo, el servidor está muerto.

—No te preocupes. Y me parece perfecto lo de los dos solos, intento dejar tranquila de vez en cuando a Isabel para no cansarla demasiado—su amigo le rio la broma, como él sabía que haría.

—Vale, entonces ¿nos vemos esta noche?

—Claro, ¿a las ocho en el Guti? —así matarían dos pájaros de un tiro, porque últimamente no iban nunca, ya que a ninguna de las dos chicas les gustaba el sitio. Era el típico bar donde siempre tenían puesta la tele a tope con partidos de fútbol.

—Estupendo, nos vemos allí, hasta luego.

—Adiós—Germán colgó y bebió un trago de agua mientras veía cómo Isabel entraba y se sentaba ante él,

—¿Has encontrado algo? —él movió la cabeza, asombrado por la pregunta.

—Que Roberto piense que hago magia, y que con solo mirar un expediente puedo hacer como Sherlock Holmes y saber quién es el asesino tiene un pase, pero ¿tú? tienes que estar de broma.

—Germán, ¡venga!, ¡que estás hablando conmigo!, ¿no hay nada que te haya llamado la atención?

—De momento no. Si te digo la verdad, a mí me parece que son muertes normales. Aparentemente, ninguno de los fallecidos tenía ninguna relación entre sí, ni nada en común—miró el aviso en su pantalla—Amaro quiere que vaya, qué raro, ¿por qué no me llama?

—Le gusta el Communicator que nos acaban de instalar.

—Sí—se levantó y entró en el despacho contiguo, que era el de su jefe y entró sin llamar, a pesar de que estaba al teléfono. Cuando colgó, Amaro se lo quedó mirando con cara de enfado, y Germán se sentó, sin saber qué ocurría,

—¿Se puede saber por qué me miras así?, que yo recuerde, llevo unos cuantos días portándome bien... —su jefe, sin ganas de broma, sacó sus

pastillas antiácido y Germán hizo una mueca al verlo, porque eso no era nada bueno. Esperó con paciencia a que se metiera las dos pastillas en la boca, y que se explicara,

—No sé si alguna vez te perdonaré que me hayas obligado a venir aquí— Germán sonrió entendiendo. A su modo de entender, la jefatura de esa nueva brigada era algo que Amaro merecía por sus largos años de servicio a la policía, y Germán había hecho lo necesario para que se la dieran.

—¿Qué te pasa? —sabía que lo mejor era conocer la causa de su enfado e intentar solucionarlo, porque si no, empezarían a discutir por algo que no tenía nada que ver.

—Tengo que elegir a un poli para que trabaje con nosotros. Me han dicho que puedo escogerlo de una lista de veinte, y me han mandado los expedientes de todos por correo electrónico—resopló con un sonido que solo podía denominarse como un bufido, pero Germán evitó reírse, porque tenía en gran aprecio todas sus extremidades.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Lo harías? —Amaro lo miró con el ceño fruncido, pero él siguió sonriendo como si no viera su cara de cabreo, era lo mejor para desconcertarle.

—Claro—se encogió de hombros—además, ahora solo estoy investigando una posible pista que me ha dado Roberto—ante la cara de desconocimiento de su jefe, aclaró—Roberto de Miguel, mi amigo, lo conoces—ante su cara de despiste siguió dándole pistas— el del Centro de Toxicología—eso hizo que Amaro volviera a fruncir el ceño.

—¿Es algo gordo?

—Aún no lo sé, puede que no sea nada, pero es la primera vez que le veo

tan preocupado por algo así. Por eso pienso que puede ser interesante que le dedique algo de tiempo.

—Bueno, ya sabes que tienes cierta libertad de acción hasta que tengamos nuestra primera asignación, eso tendrá prioridad.

—Lo sé—se levantó—mándame el correo con los expedientes, y me pongo con ello. Se lo diré a Isabel, y los estudiaremos enseguida.

—De acuerdo.

Avisó a Isabel, se dividieron los historiales, y cada uno volvió a su mesa a trabajar. Una hora después, y sin dar crédito a los expedientes que había visto, se dirigió a la mesa de Isabel y esperó que levantara la vista,

—¿Cómo vas? —ella tenía la misma cara de estupor que él.

—Fatal, por lo que veo, los únicos compañeros que hay disponibles para nosotros, son los que tienen el peor historial de todo el cuerpo—volvió la vista a la pantalla antes de proseguir—aquí hay de todo: uno que ha bebido alcohol en varias ocasiones durante una vigilancia nocturna, y que no me explico cómo es que no le han echado; otro que se dedica a insultar a sus compañeros y a su inspector...; ¡ah espera, este es mejor! Hay uno que han tenido que trasladar cinco veces de comisaría por lo conflictivo que es. ¡Unas joyitas!, el resto son simplemente mediocres.

—Sí, lo mismo me ha pasado a mí, no me puedo creer que no haya compañeros normales que puedan o quieran venir aquí.

—Es raro—ella asintió, de acuerdo con él.

—Voy a hablar con el jefe.

Amaro estaba escribiendo algo en una carpeta, y lo miró interrogante cuando entró,

—Dime

—Ya hemos mirado los veinte candidatos—se quedó de pie ante él dando vueltas a una idea, que se le acababa de ocurrir.

—¿Y?

—Pues que alguien nos quiere joder, pero bien jodidos.

—¿Qué dices?

—Algunos son muy problemáticos, y el resto unos inútiles ¿quién te los ha enviado?

—Fernández, el que lleva los traslados.

—Ya, pero no creo que sea cosa de Fernández.

—Entiendo, entonces ¿quieres decir que la supuesta orden, puede venir directamente de la Jefatura de RRHH?

—No, conozco a Sergio Valls, y no lo creo capaz de algo así. Esto parece cosa de algunos compañeros que están cabreados con nosotros.

—Pero ¿qué razón puede haber?, no lo entiendo.

—Amaro, a veces me sorprende lo inocente que eres a pesar de tu edad. ¿De verdad que no te has dado cuenta de lo mal que ha sentado entre los compañeros, la creación de esta brigada?, y más cuando se han enterado de que no dependemos de ninguna Jefatura, sino directamente del Ministerio, eso es lo que peor llevan todos. Seguramente esto es una especie de venganza, seguro que ahora mismo todos ellos se están frotando las manos.

—Pues del Ministerio me han insistido en que tenemos que ser cuatro integrantes fijos, así que habrá que elegir al menos malo...

—Hay otra opción.

—¿Cuál es?

—¿Por qué no elegir a un novato? aunque no tenga experiencia, es preferible a cualquiera de esa lista.

—Si dices que son tan malos—hizo una mueca, pero luego asintió—de acuerdo. Voy a llamar al Ministerio a proponer tu idea, si son novatos no dependen de Fernández ¿no? —Germán decidió aprovechar el momento.

—No, todavía no. Por cierto, como vas a hablar con ellos ¿te importa pedirles algo?

—Dime.

—Necesito los informes extraoficiales de los cinco muertos que me ha mandado Roberto—rectificó lo que acababa de decir—excepto el de Leandro Palomo, porque tengo una idea para investigar su muerte discretamente—su jefe lo miró con el ceño fruncido.

—Germán, hay gente que no hace esos informes, no es obligatorio hacerlo, lo sabes. Y como no se guardan nunca en el servidor central... tendrían que pedirlos desde el Ministerio directamente. Y si lo hacen, se va a saber que hemos abierto una investigación—Amaro vio la mirada empecinada de Germán y cedió, como hacía casi siempre.

—¡Joder!, vale, veré qué puedo hacer.

—Habla con...—pero Amaro le cortó con rapidez.

—¿Qué te crees que me chupo el dedo?, vete ya, para que pueda trabajar. Le diré que te los mande a tu correo—Germán volvió a la mesa de Isabel.

—Vamos a buscar un novato, desde luego será mejor que esos.

—Estoy de acuerdo.

—He quedado con Roberto esta noche, en el Guti. Tengo que preguntarle algunas dudas.

—No te preocupes, aprovecharé para llamar a uno de mis amantes, que los tengo muy abandonados—Germán sonrió y se inclinó sobre ella, que seguía sentada.

—¡Ah!, ¿sí? —ella sonrió aún más, muy divertida.

—Sí, lo que no sé es a cuál de ellos llamar...

—Pues no te canses demasiado, porque cuando vuelva a casa ya me encargaré yo de que lo hagas—le dio un beso rápido en los labios y se fue silbando. Isabel acarició su espalda con la mirada aguantando las ganas de suspirar, y se obligó a volver al trabajo, aunque tardó unos segundos en borrar la sonrisa tonta que se había instalado en su cara.

DOS

—**S**ientate, ¿quieres una cerveza? — Roberto asintió y levantó una mano para que el dueño se la pusiera y luego, se sentó. Cuando se la trajo, casi enseguida, los dos chocaron las copas y dieron un largo trago.

—¡Qué gusto volver a quedar solos, hombre! —Roberto parecía igual de contento que él por verse a solas, a pesar de que los dos estaban locos por sus chicas.

—Es verdad, de vez en cuando deberíamos hacerlo. Ver un partido, gritar como energúmenos y ponernos hasta arriba de cervezas ¿no crees? —Roberto rio asintiendo, aunque nunca había visto a su amigo beber más de dos o tres cervezas, ni siquiera lo había visto achispado.

—Bueno, cuéntame tus dudas—el poli repasó sus notas, antes de hablar,

—Como no tenía ni idea de por dónde empezar, ya que de momento no puedo ir a hablar con las familias o los amigos de los fallecidos, lo primero que he hecho es buscar una relación entre las fechas de las muertes. Hasta ahora tenemos cinco muertos, el primero fue Leandro Palomo que murió el 30 de septiembre de neumonía, luego José Luis Vázquez García el 3 de octubre también de neumonía; la tercera fue Miranda Torrent Martínez el 8 de noviembre por una meningitis; Francisco Jiménez Matís, el 5 de diciembre de una peritonitis; y Lorenzo Gutiérrez Garrido el 12 de enero por una infección por *Acinetobacter Naunmannii* que le produjo un síndrome de disfunción multiorgánica según el informe, y que no tengo ni puta idea de lo que es—dejó la hoja abierta a la vista de los dos y miró a su amigo—lo único

que se puede deducir a simple vista es que vamos a un muerto por mes.

—El síndrome de disfunción multiorgánica es lo que se llamaba antes fallo multiorgánico—Germán lo miró para asegurarse de que no le vacilaba, y al ver que no, decidió continuar.

—Vale, no te voy a decir lo que opino de que cambien sin necesidad los términos médicos, con lo que nos cuesta aprenderlos—Roberto soltó una risita al ver su cabreo— olvidémoslo y vamos al grano. Explícame, pero muy clarito, para que yo lo entienda, que tipo de enfermedades son y todo lo que creas que me puede ayudar en la investigación.

—Lo primero, la meningitis y la neumonía pueden estar producidas por el *Streptococcus Pneumoniae*, la peritonitis la puede producir la *Escherichia Coli*, que también puede provocar la neumonía...

—¡Eeeeeehhhh, espera un momento! —lo miró con el ceño fruncido— ¿Me estás diciendo que la misma bacteria puede producir dos enfermedades diferentes? —Roberto sonrió ante la pregunta.

—Sí, todas estas enfermedades son infecciones producidas por bacterias, y la misma bacteria puede provocar varias distintas—no pudo evitar sonreír, porque era lo primero que se estudiaba, en la carrera de medicina por supuesto.

—Ya veo que te ríes de mi ignorancia, cabronazo—bromeó Germán, después de dar otro sorbo a la cerveza.

—No te cabrees, pero me encanta cuando das señales de humanidad, a veces das algo de miedo.

—¡Qué dices! —dejó el vaso en la mesa con cuidado al ver que su amigo iba en serio. Roberto intentó explicarse, porque sabía que Germán no era consciente de la reacción que provocaba en los demás.

—Eres muy inteligente, siempre lo has sido, y no es que presumas ni nada parecido—se encogió de hombros— pero a veces, los demás no te seguimos el ritmo—se calló al ver que su amigo lo miraba fijamente, y parecía ponerse triste.

—¡Tío!, ¡que no pasa nada! —apretó su brazo sonriendo— todos los que te queremos estamos orgullosísimos de ti. Nunca olvidaré el viaje a Washington y cómo, en aquella sala del aeropuerto rodeados del F.B.I. junto a los pasajeros de primera y a la tripulación del avión, descubriste quien había cometido los asesinatos y por qué—movió la cabeza—tú no los mirabas, pero yo me fijé en cómo te observaban aquellos americanos, y todos lo hacían con admiración y algo de envidia. Aquello fue muy fuerte Germán, y me extraña mucho que tu amigo, el federal, no siga insistiendo para que vayas a trabajar con ellos...—el poli sonrió antes de hablar,

—Sigue haciéndolo, hablamos por whatsapp cada pocos días, y de vez en cuando por teléfono y siempre saca el tema.

—¿Y no te has planteado aceptar?

—No, me atan demasiadas cosas aquí, aquello está bien para una temporada, pero para vivir siempre—negó con la cabeza—no. No es para mí, a pesar de saber que ganaría mucho más dinero, eso no es lo que más me importa.

—¿Y si Isabel fuera contigo, cambiarías de opinión? —Germán lo pensó un instante antes de decir.

—No lo he pensado, porque es algo que no me han planteado—se encogió de hombros— pero nunca se sabe, las cosas pueden cambiar— Roberto siguió con el tema anterior, pero antes le lanzó una mirada de duda.

—En cuanto al *Acinetobacter Naumannii*, es otra bacteria y,

curiosamente, puede aparecer en los hospitales.

—Así que las cinco muertes están producidas por bacterias, de un tipo o de otro—repitió. Era, aparentemente, el único nexo de unión entre las víctimas.

—Sí.

—¿Dominas ese tema?

—Bastante, al especializarme en toxicología, tratas todas las causas de la muerte, como es lógico. Aunque no tanto como un bacteriólogo.

—¿Existe un especialista en bacterias?

—Por supuesto.

—Otra cosa, para manipular esas bacterias, ¿tendría que tener un instrumental específico? Aparte de suficientes conocimientos, claro—Roberto lo miró sorprendido porque no había pensado en ello.

—El material es el que utiliza habitualmente en un laboratorio de biología, microscopio de luz o electrónico, cajas de Petri, termómetros...—se detuvo cuando su amigo levantó la mano, haciéndole callar.

—¡Para el carro!, Rober, que me estás hablando en chino. De momento, vale con que me digas si todo eso es caro o no. Y si hay que ser un bacteriólogo, por ejemplo, o puede ser un médico normal, o un estudiante de otro tipo.

—Vale, perdona. No es demasiado caro, pero es imprescindible, además del instrumental que se puede conseguir fácilmente por internet, que todo lo maneje un buen bacteriólogo. Para que te hagas una idea, a mí, con mi experiencia, ni se me ocurre cómo han podido infectar a esas personas. Si es que alguien lo ha hecho—se pasó la mano por el pelo pensativo—también

hay algo muy importante sobre las bacterias que debes saber, y es que el tiempo de incubación de todas es distinto—miró a Germán preocupado—es posible que te esté haciendo perder el tiempo, cuanto más hablamos sobre ello, más descabellado me parece todo.

—Tranquilo, voy a dedicarle unas horas y si no encuentro nada, lo dejo.

—¿Y por qué? —negó con la cabeza— no sé...—pero antes de que siguiera, Germán le cortó.

—Principalmente porque te conozco muy bien y es la primera vez que me has contado algo parecido, y aunque tú no creas en tu instinto, yo sí lo hago —volvió a beber antes de seguir—y prefiero dedicarle todo mi tiempo a desechar una idea errónea, antes de que, dentro de un tiempo, hablemos de muchos más muertos. Ojalá dentro de un par de días te llame para decirte que todo eran imaginaciones tuyas—miró sus notas, en las que había ido apuntando todo lo que le había comentado Roberto—otra cosa más, me imagino que te vas a descojonar con la pregunta, pero ¿hay algún sitio donde se puedan comprar las bacterias? —tenía razón porque Roberto no pudo evitar la risa. Germán sonrió, pero lo regañó en broma,

—Vamos Rober, no seas así—estaba encantado de oírle reír porque el día anterior le había visto hecho polvo, Roberto le contestó mientras se limpiaba las lágrimas.

—Lo siento, lo siento, ya me tranquilizo. Como sabes—recalcó el “sabes” porque estaba seguro de que la pregunta había sido hecha medio en broma—podemos encontrar bacterias en cualquier lugar, en el agua, en el suelo, en nuestra piel, dentro de nuestro organismo...lo único que habría que hacer es aislar las que nos interesan, y buscar un método para infectar con ellas a una persona. La bacteria liberada en el cuerpo de la supuesta víctima provocaría una infección que resultaría mortal, claro que estamos hablando de personas

que estaban sanas y, en ese caso, es imposible que su organismo no pelee—movió la cabeza negando—no sé qué decirte Germán, no tengo ni idea de cómo sería posible cometer un asesinato de esa manera, quiero decir que no creo que el asesino tuviera la seguridad de que la víctima fuera a morir. Pero ya te he dicho que no soy un experto en bacterias.

—De acuerdo—frunció el ceño pensativo— en cuanto tengas los datos del resto de tus compañeros me lo dices.

—Por supuesto, y muchas gracias por dedicar tu tiempo a esto.

—¡Qué dices Roberto, no seas tonto!, somos familia. Espero que cuentes conmigo para lo que necesites siempre, igual que yo haría contigo. En cuanto sepa algo te avisaré, pero de momento, no te preocupes demasiado—Germán lo miró sonriente, hasta que su amigo contestó y chocaron los vasos para brindar.

—Por nosotros.

Terminaron sus cervezas en silencio.

Un rato después, Germán escuchaba a su jefe atentamente. Esperaba malas noticias a juzgar por su expresión, por eso le sorprendió al decir,

—Las buenas noticias son que han aceptado queelijamos un novato, y las malas que solo podemos elegir entre dos candidatos. Por lo visto, al Ministerio también han llegado los rumores de que somos los niños bonitos, y Gilda dice que al ministro no le gustan esos comentarios.

—¡Por Dios, cuanta gilipollez! —respiró hondo para no cabrearse, porque había que sacar el mejor partido a lo que tenían—está bien, ¿ya los has valorado? —Amaro asintió y le entregó dos carpetas—sí, me gusta el chico,

sacó mejores notas en la academia y viene de una conocida familia de policías.

—Venga Amaro, yo creía que eso ya no se tenía en cuenta—era algo que le había molestado siempre, las sagas de hijos, hermanos o primos de policías. La mayor parte de los compañeros estaban en el cuerpo porque se lo merecían, pero todavía quedaba alguno que quería vivir del trabajo que habían realizado sus padres, o sus abuelos.

—Ya, ya, había olvidado lo gruñón que te pones con ese tema, no te preocupes que, como dijimos, vas a elegir tú al que se quede. Por cierto, que han venido los dos para la entrevista—Amaro sonreía, divertido por su pequeña venganza, y Germán levantó la cabeza y miró detrás de su jefe esperando verlos en el pasillo, pero estaba vacío. Amaro, al ver el gesto amplió su sonrisa.

—Están en la sala de reuniones, he pensado que ahorrarías tiempo si hablabas con los dos a la vez.

—De acuerdo, dame un par de minutos—abrió las carpetas, que solo tenían una hoja dentro y las leyó, luego, las dejó sobre la mesa y salió hacia la sala de reuniones.

—¿No te llevas los expedientes?

—Ya me he hecho una idea, ahora voy a ver cómo son de verdad.

Esperó unos instantes antes de entrar porque acababa de recibir un whatsapp de Leo, que le pedía que lo llamara en cuanto pudiera, y mientras contestaba que tardaría unos minutos, no pudo evitar escuchar la conversación de los dos aspirantes, ya que la puerta estaba entornada.

—Olvídate de conseguir el puesto Dominó. Yo creía que habías tenido suficiente, después de ir siempre detrás de mí en la academia—la voz del hombre parecía a la vez educada y prepotente.

—Eres un creído, Fernando. Pensaba que te comportabas así por estar en la academia compitiendo con todos, pero ya veo que eres idiota por naturaleza. Por eso ninguno de los compañeros te queríamos cerca—la chica estaba enfadada, pero mantenía la calma.

—Yo no tengo compañeros, mientras competimos por el mismo puesto somos enemigos, y, por cierto, no sé qué artimañas habrás utilizado para llegar hasta aquí, pero...—Germán había oído bastante por lo que empujó la puerta y entró en la sala.

Los dos se levantaron al verlo, el chico debía medir cerca del metro noventa, ya que le sacaba algunos centímetros a él, y tenía el pelo negro y muy corto, casi rapado, la mandíbula cuadrada e iba vestido con traje. Sus ojos eran grises y fríos.

—Buenos días, yo soy Fernando—se acercó a Germán para estrecharle la mano con expresión sonriente, mientras que la chica esperaba detrás de él y cuando terminó, también se presentó,

—Y yo Dominó—Germán sonrió y le contestó.

—Interesante nombre—ella le devolvió la sonrisa y, en ese momento, Fernando volvió a ponerse delante de ella, dejándola a su espalda. Sin embargo, Germán vio que ella no hacía ningún gesto de desagrado, aunque el chico intentaba ser el centro de atención. Germán, a primera vista, prefería la energía tranquila que emanaba de la mujer, frente a la agresividad del hombre.

—Sentaos por favor—cuando lo hicieron, él lo hizo frente a ellos,

—No tengo mucha experiencia en cuanto a entrevistas de trabajo, pero me gustaría saber qué es lo que habéis oído de esta brigada—sonrió pensando que era imposible que supieran demasiado, ya que ellos mismos todavía no tenían muy claras sus funciones.

—Bastante poco—Fernando comenzó a responder sin casi respirar, y sin mirar a su compañera, que echó una mirada inteligente a Germán que parecía decir “le dejo hablar porque él solo se va a poner la soga al cuello”. Germán, mientras, asentía casi sin escuchar lo que decía el chico, que como no sabía qué responder explicó por qué se había hecho policía, habló del deber, de su deseo de servir a los españoles, etc.... Cuando terminó, Germán miró a la otra aspirante y le dijo:

—¿Y tú?

—A mí me gusta investigar, entender por qué pasan las cosas y, sobre todo, por qué la gente actúa de cierta manera, y creo sinceramente que tengo algo muy bueno para este trabajo, y es que soy muy cabezona. No me rindo hasta que llego a la verdad—sonrió levemente con una chispa de ilusión en los ojos, que convenció a Germán—se rumorea que en este lugar podréis hacer cosas que nadie más se atrevería, y que vais a tener mucho más poder que ninguna otra brigada, aunque no sé si sois conscientes de que todo el mundo habla de vosotros—Fernando no pudo evitar una sonrisa displicente seguro de que después de la explicación de Dominó, él lo tenía chupado. Germán mientras pensaba, asintió muy serio, observándola.

Tenía 23 años, medía un metro setenta y dos centímetros, y era muy delgada, casi sin formas. Llevaba el pelo recogido en una coleta, era rubia y con grandes ojos castaños que le daban aspecto de niña. Y a Germán se le ocurrió que no parecía una poli, lo que para él suponía otro punto a su favor. En su expediente había leído que había sobresalido en defensa personal

policial, por lo que decidió hacer una última prueba.

—Dominó ¿te atreverías a hacerle una llave a Fernando? —ella asintió muy sonriente y se levantó, aunque el chico tardó un par de segundos más en hacerlo. Evidentemente sabía lo que le esperaba, de todas maneras, debido a la forma de ser del chico, decidió asegurarse de que no ocurría nada desagradable—Fernando, por supuesto intenta defenderte, pero esto es solo una demostración, no quiero accidentes—Germán también se levantó y les señaló la parte izquierda de la habitación, donde no había muebles—vamos hacia allí.

Se quedó apoyado en la mesa con los brazos cruzados y observó cómo ella con mucha tranquilidad, dejaba sobre la mesa su reloj de pulsera, mientras Fernando se quitaba la chaqueta y el reloj. Luego, se colocaron frente a frente y Dominó se inclinó para saludarlo, aunque él no lo hizo, entonces ella se acercó despacio, pero él se movió para que no lo cogiera. Estuvieron persiguiéndose en círculo y tanteando durante un par de minutos, hasta que ella se lanzó hacia él sin previo aviso, cogió una de sus muñecas y rápidamente, le retorció el brazo llevándolo a su espalda y colocándose detrás de él. Fernando intentó darse la vuelta, pero con el otro brazo Dominó lo sujetó por el cuello, a pesar de que la superaba en veinte centímetros. Al ver que no se rendía, le dio un ligero rodillazo en la parte trasera de la rodilla, con lo que consiguió que le fallara la pierna y que cayera de rodillas. Entonces Dominó se subió a sus piernas mientras lo seguía sujetando por el brazo y el cuello, y aunque él lo intentó en varias ocasiones no pudo levantarse, hasta que, finalmente, se rindió. Cuando se separaron, ella jadeaba como si hubiera corrido una maratón, y Fernando, muy rojo y avergonzado, intentaba justificarse mientras la miraba como si quisiera matarla.

—No ha seguido las reglas, no puede subirse a las piernas del que tiene

sujeto, eso no nos lo han enseñado en la academia, ni a dar esa patada en la parte trasera de la rodilla.

—Fernando, en esto no había reglas. Cuando estés en la calle, los malos no las van a seguir contigo—por primera vez, pareció darse cuenta de que quizás no fuera el elegido, y cometió el error de añadir,

—Antes de que tomes una decisión, deberías hablar con mi padre—la expresión de Germán se endureció hasta tal punto que Fernando dio un paso atrás de manera inconsciente, mientras Dominó observaba asombrada el cambio que había dado la entrevista. El policía entrecerró los ojos y mirándole fijamente le dijo,

—Fernando, muchas gracias por venir, pero no eres la persona que estamos buscando—él aludido asintió sin añadir nada más, aunque por su cara era evidente que se quedaba con ganas de hacerlo, y cogiendo sus cosas, se largó. Cuando lo vio salir, Germán se volvió hacia la chica y le dijo:

—Bienvenida Dominó. Sígueme, te voy a presentar a nuestro jefe, Amaro—al ver su sonrisa, se dio cuenta de que no se había equivocado.

El jefe pareció sorprendido al ver a aquella chica tan joven en el despacho, pero reaccionó rápido y se levantó empujando las gafas que se le escurrían por la nariz y estrechó la mano de la nueva compañera, invitándola a sentarse.

—Os dejo solos—cerró la puerta y volvió a su puesto.

Segundos después, Isabel se sentaba ante él y lo miraba fijamente. Él no dijo nada y siguió encendiendo el ordenador sabiendo que no soportaría la espera.

—Cuéntame qué ha pasado, creía que el chico tenía mejor expediente.

—Algo mejor, pero no demasiado, en algunas cosas era mejor ella. Pero lo que sí tenía mejor él, es el pedigrí.

—¡Ah! —se mordió los labios para evitar sonreír, porque sabía que él no soportaba los favoritismos—comprendo.

—Ya—la miró muy serio antes de continuar—me gustaría seguir sirviéndote de payaso, pero tengo que llamar a Leo.

—Vale, ya me voy, no te enfades.

—Isabel, cachondeo aparte, creo que puede ser una buena compañera, pero todos tendremos que tener un poco de paciencia con ella al principio...

—Me estás ofendiendo, ¿de verdad crees que es necesario que me lo digas? —salió taconeando y cerró la puerta con fuerza; él sonrió y se puso los cascos, porque con Leo nunca se sabía los temas que se podían llegar a tocar.

—¡Menos mal que me llamas!

—Hola Leo, pareces estar muy nervioso—nunca lo había escuchado tan alterado.

—Necesito que me quites de encima a unos pesados del CNI que no hacen más que darme el coñazo, tío. Espera un momento—escuchó cómo hablaba con alguien en otro idioma que no supo identificar, pero enseguida estuvo con él de nuevo—perdona, pero estoy a la vez con otra llamada.

—No te preocupes, hablamos más tarde si quieres...

—¡No!, quiero que les digas que me dejen en paz, no pienso tratar con esa gente, ¡qué pesados, que se busquen la vida!

—Leo, yo no tengo nada que ver con el CNI, ni siquiera tengo autoridad para llamarles.

—Germán, te lo digo en serio, me han amenazado con venir a verme mañana si no hablo con ellos. ¿Pueden molestarme en mi propia casa si no he hecho nada? además no son de la policía...—dado que esa era una pregunta extremadamente delicada, prefirió seguir hablando con él en otro momento, y, preferiblemente, que no fuera por teléfono.

—Pero ¿te han dicho que van a ir a tu casa?

—Lo han dejado caer. No admiten un no por respuesta, dicen que, si no acepto ayudarles, no les dejo otra opción. Ni siquiera sé lo que quieren, pero tú me conoces, basta con que intenten obligarme a hacer algo para que me resista todo lo que pueda. Y este tío que me llama es un gilipollas, paso de tratar con él, además, ahora tengo muchos encargos, no puedo dedicarme a nada más—a la vez que hablaba atropelladamente, le oía teclear con furia.

—Está bien, tranquilízate y déjame que investigue un poco.

—Ok, muchas gracias amigo, espero a que me llames—cuando colgó, el policía se quedó pensativo unos segundos mirando el teléfono, luego, se quitó los casos y salió al pasillo viendo que Dominó ya estaba con Isabel, que le estaba explicando lo básico de la oficina. Entonces, aprovechó el momento y se coló en el despacho de su jefe, que frunció el ceño al verlo.

—¿Me vas a decir que la chica era mejor que el chico?, ten en cuenta que he visto los expedientes—Germán sonrió.

—Las notas no lo son todo, además mi instinto me dice que va a ser muy buena, ya lo verás, ¿no dices siempre que, si no fuera por mi instinto, no valdría nada como policía?

—Es cierto, pero me gustaría estar seguro de que no ha tenido nada que ver que ese chico tuviera familia en el cuerpo.

—Que tuviera familia no, que quisiera aprovecharse de ello, puede ser—

se encogió de hombros—seguramente su padre o alguno de los compañeros con los que comparte ADN te llamará para decirte algo, pero honradamente pienso que ella es la mejor opción para nuestro equipo—Amaro lo miró fijamente y asintió muy serio

—Entonces no te preocupes por las llamadas que me hagan, aunque seguramente me oirás gruñir cuando ocurra. Por cierto, que te han mandado los expedientes que habías pedido.

—¡Estupendo!, y tus gruñidos son siempre bien recibidos, no te preocupes—hizo una mueca porque conocía la dificultad de lo que le iba a pedir a continuación— otra cosa Amaro, me ha llamado Leo para pedirme un favor.

—¿El Genio? —su jefe lo conocía bien porque, gracias en parte a Leo, habían conseguido demostrar su inocencia cuando lo acusaron de asesinato— claro, ¿qué quiere? —cruzó las manos deseando ayudar, porque además de lo agradecido que estaba en materia personal, Leo era uno de los motivos por los que se había creado la nueva brigada. El ministro del Interior quería tener la seguridad de su ayuda en algunos casos “especiales”, y eso solo era posible si se lo pedía Germán. En varias ocasiones había asegurado que no le interesaba trabajar con nadie más de la policía, solo con él.

—Verás, me acaba de decir que le han llamado varias veces del CNI, y que lo están amenazando con ir a su casa y yo que sé cuántas cosas más, y así no van a conseguir nada. Está muy cabreado.

—¡No jodas!, ¿será verdad? —Amaro abrió la boca porque, a pesar de todo, no era consciente de la importancia de Leo.

—Te puedo asegurar que el Genio trata con personas e instituciones con las que tú y yo nunca lo haremos, debido a sus capacidades. Todos quieren

ficharlo.

—Ya, me da miedo preguntarte qué pretendes que haga yo—no pudo evitar hacer una mueca, porque sabía que el terreno sobre el que andaban era muy resbaladizo.

—Ya sé que el CNI no depende del Ministerio del Interior en este momento, pero he pensado que podrías llamar a Gilda—levantó una mano tranquilizadora al ver la expresión guerrera de su jefe—sólo para que les diga que, si le dan mucho el coñazo van a conseguir el efecto contrario. Es mejor que lo dejen tranquilo.

—¿Tú crees que Gilda me va a hacer caso?

—No tengo ni idea, pero yo no puedo llamar al CNI—se dirigió a la puerta—tú verás, voy a mirar esos historiales.

—Sobre eso, en cuanto descubras algo, dímelo. Gilda me ha comentado que tenemos dos semanas de plazo para que presentemos nuestro primer informe, y esperan resultados.

—De acuerdo—se metió en su despacho y comprobó la bandeja de documentos, había cinco carpetas esperándole. Abrió la primera y comenzó a leer la poca información que había de cada uno de los casos.

José Luis Vázquez García, muerto por una neumonía, era soltero, y su familia más cercana eran dos sobrinos que heredaron su patrimonio de tres millones de euros (adjuntaban un archivo con los saldos de sus depósitos y cuentas). Había sido un empresario de éxito hasta su muerte repentina a los 67 años, cuando falleció, no pudieron localizar a sus dos sobrinos Mari Paz y José Vázquez Centollo, porque estaban en un crucero por el Caribe en el que se habían embarcado pocos días antes.

Miranda Torrent Martínez muerta por meningitis, también

repentinamente, estaba casada, con dos hijos, y era ama de casa. La familia vivía en un piso con hipoteca, solo tenía un coche, y los saldos del banco eran más bien escasos. Pero en el expediente no estaba el certificado de la Dirección General de Seguros, y mandó un correo electrónico solicitándolo, para confirmar que no existía el móvil económico. Según el expediente, era un matrimonio feliz, y el viudo y los dos hijos estaban desolados por la pérdida.

Francisco Jiménez Matís, médico, y muerto por una peritonitis, en cambio era soltero y gay, En principio Germán no veía la importancia de esa información hasta que un poco más abajo, se hacía mención a una expareja (alguien había anotado que el ex era hijo del juez Lafuente, y que, cuando habían ido a su vivienda para interrogarle, su padre estaba presente) aunque no habían escrito nada más, Germán no lo necesitaba para saber que el juez había molestado durante el interrogatorio. La investigación en este caso fue un poco más completa debido a que la separación de la pareja había sido muy problemática, incluso se habían cruzado entre los dos varias denuncias por malos tratos.

Lorenzo Gutiérrez Garrido fallecido por síndrome de disfunción multiorgánica (SDMO), estaba casado y con hijos. Era vicepresidente de una importante compañía internacional, y cuando murió estaba a punto de ascender a la presidencia debido a la jubilación del anterior presidente. El informe recogía un rumor según el cual el fallecido, tenía algunas diferencias con ciertos miembros del Consejo de Administración, aunque no explicaba por qué.

Amaro entró interrumpiéndole antes de que terminara y por su aspecto no era para nada bueno, durante unos segundos se quedó de pie frente a él con los brazos cruzados observándole. En ese momento llamó Rober por el móvil

y se lo cogió, aunque era muy probable que eso hiciera que su jefe se cabreara más. Pero estaba pendiente de que le dijera si había más personas como las que estaba investigando. Cuando escuchó el miedo en la voz de su amigo, se puso rígido,

—Germán—casi no lo oía debido a los ruidos de fondo.

—¿Dónde estás? Se te oye fatal...—su jefe se sentó con el ceño fruncido decidido a esperar el tiempo que fuera necesario—voy a poner el manos libres, te estamos escuchando Amaro y yo.

—He salido a la calle porque me daba miedo hablar contigo desde el trabajo—respiraba agitadamente, parecía caminar a la vez— Germán, estoy acojonado, esto es muy gordo, más de lo que pensábamos.

—Rober, tranquilízate, ¿has encontrado más casos?

—Solo en mi equipo hay 22 más, y eso durante los dos últimos meses, y escucha bien, confirmado que el primero fue el de Leandro Palomo Fernández—Germán y Amaro se miraron, y el jefe se tapó los ojos con la mano derecha, como si no quisiera estar presente.

—¿Estás seguro?

—Por desgracia sí, lo he comprobado varias veces. Pero como ya te dije, no sabría explicarte cómo se puede hacer algo así a tanta gente ...no sé lo que está pasando. Tengo que volver, estamos desbordados de trabajo.

—Está bien, muchas gracias Roberto, hablamos más tarde—colgó y suspirando se reclinó en el asiento, entonces, Amaro aprovechó para hablar,

—Por haber llamado a Gilda, nos ha caído un marrón de aúpa—ladeó la cabeza y arqueó las cejas como diciéndole que era culpa suya— los de Presidencia les han pedido que hablemos con Leo para que ayude a los del

CNI, así que estás jodido.

—Yo no, porque no pienso hacerlo—negó con la cabeza muy convencido, pero su jefe puso cara de toro miura que significaba que no se podría razonar con él. Vamos, que se había puesto cabezón.

—Te recuerdo que, si quieren, nos cierran el chiringuito. Tú verás, yo no tengo ningún problema en que volvamos a nuestro anterior trabajo—pero Germán sabía que lo decía con la boca pequeña al igual que él, jamás iban a tener la libertad, en ningún otro sitio, que tenían en ese lugar.

—¡Joder! —se pasó la mano por el pelo—¡está bien, hablaré con él!, pero no te prometo nada, se pone muy burro a veces.

—Ya, pues si él se pone burro, tú te pones pesado, que eso lo haces muy bien. Conmigo al menos, haces lo que quieres, además, estoy seguro de que, si eres tú el que se lo pides, dirá que sí. Y ahora vamos a lo importante, ¿he oído bien y tu amigo Roberto te acaba de decir, que hay veintidós posibles asesinatos encubiertos como muertes naturales?

—No, creo que veintisiete contando los cinco que tenemos ya. Y eso solo en el equipo de Roberto—mientras hablaba miró su correo, porque había escuchado el sonido que anunciaba que había llegado uno nuevo—espera—era el certificado de la Dirección de Seguros confirmando que el ama de casa había contratado uno a favor de su marido, pocos días antes de morir, por importe de 150.000 euros—sintió que le corría un escalofrío por el cuerpo al verlo y le dijo a su jefe,

—Sí que es posible que sean asesinatos. Una de las víctimas pocos días antes de morir, contrató un seguro a favor del marido por 150.000€

—No me jodas Germán ¿interrogaron en su momento a las familias o al entorno?

—De los cinco que he mirado, solo en uno de los casos, y fue porque hubo denuncias previas de maltrato.

—¿Todos murieron en su casa?

—No todos, alguno en el hospital, pero desde el momento en el que se pusieron enfermos, todos duraron pocos días, 3 o 4.

—Ya—se pasó la mano por la calva, incrédulo.

—Creo que empezaré por Leandro Palomo, puedo utilizar un contacto que seguro que lo conocía.

—Germán, esto va a ser muy jodido—Amaro cada vez parecía encoger más.

—Seremos discretos hasta saber si hay algo de qué preocuparse o son coincidencias.

—No podemos investigar la muerte de ese hombre sin que se enteren los de arriba, era demasiado conocido y como la prensa se entere estamos muertos. Ya sabes que, desde que eres conocido, están deseando publicar todo lo que haces.

—Tranquilo, la persona con la que voy a hablar no se lo dirá a nadie, te lo aseguro. Y así no tendremos que hablar directamente con su entorno, al menos, de momento.

Amaro asintió y Germán, decidido, cogió el móvil para buscar el número de un antiguo amigo.

TRES

Cuando Germán entró en la casa de Rodolfo Millar tuvo la misma sensación que cuatro años antes, cuando lo conoció investigando el caso de la desaparición de León Muñoz. La casa volvía a resultarle familiar, y eso era porque gran parte de los muebles los había visto en las películas de Almodóvar, lo que le causaba una sensación extraña,

—¡Cuánto me alegro de verte Germán, estás igual! He seguido tus casos en los periódicos ¡te has hecho famoso! —Germán sonrió y se inclinó para dar dos besos en las mejillas a Rodolfo, gesto que no acostumbraba a hacer con los hombres adultos, pero él era especial —no, no es cierto que estés igual, estás mejor que cuando te conocí, te noto...no sé, ¿es posible que estés más guapo? ¿será la felicidad?

—Es posible, en mi vida han cambiado muchas cosas desde que nos conocimos—la chica que le había abierto la puerta les trajo un café, Germán le dio las gracias y bebió un sorbo encantado. Rodolfo todavía recordaba cuanto le gustaba el café—¿y tú qué tal estás?, te veo muy bien—mintió, porque lo cierto era que en lugar de que hubieran pasado cuatro años, para Rodolfo parecían haber pasado diez. Su pelo se había vuelto totalmente blanco y las arrugas de su cara se habían multiplicado, cuando lo conoció no aparentaba los 60 años que tenía entonces, pero ahora parecía tener 70.

—No sé cómo puedes ser tan bueno en tu trabajo, porque mientes fatal—Germán puso su conocida cara de póker—me alegro mucho de que te vaya tan bien. Creo que ya te lo dije en su momento, pero te tengo cariño y sobre

todo estoy muy agradecido por cómo te portaste con Deborah, fuiste muy compasivo con ella durante la investigación y eso nunca lo olvidaré— Germán asintió porque no sabía cómo contestar ya que era un tema peliagudo, y levantó la vista encontrándose con los dos Oscar que había ganado su amigo, por sendas bandas sonoras.

—Veo que los has cambiado de sitio.

—Sí, así puedo verlos cuando estoy aquí sentado—se encogió de hombros sonriente—cuando estoy en casa, este es mi rincón preferido. Bueno, y ahora dime qué necesitas, es evidente que no es una visita de cortesía, sino habría venido contigo la guapísima Isabel—Germán rio sin poder evitarlo porque Rodolfo, sin perder la educación, solía ser muy directo

—Quería preguntarte si conocías a Leandro Palomo.

—Por supuesto, éramos amigos—suspiró—fue un gran músico, de la vieja escuela. Su muerte me sorprendió mucho porque ni siquiera sabía que estuviera enfermo.

—¿Puedes contarme algo sobre él?

—¿Qué ocurre? —lo miró con sospecha— creía que había muerto por una infección.

—Sí así fue, pero necesito aclarar algunas cosas—Rodolfo contestó con cara de no creerse nada de lo que le decía.

—Bueno, no sé qué decirte, porque nunca hablaba sobre su vida, es contradictorio que, con lo cotilla que era para todo lo concerniente a los demás, los que le conocíamos no supiéramos casi nada sobre su vida. Sé que era soltero, como yo, y algo más mayor—pensó un momento— debía tener unos 68 años, eso creo—se quedó pensativo unos momentos—pero eso ya lo sabrás. Y estábamos trabajando juntos en la banda sonora de una película,

solíamos hacerlo a menudo.

—¿Tenía enemigos? ¿te contó si había discutido con alguien?

—¿Enemigos? ¡qué va!, y nunca discutía. Tampoco le quedaba familia, solo algún primo con el que no tenía relación. Un matrimonio amigo se ha encargado de todo lo del entierro—de repente frunció el ceño—pero hay algo que me contó poco antes de morir que me sonó raro y lo acabo de recordar—miró a Germán, que lo observaba atentamente—Un día que esperaba al director en el rodaje para hablar con él, escuchó una conversación de dos personas que susurraban entre ellos en voz muy baja, por lo que no entendió la mayor parte de lo que decían, pero supuso que hablaban sobre drogas.

—Imagino que no pudo verlos.

—No, me dijo que estaban detrás de una pared falsa dentro del set de filmación, luego apareció el director y cuando intentó volver a escuchar, las voces ya habían desaparecido.

—¿Sabes si la conversación era sobre consumo o sobre venta?

—No lo sé, le pareció entender algo de que iban a traer algo...—se encogió de hombros— no sé más, estaba muy confundido.

—¿Y te pareció que tenía miedo?

—No, solo le llamó la atención, nada más. El problema que tenía Leandro era que cuando encontraba un hilo, tenía que tirar de él.

—¿Quieres decir que empezaría a husmear?

—Sí, era muy cotilla, no lo podía evitar.

—Y lo de las drogas ¿es algo habitual en ese ambiente?

—Yo no lo he visto, pero tampoco paso demasiado tiempo en los rodajes.

Tengo entendido que es bastante habitual, pero imagino que como en el resto de la sociedad.

—¿Hay alguna cosa más que quieras contarme sobre él?

—Solo que era una buena persona, pero muy chismoso. Una vez incluso dejamos de hablarnos durante unos meses, porque no sabía cuándo dejar de meter la nariz en los asuntos ajenos.

—Comprendo, y ¿en qué película estabais trabajando?

—En “La conjura del mañana”, la última de Ramón Mesa.

—Todavía no he visto ninguna de sus películas, pero he oído hablar de él por supuesto, aunque creía que no solía rodar en España.

—Cierto, pero en esta ocasión toda la película se va a rodar en Madrid.

—¿Cuándo has ido al rodaje has visto algo que te llamara la atención?

—No, solo había ido un par de veces con él, ya te he dicho que mientras se está rodando no hace falta estar allí, pero a Leandro le gustaba ver a los actores trabajando, decía que le inspiraba más. Yo suelo trabajar con el guion en mi casa, para ir adelantando el trabajo todo lo que pueda, porque luego todo son prisas. Pero es cierto que voy al rodaje alguna vez porque me sirve ver el aspecto de los protagonistas, el vestuario...el ambiente en general. Con esas imágenes en mi cabeza y con el guion, tengo una conversación con el director para intercambiar ideas sobre el tipo de música que quiere, si es que tiene una idea clara. Entonces empiezo a componer, primero lo que será la melodía principal de la banda sonora, y luego, si puedo adelantar tanto, empiezo con las de las escenas, sin dejarlas terminadas porque nunca sabes el tiempo exacto que van a durar—Miró a Germán por si ya se había dormido con la explicación, pero parecía muy atento— cuando la película está montada la veo con el director, y en ese momento me dan el tiempo exacto de

cada escena, y si la melodía que yo he compuesto le cuadra con lo que quiere transmitir. De esa reunión, además, me traigo una copia de la película a casa y sigo trabajando con ella, durante todo el proceso de composición tengo que hablar continuamente con el director, así, le voy mostrando lo que va surgiendo y puedo ir modificando lo que sea necesario sobre la marcha.

—No me había dado cuenta hasta ahora de lo complicado que es, ves una película y no eres consciente del trabajo que lleva la música, y sin ella no tendría nada que ver.

—Una película sin música, no transmite lo mismo. Una buena música puede hacerte llorar de tristeza o que se te acelere el corazón de alegría. Sé que te va a parecer que lo digo porque es lo que yo hago, pero la música en muchas ocasiones es la culpable de que una gran película no triunfe, y, al contrario, ha habido auténticos bodrios que han triunfado, porque tenían una música soberbia—ante la mirada dudosa del policía, terminó diciendo—es mi opinión, por supuesto.

—Ya, ¿tendrías algún problema en que acompañarme al rodaje, y que yo le hiciera algunas preguntas al director?

—En principio no, siempre y cuando me digas qué es lo que ocurre.

—Rodolfo, si pudiera te lo diría.

—Entonces, hablaré yo—lo miró a los ojos muy serio—si me equivoco me lo dices. Me parece que crees que la muerte de Leandro puso ser un asesinato—Germán permaneció callado sin mover una pestaña, hasta que Rodolfo dijo—¡Dios mío! —respiró, profundamente impresionado— si te viene bien, podemos ir mañana, solo tengo que llamar a Ramón y decirle que quiero hablar con él...—miró inquisitivamente a Germán que le dijo,

—Perdona, pero me gustaría ir hoy mismo, me gustaría hacerlo lo antes

posible.

—No hay problema, pero déjame que hable con la señora de la limpieza — se levantó y Germán también, aunque permaneció observando los Oscar. Cuando volvió un par de minutos después, preguntó a Rodolfo:

—¿Y cómo es el famoso Ramón Mesa?

—Pues como todos los demás directores, algo presumido, principalmente porque está rodeado de gente que alaba todo lo que hace.

—Parece que cuando comenzó a hacer películas, todos pensaban que sería el relevo de Almodóvar.

—Sí, la primera película que hizo fue bastante prometedora, pero, aunque las siguientes han sido algo comerciales, parece estar estancado.

—Y ¿dónde están rodando?

—Espera un momento—Salió de la habitación y volvió un par de minutos después, con unos cuantos folios grapados. Era el plan de rodaje y buscó entre las hojas, hasta dar con la que quería—¡ah, aquí está! hoy tienen que estar en el Parque del Retiro, en el monumento a Alfonso XII y según esto, van a estar un par de días más por allí.

—Eso es donde están las columnas, delante del estanque... ¿no?

—Sí.

—Estupendo, pues cuando quieras nos vamos, y, muchas gracias Rodolfo —el famosísimo compositor sonrió con aire travieso al contestar.

—De nada, tengo pocas ocasiones de divertirme.

—Me alegro de serte útil—bromeó

—Y yo de que lo seas.

Hacía mucho tiempo que no iba al Retiro, pero fue como si el parque le diera la bienvenida, recordándole los buenos momentos que había pasado allí con sus amigos, y con alguna novia. La zona de la escalinata y de las columnas donde estaba el equipo de rodaje, estaba vallada para que el público no molestara porque había bastantes curiosos observando. Rodolfo preguntó por un tal Paco, y cuando éste se acercó a ellos, se saludaron efusivamente y los dejó pasar. Le llamó la atención la discreción de Rodolfo, a pesar de que no lo habían hablado, a Germán le presentaba solo con su nombre, sin decir que era policía. Rodolfo le hizo un gesto para que no hiciera ruido, y los dos se quedaron mirando la escena que comenzaba a rodarse frente a ellos, y durante unos minutos les pareció que entraban en otro mundo...

Una mujer alta y esbelta vestida con una gabardina negra muy ajustada, salió de su escondite detrás del semicírculo de columnas que rodeaban al jinete de bronce, que emulaba a Alfonso XII. Llevaba el pelo cubierto por un pañuelo oscuro, y unas grandes gafas de sol que ocultaban casi toda su cara. Mirando nerviosa a su alrededor, bajó las escaleras y caminó hasta el estanque, donde sacó del bolsillo derecho de su gabardina un paquete pequeño envuelto en una tela roja, lo sostuvo un momento entre sus manos como si lo acunara y finalmente lo tiró al agua. Entonces, escuchó ruido de pasos y se volvió a tiempo de ver cómo bajaba corriendo por la escalinata un hombre joven y muy atractivo que llegó enseguida a su lado, se detuvo y le preguntó muy enfadado,

—¿Dónde está? — la mujer levantó la cabeza como si fuera una reina, e intentó volver por donde había venido, pero él la cogió del brazo y le hizo mirarlo—¡María!, esto no es una broma, ¡no puedo volver a casa, si no se lo

devuelvo! —ella lo miró con todo el desprecio que pudo, y más cuando sacó una pistola y la apuntó—no bromeo María, dímelo o...

Ella sonrió, sabiendo que él no soportaría que lo hiciera, y la disparó alcanzándola en el pecho. La mujer, con sus últimas fuerzas, y con una mano tapando la herida por donde se le iba la vida, intentó llegar a las escaleras. Él, comenzó a gritar como un loco, tiró la pistola y la abrazó sin que ella ya pudiera oponerse a nada, luego, la tumbó en el suelo con todo el cuidado que pudo, y se quitó la chaqueta para ponérsela como almohada bajo la cabeza. Solo entonces sacó el móvil, mientras intentaba tranquilizarla, visiblemente nervioso,

—Amor mío te pondrás bien, ya lo verás, aguanta—la mujer sonrió irónica mientras se quitaba las gafas de sol de un manotazo, entonces se pudo ver que era una mujer bellísima—estoy llamando a una ambulancia—ella habló con gran dificultad porque ya casi no tenía aliento, y una gran mancha de sangre goteaba desde su pecho hasta el suelo formando un gran charco, él intentaba contener la sangre con las manos en un esfuerzo inútil.

—Escúchame Eduardo—susurró— ya sé que nunca lo has creído, pero te he querido siempre, desde que nos conocimos en Roma—inspiró profundamente rogando vivir solo un minuto más, y continuó hablando despacio y en susurros—y de lo único que me arrepiento es de no haber sabido convencerte de ello—sonrió como pudo y finalizó—te quiero, y te perdono—luego murió. Él al verlo, volvió a gritar y se abrazó estremecido a su cuerpo, sollozando como un niño pequeño y después de unos segundos, el director gritó: ¡Corten!

Germán se había quedado impactado por la actuación, y miró a Rodolfo que le sonreía, y le comentó

—Son muy buenos, los vi actuar juntos una de las veces que vine, y hay

una gran química entre ellos. Consiguen que te quedes pegado a la escena, no se puede dejar de mirarlos.

—Es cierto.

—Vamos a hablar con Ramón, ahora está solo—Germán lo siguió observando las cámaras, los focos y la cantidad ingente de personas que se movían a su alrededor.

Ramón Mesa tendría unos 30 años, y era rubio y de ojos claros, y estaba sentado consultando el guion, al menos eso ponía en la cubierta de los folios grapados que tenía entre las manos.

—Ramón, ¿cómo estás? —el aludido pareció muy sorprendido al ver a Rodolfo

—¡Hola!, ¿habíamos quedado?

—No, verás, mi amigo Germán quería hablar contigo y he aprovechado para acompañarlo, y así os presento—su contestación consiguió que el director todavía se quedara más boquiabierto.

—¡Ah!, pues muy bien—se levantó para saludarlos, y en ese momento Rodolfo añadió,

—Germán es policía, y creo que viene por un tema...digamos profesional —el director miró a Rodolfo como si le hubiera preparado una encerrona, pero eso Germán lo podía entender. Mucha gente, sobre todo la que estaba muy ocupada pensaba que hablar con él, solo les haría perder el tiempo.

—De acuerdo, pues no sé, si quieres que hablemos esta tarde en algún sitio... porque este no creo que sea el lugar. Además, tenemos el final de una escena en unos minutos—Germán pensó con rapidez.

—¿No podemos ir a comer a ningún sitio cerca de aquí? —se posó la

mano en el estómago plano con un gesto elocuente—la verdad es que yo me muero de hambre.

—Claro, solemos comer en un restaurante aquí al lado, nos preparan un menú que está bastante bien si queréis nos vemos allí—hizo un gesto a una chica que daba vueltas a su alrededor, seguramente esperando a que terminaran, y ella se acercó—si me perdonáis—entonces se dirigió a ella—pasa a limpio las acotaciones que he apuntado, y quiero que las tengan todos esta tarde a última hora—la muchacha asintió y se llevó el guion de Ramón. Y Germán y Rodolfo decidieron dar una vuelta por el parque, para dar tiempo a que terminaran.

A Ramón el dueño del restaurante le tenía reservada una mesa algo apartada de los demás, en la que podían hablar sin ser escuchados por nadie. Después de pedir la comida, miró al policía y dijo,

—Tengo que preparar algunas cosas para esta tarde, así que preferiría terminar lo antes posible.

—Claro, solo quería preguntarte algunas cosas sobre Leandro Palomo.

—¿Leandro? —pareció sorprendido, lo que le hizo pensar a Germán que esperaba que le preguntara por alguna otra cosa

—Sí, ¿teníais mucha relación?

—No, lo normal, procuraba no darle demasiada confianza porque se metía en todo, era el tío más cotilla del universo. En realidad, yo trabajaba con él porque quería hacerlo con Rodolfo, y Rodolfo ya no hace nada solo—Rodolfo sonrió contestando como si ya lo hubieran discutido muchas veces.

—Ya estoy mayor, Ramón.

—Venga ya, todos en la profesión sabemos que lo hacías por hacerle un favor. Toda la música que presentabais era tuya—luego miró a Germán para explicar lo que quería decir—Leandro nunca hubiera sido capaz de crear las piezas que escribía Rodolfo, ni siquiera en sus mejores momentos, que, evidentemente, habían pasado hacía mucho. Todos esperamos que su muerte no te haya afectado demasiado—Rodolfo bebió un sorbo de vino intentando disimular que no le gustaba lo que había dicho de Leandro. Y a Germán no le extrañaría que todo fuera cierto, ya que él había sido testigo de lo buen amigo que podía ser.

—Ramón, no te preocupes. Como ya te dije, la partitura estará a tiempo—el director sonrió más tranquilo.

—Ya lo sé, y sé que será tan buena como siempre. Y perdona por lo de Leandro, pero tienes que entender que los demás no nos sentimos como tú—el compositor asintió, aunque se le veía triste.

—¿Eso quiere decir que tenía enemigos? —Germán aprovechó para reconducir las preguntas.

—No entiendo a qué viene esa pregunta, porque sé que murió por una enfermedad—al ver que Germán no contestaba, continuó— no creo que los tuviera, Leandro era un pesado o como se dice vulgarmente un plasta, pero eso no es suficiente motivo para crearse enemigos. Es mi opinión.

—Entiendo. ¿y recuerdas si, en alguna ocasión, durante el rodaje vino alguien a visitarlo?

—Que yo recuerde, no, pero tampoco controlo a todos los que vienen por aquí.

—¿Conoces a alguien de su familia?

—No sé si tenía familia, y a sus amigos no los conozco, únicamente a

Rodolfo—el compositor siguió callado.

—Y ¿puede haber alguna persona del rodaje que tuviera más relación con él que tú?

—No, que yo sepa. Siento no poder ayudar más, pero ya te habré explicado Rodolfo que nuestra relación con el compositor no se estrecha hasta que se termina el montaje, hasta ese momento no vienen mucho por aquí, por eso no tienen demasiada relación con nadie.

—Sí, ya me lo ha dicho—miró hacia las otras mesas ocupadas por el resto del equipo, y que montaban bastante barullo mientras comían—bueno, pues disfrutemos del resto de la comida, si os parece bien—Rodolfo agrandó un poco los ojos, seguramente porque Germán no había hablado sobre el tema de las drogas. Pero el policía prefería no tocar ese tema, de momento.

Cuando dejó a Rodolfo y miró el teléfono, vio tres llamadas perdidas de Amaro y cuando lo llamó, este, muy nervioso, le dijo que fuera cuanto antes a la oficina. Salió corriendo hacia allí, y al entrar se encontró a Isabel en el pasillo que le dijo:

—Ha venido uno del CNI, te están esperando en el despacho del jefe—los interrumpió la voz de Amaro, que lo esperaba de pie junto a su despacho, ya que lo había oído llegar.

—¡Germán, menos mal que apareces!, ¡entra y cierra la puerta! — Germán lo hizo y luego se quedó de pie sin abrir la boca, mirando a su jefe y al visitante rubio que estaba sentado frente a él. Tendría unos 40 años, metro ochenta, con el pelo muy rubio, casi blanco, ojos verdes, y una gran cicatriz en la mejilla. El hombre miraba fijamente a Germán como si intentara adivinar algo, cuando Amaro interrumpió su mutua contemplación

—Germán, siéntate de una vez. Te presento a Jorge Vela, del CNI—se

estrecharon las manos, y Germán sintió una antipatía tan inmediata hacia él que se sorprendió, porque nunca le había ocurrido nada parecido. Decidió bromear intentando aligerar el ambiente,

—¿Ocurre algo?, que yo sepa hoy no he hecho nada...

—No está el ambiente para bromas Germán, vamos a escuchar lo que Jorge tiene que decir, porque no ha querido decir por qué está aquí hasta que no llegaras—entonces se dio cuenta de que no estaba enfadado con él, sino con el del CNI.

—De acuerdo—en cuanto dijo la primera frase, en su mente le puso el mote de Robocop, le iba muy bien. Era un estirado.

—Me llamo Jorge Vela y estoy en inteligencia, me han dicho que los dos sois de fiar, por eso estoy aquí, y os voy a hablar claramente—desvió un momento la mirada hacia Amaro, pero volvió su atención a Germán casi enseguida—ayer recibí la confirmación de que ibais a colaborar con nosotros para conseguir una entrevista con Leonardo Selles, y no solamente no ha sido así, sino que habéis estado a punto de jodernos la operación más importante en la que hemos trabajado desde hace años—esperó a que Germán comentara algo, pero este se había quedado mudo, porque no entendía nada.

—Llevamos varios meses trabajando en una operación tremendamente complicada y de la máxima importancia, en la que están involucrados los servicios de inteligencia de varios países, y has estado a punto de joderla esta mañana. Así que necesito que me digas que has ido a hacer allí, lo que has hablado con la gente del rodaje y con quién, y, lo más importante, que me asegures que no volverás más.

—¿Todo esto es por haber estado en el rodaje? —miró a Amaro que parecía igual de incrédulo que él—he ido siguiendo una pista de un posible

asesinato, por eso he ido, para hacerle unas preguntas al director.

—¿Entonces has reabierto el caso de la muerte de Sara Panadero? Creía que la policía ya lo había investigado y había dictaminado que fue un accidente—Germán lo miró asombrado y contestó,

—No conozco a nadie con ese nombre.

Robocop lo miraba con el ceño fruncido, pero Germán no quería que Amaro tuviera más problemas, así que decidió ser más claro,

—He ido a preguntar por Leandro Palomo, uno de los compositores de la banda sonora—le encantó ver la cara de sorpresa del androide.

—Sé quién es, pero tenía entendido que murió de una enfermedad—volvió a fruncir el ceño—¿o acaso la policía sabe algo que nosotros no sabemos? —Germán lo miró de nuevo con total seriedad.

—No. Saber no sé nada, únicamente he seguido mi instinto—no pensaba mezclar a Roberto con Robocop, le tenía demasiado cariño.

—¿Tu instinto? —al escuchar cierto tono despreciativo, Germán, inconscientemente le echó la mirada que utilizaba para dar a entender a alguien que le estaba cabreando, y que conseguía que sus ojos parecieran de hielo. Amaro al verlo, tensó el cuerpo porque cuando Germán se ponía así, no se sabía lo que podía ocurrir.

—Sí—incluso el del CNI, al ver su expresión, se echó hacia atrás en la silla intentando alejarse inconscientemente de él—es algo que nos funciona muy bien a los policías de vez en cuando, deberías probarlo alguna vez—de repente, el aire se hizo más denso, y la situación mucho más desagradable. Amaro carraspeó sin saber muy bien qué decir, pero decidido a que la cosa no llegara a mayores.

—Bueno, si eso es todo, Germán no volverá a acercarse al director de esa película, no te preocupes—Jorge, sin embargo, siguió mirando a Germán insistentemente y el poli le mantuvo la mirada, hasta que el del CNI apartó la mirada.

—Antes de que te vayas, me gustaría saber por qué vigiláis ese rodaje.

—No tengo por qué contestar a ninguna pregunta—Amaro se mordió los labios, porque era cierto. Pero también entendía a Germán, que quería saber si tenía algo que ver con lo que él mismo estaba investigando.

—Está bien—Germán se encogió de hombros y dijo—pero creía que teníais mucho interés en hablar con Leo, y no sé si sabes que ese favor depende de mí—el del CNI apretó los labios con rabia y dudó unos segundos, luego le contestó:

—Los vigilamos desde hace unas semanas, una fuente fiable nos informó de que alguien del equipo utiliza el rodaje, como tapadera para traficar con secretos.

—Entiendo.

—Ahora tú, tengo que saber si tuviste contacto con alguien más, y qué hablaste con Ramón Mesa.

—Fue con el único que hablé, y no me dijo nada interesante, solo que no conocía mucho a Leandro. En realidad, hablamos muy poco.

—Creía que habíais comido juntos Ramón, tú y Rodolfo Millar—o sea que los del CNI tenían a alguien infiltrado en el equipo de rodaje.

—Sí, Rodolfo me acompañó al rodaje para presentarme al director, pero él nos dijo que prefería hablar en la comida, porque estaba muy ocupado.

—Bien, y volviendo al tema de Leonardo Selles, estamos esperando que

nos citéis para la reunión—en esta ocasión miró a Amaro, así que Germán que estaba cabreado, decidió intentar aclararle las cosas. Aunque parecía algo duro de mollera.

—Amaro no tiene nada que ver en esto, excepto por el hecho de que me ha pedido el favor de que hable con Leo. Como ya te he dicho, es mi amigo y si consigo que vaya a esa reunión, que no sé si lo conseguiré porque os tiene bastante aversión, es solo cosa mía. Ahora mismo solo te puedo decir que haré lo que pueda—el rubio asintió y se levantó.

—Pues por favor—subrayó, atragantándose con las palabras—haz la gestión cuanto antes, porque es urgente—carraspeó claramente incómodo—aunque no te lo creas, estamos hablando de algo muy gordo, de interés nacional—Germán asintió—entonces, esperamos vuestras noticias—Amaro se levantó inmediatamente para acompañarlo a la puerta, pero Germán se quedó sentado mirándolo.

Jorge Vela apretó la mandíbula y se dio media vuelta saliendo de la habitación, acompañado por Amaro que volvió minutos después, limpiándose el sudor de la calva con un pañuelo de papel, y se plantó ante él con cara de pocos amigos:

—Dilo claramente, tú quieres matarme de un disgusto, ¿no? —Germán se levantó y le dio un palmetazo en el hombro.

—¡Venga Amaro!, no te pongas así, si no ha pasado nada, ¿has visto?, a ese ya nos lo hemos quitado de encima—ni él se creía lo que estaba diciendo, pero el pobre Amaro contestó,

—Eso espero, por un momento he pensado que os ibais a liar a golpes. Con lo tranquilo que eres, ¿qué coño te ha pasado? —Germán se pasó la mano por la nuca, donde todavía sentía el hormigueo que le solía avisar de

que se avecinaban problemas.

—No lo sé, solo te puedo decir que ese tío no me gusta.

—Ya, como no te gustan todos los que te intentan cortar las alas—gruñó Amaro entrando en su despacho, y después de volver al suyo, Germán le gritó, nuevamente de buen humor:

—Menos tú, tú me las puedes cortar cuando quieras.

—Ya, ya, ¡déjame en paz y llama a tu amigo! —luego dio un portazo, y Germán se sentó con el móvil en la mano para hacerlo, mientras seguía sintiendo el dichoso cosquilleo en la nuca.

CUATRO

Amaro seguía refunfuñando mientras se metía en la boca dos comprimidos masticables, intentando calmar la acidez de su estómago,

—Eres un cabronazo, este puesto va a acabar conmigo— Germán se encogió de hombros sin contestar jamás le diría que, antes de ofrecerle la nueva brigada le habían confesado que Amaro iba a ser “retirado” del servicio activo. Él lo conocía muy bien y sabía lo que aquello significaría para él, y tampoco le recordaría que, en su anterior puesto, también recurría a los antiácidos en cuanto había una crisis. La amenaza de jubilación anticipada de Amaro, por parte de la jefatura, había sido uno de los motivos por los que Germán aceptó el puesto, después de poner como condición para hacerlo que siguiera siendo su jefe en el nuevo destino.

—No sé por qué te pones así, el que debería estar cabreado soy yo, que he tenido que pedirle por favor al Genio que acceda a la reunión.

—¡Joder!, ¡y a ti qué más te da!, y ya sé que me dijiste que Leo no estaba a disposición del Ministerio, pero...

—Amaro, a ese chico por el motivo que sea, le gusta echarnos una mano de vez en cuando, pero gana más que tú y que yo, juntos, al mes y además le encanta su trabajo. No tiene ninguna necesidad de ayudarnos a nosotros ni al Ministerio, y será mejor que no deis por supuesto que siempre lo va a hacer. Además, en este caso en concreto, me pidió ayuda para dar esquinazo al CNI y al día siguiente le llamo para pedirle que acepte reunirse con ellos. No sé cómo no me ha colgado el teléfono, y para mi sorpresa, lo único que ha pedido a cambio es que se hiciera aquí y que yo estuviera presente.

—Me da igual lo que crea ese chico, pero el ministro me llamó por teléfono cuando se fue Jorge Vela, y me pidió como un “favor personal”—hizo una mueca al decirlo—que consiguiéramos esta reunión—es decir, que Robocop se había chivado de que los malvados polis no le estaban haciendo caso, pensó Germán—¿tú qué crees que querrán de él?, por Dios, ni que estuviéramos hablando de un científico super importante o algo así—Amaro no se maravillaba con los conocimientos de Leo, ni con sus inventos, al revés que todos los demás.

—¿De Leo? —Amaro asintió y Germán se encogió de hombros porque no lo sabía—ni idea, podría ser algo que haya inventado y que tenga medio olvidado en un rincón de su casa, o alguna información que haya descubierto de la NASA o de la Agencia Europea Aeroespacial. No lo sé, pero entrar en su casa es como hacerlo en una serie de ciencia ficción.

—Ya, bueno, nos vamos a enterar enseguida—sonó el timbre de la puerta y Germán miró gran reloj que había en el pasillo, en el que se podía ver que aún faltaban quince minutos para la hora. Dominó sabía que debía abrir y llevar a los invitados a la sala de reuniones según fueran llegando, pero a pesar de ello, los dos se levantaron y se acercaron a la puerta de la calle con curiosidad.

—Debe de ser Leo, le dije que viniera un poco antes de la hora—efectivamente, al doblar la esquina del pasillo lo vieron hablando con Dominó a la que le sacaba al menos quince centímetros. O más bien ella hablaba y él la escuchaba absorto, Germán se dio cuenta de la intensa concentración con que la observaba. Los tres se saludaron y se sentaron en la sala mientras Dominó volvía a su mesa, y Germán dejó la puerta abierta porque no quería que los pillaran desprevenidos.

—Genio, solo te pido que los escuches, pero eso no quiere decir que

acceptes lo que te pidan sin pensar. Si tienes dudas, siempre puedes pedirles algo de tiempo—Leo asintió, aunque Amaro puso mala cara, por eso se explicó—Amaro, tienen que tener en cuenta que Leo no es un servidor público, por lo tanto, no tiene ninguna obligación con nosotros.

—Excepto la de la amistad—aquella contestación de Genio descolocó a Germán por un momento, y le respondió sonriente.

—Excepto esa.

—No te preocupes Germán, si se pone feo, me levanto y me voy, ya sabes que he venido exclusivamente por ti, sino no lo hubiera hecho. Además, tengo varios asuntos que no puedo abandonar—se calló al escuchar el timbre de la puerta, y los tres esperaron a que entraran los restantes asistentes a la reunión.

Los seis estaban sentados alrededor de la mesa de la sala de reuniones, Germán con Leo a un lado y Amaro al otro miraba a las tres personas que acababan de llegar, y que se acababan de quitar los abrigos y se habían sentado frente a ellos. Uno, por supuesto, era Jorge Vela que fue el que comenzó a hablar,

—Germán, Amaro muchas gracias por conseguir que se celebre esta reunión, pero—miró a los dos antes de decir— nos gustaría hablar con el señor Selles en privado—Germán no se movió, al contrario, se acomodó más en la silla y juntando las yemas de los dedos lo miró, y contestó:

—No lo dudo, pero dado que él ha accedido a esta reunión para hacerme un favor, no me voy a ir a menos que él me lo pida—se volvió hacia Leo y le dijo,

—¿Quieres que me vaya? —el joven, bastante enfadado, contestó,

—Ni se te ocurra moverte, porque si lo haces me voy contigo. Si he

venido, ha sido por Germán que quede claro—Jorge, que parecía que se había tragado un sapo, asintió y decidió cambiar de actitud.

—Está bien, pido disculpas por las formas, pero siendo sincero, pensábamos que la policía actuaría exclusivamente como contacto con el señor Selles—frunció el ceño al observar a Leo, lo que hizo que Germán también lo mirara y descubrió a su amigo tecleando algo a toda prisa en el móvil, por lo que le aclaró,

—Leo es un hombre muy ocupado, seguramente tiene una consulta muy urgente que no puede esperar—pero Jorge Vela dando una vez más muestras de su falta de inteligencia, dijo,

—A mí me parece una falta de respeto que no apague el móvil.

—La última vez que lo vi así de ocupado, fue porque se averió un satélite de comunicaciones europeo, por lo que no creo que apagar el móvil sea una opción—Leo, sin escucharlos, maldijo en voz alta y murmuró,

—Lo siento, pero tengo que llamar, esto es muy importante—luego, salió de la habitación.

—Bien, mientras esperamos, os voy a presentar a mis compañeros—Jorge Vela señaló al hombre moreno, bajito y con gafas de empollón que tenía a su derecha—este es Josu Urrutia, técnico de comunicaciones—y luego señaló a la mujer que había a su derecha—y ella es Vanesa Marín, nuestra especialista en Rusia, Europa del Este y los Balcanes—Germán la miró, era una mujer de pelo castaño y ojos marrones, de estatura normal y complexión delgada que pasaría desapercibida en cualquier sitio. Robocop carraspeó y Germán volvió a mirarlo,

—Bueno, viendo el grado de amistad que os une, será mejor que te expliquemos a ti el problema, esto es demasiado urgente e importante para

esperar más. Y estoy seguro de que, cuando lo sepas, comprenderás que es imprescindible que nos ayude —mientras hablaba, Leo volvió a su silla, Germán le presentó rápidamente a todos, y aunque no dijo nada, quedó claro que no le importaba lo más mínimo cómo se llamaban ni sus cargos. El policía, hizo un gesto para que Jorge empezara,

—Hace unos días, y fruto de un seguimiento rutinario, encontramos una memoria USB en un buzón muerto—ante la expresión de incompreensión de Germán y Amaro, explicó— es un escondite donde, a menos que supieras que hay algo escondido, jamás se te ocurriría buscar. En este caso, el buzón era el tronco hueco de un árbol situado en un bosque en la sierra de Madrid —Leo se irguió, y de repente pareció interesarle lo que decía Jorge—creemos que la memoria procede del Servicio de Inteligencia Exterior ruso. Pero, aunque nuestros técnicos han intentado extraer la información del USB, ha sido imposible hacerlo. Su encriptamiento es de tal nivel, que ninguno de ellos ha sido capaz de acceder a la información más básica—sonrió irónicamente—y debido a la fama del señor Selles en este campo, decidimos pedirle ayuda, porque es primordial que conozcamos lo que contiene esa memoria.

—¿Cómo sabéis de dónde viene? —Germán sonrió al escuchar la pregunta de Leo.

—Porque el USB lo llevó hasta el buzón muerto un empleado de la Embajada Rusa—Germán arqueó una ceja y miró a Leo que parecía cada vez más interesado en el asunto, y su siguiente frase lo confirmó,

—Me gustaría verlo.

—Por supuesto, pero no lo tenemos aquí. Para que puedas examinarlo tendrás que venir a nuestras instalaciones—Jorge Vela sonreía como si fuera un gato a punto de cazar al ratón.

—Eso es imposible, porque en mi casa tengo aparatos que me ayudarán a descryptarlo, si es que puedo... pero si lo tuvierais aquí, podría hacer un análisis superficial y a lo mejor, deciros algo—Germán ya sabía que Leo era muy inteligente, pero su admiración por él subió varios puntos al ver cómo miraba fijamente a su interlocutor, hasta que consiguió que el del CNI sacara su cartera del bolsillo Interior de su chaqueta, y de ahí cogiera la memoria, para entregársela.

El Genio la estudió visualmente y sonrió al ver una marca en la estructura externa de metal, luego sacó una caja pequeña y cuadrada de su chaqueta, la puso encima de la mesa y dentro de una de las ranuras que tenía en los lados, insertó la memoria

—¿Qué es eso? —por primera vez escucharon la voz del técnico de comunicaciones, Josu Urrutia,

—Un analizador de capas de protección de USB—confirmó Leo mientras tecleaba furiosamente algo en su móvil.

—Eso no existe—Leo, que observaba fijamente su móvil levantó la mirada y sonrió irónicamente al técnico de comunicaciones, pero enseguida devolvió su atención a la pantalla. Un par de minutos después sacó la memoria y la dejó sobre la mesa al alcance de los del CNI.

—¿Llevas siempre encima ese aparato? —el técnico de comunicaciones parecía alucinar, y Germán hizo una mueca porque sabía que sí, ya que con el tema de la seguridad Leo era un histérico,

—Normalmente sí, y el que tú no conozcas su existencia, no quiere decir que no exista. Os diré lo que creo, al contrario del 99% del resto de memorias que están fabricadas en China, esta es de origen desconocido.

—¿Podría ser rusa? —preguntó Jorge.

—Es posible, pero hasta que no la vea por dentro, no puedo confirmarlo. Hace meses que hay rumores sobre algo nuevo en este campo...una memoria fabricada por INDATA para los rusos, cuyos chips de memoria se destruyen si se intenta forzar o abrir sin autorización—miró a su audiencia a los que tenía alucinados—además, en caso de pérdida, se puede autodestruir de manera remota—el técnico de comunicaciones tenía, literalmente, la boca abierta al igual que Amaro, pero el que contestó fue Jorge.

—Lo que acabas de decir es prácticamente la misma información que hemos obtenido entre técnicos y agentes, después de casi una semana— Germán miró al tal Josu que parecía estar mordiéndose la lengua— pero no podemos dejarte la memoria y que esté en tu casa, sin custodia de ningún tipo.

—Y yo no voy a dejar que invadáis mi casa—la antipatía que sentía hacia ellos se plasmó en sus palabras sin duda para nadie—haced lo que queráis, pero o trabajo con mis condiciones o podéis olvidaros de que os ayude—se encogió de hombros—necesito el original, pero podría duplicar la memoria lo primero, por si acaso—Josu pareció encantado de intervenir, para llevarle la contraria,

—No se puede duplicar, al intentarlo nos ha aparecido un aviso en el ordenador de que metiéramos la clave de descriptación, o se autodestruiría. Y es imposible saltarse esa capa—Leo lo miró durante un par de segundos y sin molestarse en contestar, volvió a mirar a Jorge,

— ¿Queréis saber lo que hay dentro o no?

—Sí, por supuesto y...—carraspeó de nuevo—si pudieras hacernos una copia, te lo agradeceríamos

—Por supuesto, os la enviaré con un mensajero de confianza en cuanto la

tenga, solo dame la dirección—Jorge le dio una tarjeta que sacó de su cartera y León la cogió, así como la memoria. Después, todos comenzaron a levantarse, pero Germán se dio cuenta de que la especialista en Rusia le hizo un gesto a Jorge, que asintió al mirarla,

—Un momento, por favor. Vanesa debería estar contigo en el proceso de descryptación, porque es muy posible que encuentres la información en ruso, y necesitamos conocer la traducción lo antes posible.

—No hay problema, hablo ruso—Germán aguantó la carcajada al ver la mirada de incredulidad de los del CNI, y se despidió de todos. Vanesa no pudo controlarse más y le dijo:

—Tú eres policía, deberías decirle que nos hiciera caso—pero antes de que pudiera contestarla, sorprendentemente, lo hizo Amaro

—Piensa un poco antes de hablar, demasiado ha hecho consiguiendo que viniera y os echara una mano—bajó la voz para evitar que se le oyera desde fuera, porque Leo había dejado la puerta abierta—todos sabemos que no nos habéis contado la verdad o al menos no todo lo que sabéis, así que yo en vuestro lugar estaría más que contento de cómo han salido las cosas—miró hacia el pasillo donde vio a Leo hablando con Dominó—bueno, hasta luego—no paró hasta llegar a su despacho, donde se dejó caer en la silla agotado. Germán lo siguió segundos después, cuando ya se habían ido los del CNI, pero seguido por Leo se dirigió a su propio despacho. El Genio se sentó frente a él, jugando con la memoria entre sus dedos,

—¿Sabes algo más de lo que les has dicho a ellos? —Leo está mirando de nuevo la marca acercándola a sus ojos, pero ante la pregunta de Germán se encogió de hombros

—He oído rumores de que lo rusos las mandaron fabricar para poder

pasar las órdenes a sus agentes con la máxima seguridad posible. Nada de lo que se transmite por la red o a través de un ordenador, es seguro, nada. Y te lo digo por experiencia—sonrió burlonamente— porque yo puedo colarme en cualquier sitio.

—Ya lo sé—se inclinó sobre él, muy interesado—a ver si me entero, ¿quieres decir que los espías están volviendo a recibir las instrucciones como antiguamente, de manera física?

—Si lo piensas, es lo mejor, solo se tienen que asegurar de que, aunque la memoria acabe en manos enemigas, no se pueda abrir y, si, además, se puede destruir de manera remota...—señaló el pedacito de metal que mantenía entre su dedo gordo y el índice— es un instrumento casi perfecto para la seguridad en la comunicación.

—Pero alguien como tú podría saltarse las capas, como decís vosotros...

—No hay nadie como yo, Germán, cuanto antes te enteres mejor—el poli sonrió por su suficiencia, aunque sabía que lo que decía era verdad—por cierto, hablando de otro tema mucho más interesante, ¿por qué no me habías presentado antes a esa chica? —Germán lo miró extrañado, pero enseguida supo a quién se refería.

—Porque lleva muy poco con nosotros, un par de días en realidad, ¿te interesa?

—Puede—su mirada se trasladó al techo y las paredes— me gusta este sitio, no parece un lugar para polis—era tan claro el intento de cambiar de tema, que le hizo pensar que Dominó lo había impresionado de verdad

—¡Ah!, y a mí—confirmó, para bromear a continuación— y, por cierto, Dominó también me gusta—nunca le había visto reaccionar así frente a una mujer, al menos en su presencia. Por su parte el Genio miró hacia el pasillo

como si pudiera verla a través de las paredes, sin saber cómo responder a Germán, que siguió observándolo pensativamente.

Cuando se fue Leo, fue a hablar con Amaro.

—¿Qué vas a hacer? —aunque no estaba siendo concreto, sabía a qué se refería.

—De momento, dejaré el caso de Leandro Palomo y seguiré con los otros cuatro casos. Además, quiero ver qué descubre Leo, puede ser interesante.

—¿Te lo dirá cuando lo haga?

—Sí, seguro. Y mientras lo hace veremos qué descubro sobre los Cinco— ante la mirada de sorpresa de Amaro aclaró— creo que es un buen nombre para llamar a los expedientes de Roberto.

—¿Entonces, es posible que no fueran asesinatos?, dime que sí, por favor.

—Todo es posible, pero tengo que analizarlos tranquilamente. Es tarde— se había hecho de noche y no se habían dado cuenta—mañana seguimos, ¿te parece?

—¿Sabes cuánto tardará Leo?

—No tengo ni idea, pero me imagino que poco, porque lo he visto muy interesado en el asunto. Cuando algo lo atrae, le dedica todas sus energías día y noche, así que imagino que tendremos noticias pronto—se estiró como si fuera un gato y se levantó—me voy a casa, estoy muerto. ¿Te quedas?

—Ahora me voy, voy a llamar a mi mujer para ver si quiere que vaya a buscarla y me largo. Hasta mañana Germán.

—Sí, hasta mañana—salió al pasillo y torció a la derecha para buscar a su chica.

—Isabel ¿Nos vamos? —ella asintió con aspecto distraído,

—Sí, claro—se frotó la sien derecha con los dedos mientras apagaba el ordenador, Germán sabía que era un signo de cansancio—ya he enviado los dos informes que faltaban, y he empezado con los expedientes de los Cinco— Germán asintió, agradecido por su capacidad de trabajo—y Dominó ya se ha ido, se acaba de cambiar de piso y todavía tiene todo metido en cajas, y me ha pedido permiso para salir antes—él sonrió y le ayudó a ponerse el abrigo, luego, se fueron juntos.

Estaba desnuda en la habitación, extendiéndose la crema por el cuerpo y no pudo evitar una sonrisa al recordar lo ocurrido esa misma mañana en la cama, antes de que Germán se metiera en la ducha. Cuando ella pudo volver a respirar con normalidad, le siguió, y se vengó por el asalto mientras aún estaba dormida, por lo que tardaron otra media hora en salir los dos, mojados, limpios y satisfechos. Volvió al presente al notar cómo le acariciaban la pierna derecha y, rápidamente, se giró y le dio un cachete en la mano infractora,

—¡Vale ya!, voy a llegar tarde por tu culpa—él la abrazó por la cintura riendo,

—No creo que tengas problemas, seguro que sabes cómo hacer que a tu jefe no le importe—le dio un beso ligero en los labios y ella como respuesta, enmarcó su cara con las manos y le dio otro más profundo.

—No te creas, la mayor parte del tiempo no se acuerda de mi existencia —las manos de él recorrían apasionadamente su cuerpo de nuevo, y ella sonreía al sentir cómo le calentaba la sangre,

—Te puedo asegurar que nunca se me olvida—compuso una mueca de

fastidio al ver el reloj que había sobre la mesilla—me tengo que ir, ¿le dices tú a Amaro que voy a casa de Leo? —el Genio le había avisado que fuera en cuanto pudiera porque tenía que enseñarle algo. Aunque no creía que fuera lo de la memoria...con él nunca se sabía.

—Claro, nos vemos en la oficina—Germán le robó un último beso y se fue andando deprisa, e Isabel disfrutó unos segundos observando lo bien que le sentaban los vaqueros. A ella siempre le había parecido guapo, pero últimamente le parecía que estaba irresistible. Quizás fuera porque llevaba el pelo más largo, aunque no creía que fuera por eso, se miró en el espejo intentando ser objetiva consigo misma. Sabía que era atractiva, tenía 29 años, ocho menos que Germán, y era morena y delgada, con ojos marrones, aunque a veces le decían que eran de color ámbar. Regañándose a sí misma por perder el tiempo, comenzó a ponerse la ropa interior.

Leo abrió la puerta al primer timbrazo, era como si hubiera estado esperando en la entrada a que llegara.

—Hola Genio, tienes mala cara—le puso la mano en el hombro, fijándose en las profundas ojeras, pero él cerró la puerta haciendo un gesto para quitarle importancia.

—Sí, no he pegado ojo, y el día anterior solo había dormido dos horas—volvió a conectar la alarma de la puerta como hacía siempre, y se volvió hacia su amigo que lo miraba fijamente, dudando de que le estuviera diciendo la verdad—te he llamado porque he abierto el archivo, ya he visto lo que hay dentro.

—¿Tan pronto?, pensaba que tardarías más—era extraño, porque no parecía hacerle feliz por haberlo conseguido.

—Tendrías que tener más confianza en mí.

—Es cierto.

—Vamos a la cocina, ¿has desayunado? —Leo trabajaba con cuatro ordenadores, exactamente iguales, que tenía distribuidos por toda la casa y que compartían los archivos, por lo que podía moverse libremente sin cargar con ellos.

—Agradecería uno de tus cafés—había inventado la cafetera que hacía el mejor café que había probado Germán, y siempre que iba a su casa intentaba tomar una taza. Aunque su amigo le había ofrecido hacerle una para él, le había dicho que no, ya que parecía una pequeña nave espacial y seguro que construirla llevaba muchísimas horas de trabajo.

—Claro—pulsó varios botones consecutivamente, y, poco después, le entregó una taza humeante. Germán la olió durante unos instantes con una sonrisa feliz, mientras Leo lo observaba—no he conocido nunca a nadie que le guste el café tanto como a ti.

—Bueno, enséñame lo que tenía la memoria, estoy deseando verlo, ¿está en ruso?

—¡Qué va!, estaba en español, exceptuando la primera palabra, mira—acercó el ordenador a Germán para que pudiera ver la pantalla, en la que se podía leer:

Tavárishch:

Tu siguiente misión es contactar con las personas de la lista que te enviamos hace cinco días, y preguntarles si están interesados en el producto.

Como ya saben, no lo pueden conseguir a través de ningún otro país, y podemos ofrecer cinco gramos con una caducidad de 18 meses, por eso el precio será solo de 20 millones de euros por gramo.

En cuanto a la entrega, será en Madrid, por fin hemos conseguido solucionar el problema técnico del que hablamos en la última reunión. Pero el traslado desde allí hasta su destino es cosa del comprador.

Comunícame los nombres de los interesados por el conducto habitual.

P

Germán lo leyó dos veces para estar seguro de haberlo entendido bien, le hizo una foto con el móvil, y miró a Leo muy serio,

—Entiendo que el encabezamiento...

—Sí, es tovarich en ruso, significa camarada, colega, algo así—Leo, ahora sí, parecía tan excitado como un niño—esto es lo que buscan los del CNI, pero no quiero decírselo, ¿por qué no podemos investigarlo nosotros?

—Germán le sonrió sintiendo en los huesos, y no por primera vez, los quince años que le sacaba.

—Porque no tengo los contactos necesarios para hacerlo. Para empezar, no sabemos de qué hablan en la nota—Leo sonrió más ampliamente.

—¡Ah, es verdad! no lo sabemos, pero podemos averiguarlo. Mientras te esperaba, he pensado en alguien que nos puede ayudar y es ruso, aunque lleva años viviendo aquí.

—Y ¿a qué se dedica? —Leo lo miró sonriendo, de tal manera, que Germán levantó la mano para decirle—no me lo digas, prefiero no saberlo— se pasó la mano por el pelo pensando un momento y volvió a leer la pantalla —está bien, llámale a ver si conseguimos enterarnos de algo. Espero no arrepentirme de esto.

El Genio cogió su móvil de encima de la mesa y marcó un número, poco después Germán le escuchaba hablar en ruso con fluidez. La conversación duró un par de minutos y luego colgó,

—Está en Sevilla por trabajo, pero viene esta tarde, me va a llamar en cuanto esté en casa.

—De acuerdo, así que es verdad que hablas ruso.

—Claro—Germán se levantó.

—Me voy al trabajo, entonces, quedamos esta tarde...

—Ok, pero hazme un favor, llévate esta copia de la memoria—Germán la cogió—solo por si pasara algo. Tengo otra para ellos, pero todavía no se la voy a mandar.

—Genio, hay que decirles lo que has encontrado.

—Por favor, espera a que hablemos con mi amigo— Germán asintió y fue hasta la puerta pensando que, al fin y al cabo, si no fuera por Leo, el CNI no se enteraría de nada. Antes de abrir la puerta de la calle, se volvió hacia su amigo y le preguntó,

—¿Qué ocurre, Genio? —él negó con la cabeza,

—Nada—pero Germán sabía que estaba mintiendo,

—Dímelo.

—Es solo que...—respiró hondo antes de hablar—no quiero que pienses que soy un blandengue. Llevo buscándome la vida desde los dieciséis, pero hay veces que pasan cosas que te pillan desprevenido.

—No creo que seas un blandengue y lo que me preocuparía es que no tuvieras debilidades, todos las tenemos. Leo no me voy a ir hasta que no me digas qué te pasa.

—Ha llamado mi padre para pedirme dinero—Germán puso la mano en su hombro, porque recientemente le había contado que no tenía casi relación con su familia, y que únicamente le llamaban para sacarle dinero

—Lo siento, ¿estás bien? —parecía avergonzado por habérselo contado.

—Sí, por supuesto, lo siento, es solo que...esta vez he decidido no ceder y no darles nada. Y cuando se lo he dicho...nunca me hubiera imaginado que pensarán esas cosas sobre mí—se frotó la frente como si quisiera sacarse el recuerdo de la cabeza—perdona que te haya contado esto, parezco una niña —nervioso, avanzó un par de pasos para abrirle la puerta a Germán, pero este se lo impidió.

—Leo, por favor, me considero tu amigo. Si necesitas hablar con alguien, sabes dónde estoy.

—Lo sé, gracias, pero lo que está pasando es por mi culpa—negó con la cabeza— hace tiempo que tenía que haberles parado los pies. Gracias por escucharme—abrió y el poli se fue con gesto serio y triste, pero antes le dio un rápido abrazo recordándole que lo llamara por la tarde, en cuanto quedara con su amigo ruso.

CINCO

De vuelta en la oficina, llamó a Isabel para que fuera a su despacho para repasar lo que tenían hasta ese momento sobre los Cinco. Ella le entregó las carpetas y se sentó con su cuaderno de notas entre las manos.

—Esto es lo oficial, pero ya he descubierto alguna cosilla que no estaba en los expedientes. He llamado a los compañeros que llevaron los casos para preguntarles—Germán levantó la vista de los papeles y la miró con el ceño fruncido

—Todavía no quiero que nadie sepa que los estamos investigando.

—Lo sé, por eso les he dicho a cada uno de ellos que les llamaba de Interior, y que estábamos haciendo una comprobación aleatoria de algunos casos. Al ser un protocolo contemplado dentro de las normas, aunque no es algo habitual, se lo han tragado.

—Bien pensado—ella sonrió, pero su expresión se borró al ver la mirada de Germán.

—¿Te ocurre algo?

—No, tranquila—bajó la vista al expediente porque, ni siquiera a ella, le contaría la confidencia de un amigo—cuéntame qué has descubierto.

—Vale, empiezo por el empresario rico, del que heredaron sus sobrinos. Son mellizos, y estaban de crucero cuando murió—consultó sus notas—en el expediente hay un apunte de una charla con un primo del difunto, que le dijo al compañero que la relación de los sobrinos con el tío era buena, aunque algo distante, porque era un hombre bastante independiente—Germán asintió

fastidiado, porque eso era no decir nada.

—¿Y la situación económica de los hermanos?

—Es curioso, porque ninguno de los dos trabajaba cuando su tío murió, y yo me pregunto, ¿sin trabajar te puedes permitir irte de crucero?

—Parece raro, ¿y su tío no los ayudaba económicamente?

—Según el primo, no, pero todavía no tenemos extractos de las cuentas, porque los compañeros no llegaron a pedir información económica—German asintió para que pasara al siguiente.

—Miranda Torrent, ama de casa, casada y con dos hijos, con un patrimonio normal, saldos en el banco justitos para pasar el mes, una hipoteca para la casa y un préstamo para comprar el coche de la familia, lo que ya sabemos. Pero—subrayó la palabra— tal y como descubriste, poco antes de morir había contratado un seguro a nombre del marido por 150.000 euros. Aparentemente, el matrimonio tenía una relación normal.

—Si es asesinato, también sería por un móvil económico. Pero consígueme una copia de la póliza, ese tipo de seguros normalmente son por accidente, no cubren las enfermedades. Quiero leerla.

—Claro, la tengo en el correo, ahora mismo te la mando. El siguiente, el médico, al parecer había tenido muchos problemas con su expareja.

—¿El hijo del juez?

—Sí, hay muchas denuncias en ambos sentidos, de acoso, maltrato, hasta llegaron a denunciarse porque no se devolvían los objetos personales—Isabel puso una expresión de duda en su cara, que era la misma que sentía Germán—el muerto era huérfano, y además no ha dejado gran cosa, no creo que, en este caso, el móvil sea económico—miró sus notas y añadió—¡ah, tiene un

hermano, y tenía una clínica pediátrica a medias con otra doctora!

—Ya.

—¡Ah!, una cosa, le tuvieron que operar de apendicitis unos...—volvió a mirar sus notas—cuatro meses antes de morir, y no he encontrado nada más que me haya llamado la atención.

—De acuerdo—comentó, aunque estaba distraído leyendo algo,

—Y el último, es...—pero Germán no la dejó terminar, porque estaba mirando algo del expediente del médico mientras ella hablaba.

—A ver, ¿una peritonitis no es una infección producida por una apendicitis? —Isabel hizo una mueca porque no tenía ni idea, pero él no esperó a que contestara—pero tú dices que le habían operado de apendicitis...

—Sí, está en el informe médico, lo tienes ahí, es la hoja azul.

—Vale—escribió una nota en su móvil— lo consultaré con Roberto, sigue,

—Y el último, el que iba a ser presidente de la compañía, Lorenzo Gutiérrez, al parecer un hombre muy religioso, tenía cuatro hijos y su mujer proviene de una familia de dinero.

—Ya, o sea, una locura— miró las cinco carpetas abiertas sobre su mesa valorando la situación— y no podemos ir a preguntar a las comisarías que han hecho los informes, porque levantaríamos la liebre. Y Roberto dice que hay veintidós más como estos—pensó unos segundos y se decidió—está bien, creo que ha llegado el momento de empezar a interrogar al entorno intentando no hacer ruido, al menos de momento, hasta que tengamos algo consistente.

—¿Entonces crees que pueden ser asesinatos?

—Cada vez estoy más convencido, por cierto, otra cosa de la que acabo de acordarme. Necesito que busques el informe de una chica que era cámara en la película de Ramón Mesa, y que murió por accidente hace poco, se llamaba Sara Panadero. Jorge Vela soltó su nombre ayer pensando que su muerte era lo que estábamos investigando, y he preguntado a Rodolfo por ella, pero no sabía mucho, solo le dijeron que había habido un accidente. No sé cuándo ocurrió, ni tengo más datos, pero quiero que eches un vistazo. Dos muertes en pocas semanas en el mismo rodaje, una por enfermedad y otra por accidente, es algo raro, ¿no? Y tengo que hablar con Amaro.

—¿Sobre lo que te ha dicho el Genio?

—Sí, es algo gordo, ha descifrado lo que había en la memoria—se quedó absorto un momento, había algo que le había dicho Isabel que no le cuadraba, pero la idea era escurridiza y no lograba recordar qué era.

—Pero no venías preocupado solo por eso.

—No—le sonrió—eres una bruja—ella se encogió de hombros.

—Te conozco.

—Hoy el Genio estaba hecho polvo, pero no puedo contarte nada.

—Ya me imagino, no te preocupes—se levantó con cara comprensiva, y Germán se sintió agradecido por tenerla a su lado—¿quieres que siga con los Cinco?

—Ponte con Sara primero, al ser un accidente habrán realizado una investigación más extensa, y quiero saber todos los detalles—cuando Isabel se fue, Germán, antes de volver al despacho de Amaro leyó la póliza del seguro. Solo tardó cinco minutos y cuando lo hizo se levantó y fue a ver a su

jefe, porque no podía esperar más para contarle lo de la memoria. Llamó a la puerta al verle leyendo un manual enorme,

—¿Qué pasa? —levantó la cabeza, sorprendido al verle.

—¿Tienes un minuto? —al ver que asentía, entró y señaló lo que estaba leyendo, —¿qué es eso?

—Me lo ha mandado Gilda. Son los nuevos protocolos de actuación que tenemos ahora al depender directamente del Ministerio—levantó la mirada y le dijo con bastante cachondeo—¡ah!, y también me ha confirmado el nombre de la brigada: C.I.E. Centro de Investigaciones Especiales—Germán rio por lo bajo.

—Algo pomposo, ¿no te parece?

—Ella dice que viene directamente de presidencia.

—¿En serio? —Germán sentía curiosidad, por lo que se colocó tras la espalda de Amaro, y leyó por encima de su hombro—“Normas de comunicación entre los distintos departamentos dependientes del Ministerio del Interior”—hizo una mueca—solo con esa línea ya me ha entrado sueño, aunque imagino que tendremos que leerlo todos—Amaro asintió y cerró el manual, cabreado.

—¿Quieres algo o solo has venido a reírte un ratito? —Germán se sentó ante él y cruzó las piernas, mirándole con precaución.

—Tenemos un problemita—su jefe agrandó los ojos y se pasó la mano por la reluciente calva.

—A ver qué has roto ahora.

—Nada, pero Leo ya ha accedido a la memoria

—Estupendo, pues pásale la información al CNI—le apuntó con el índice

a punto de echarle uno de sus rapapolvos, pero antes de que pudiera seguir hablando, sonó el timbre del fijo y cuando lo vio, miró a Germán—es Gilda—dijo, y descolgó

—Dígame—escuchó durante un minuto como máximo y contestó—¿a qué hora? —esperó unos segundos y asintió—de acuerdo, vamos para allá— luego colgó y miró a Germán—vamos, el ministro quiere vernos, ya sabes porqué,

—Sí, por lo de los rusos, pero esta tarde he quedado...

—No jodas Germán, y compórtate.

—Claro, ¿no lo hago siempre? —Amaro comparó los vaqueros y el polo que llevaba su amigo, con el traje arrugado que llevaba él y tuvo que reconocer que salía perdiendo. Germán parecía que se acababa de poner la ropa, y que iba a desfilarse en alguna pasarela, a pesar de llevar peor ropa que él. Era una suerte que le tuviera tanto aprecio porque si no, el día menos pensado, le pegaba un tiro.

Agustín Argüelles, ministro del Interior, tenía 58 años y los aparentaba. Era un hombre alto y delgado, aproximadamente de la misma estatura que Germán, con la frente despejada y el pelo fino y gris, y su expresión era de inteligencia y de bondad. Sin embargo, Gilda, a la que había conocido un momento antes, a pesar de ser una pelirroja muy atractiva le recordó al ama de llaves de Rebeca. Parecía capaz, si lo consideraba necesario, de coger un puñal y clavártelo sin dudar.

Se sentaron en cuanto les indicó el ministro que lo hicieran y esperaron a que hablara, él miró algo en un papel que tenía delante y sonrió mientras los miraba alternativamente,

—Amaro y Germán, ¿no es así? —los dos asintieron, y él continuó—

antes que nada, quiero daros las gracias por venir y deciros que siento haberos llamado con tanta urgencia, pero hasta hace un par de horas no he sido informado sobre vuestra colaboración con el CNI—miró a Germán fijamente y continuó dirigiéndose a él— creo que tú eres el encargado de este tema, ¿no es así?

—Bueno, yo no lo llamaré colaboración exactamente—se encogió de hombros—nos pidieron que habláramos con Leo, un amigo mío, para que les echara una mano—el ministro sonrió divertido.

—Sí, al parecer es una persona difícil de convencer. Me han comentado que ya estaban desesperados, porque le habían ofrecido de todo y él no lo aceptaba—Germán fue consciente de, por lo que fuera, esa situación le encantaba al ministro—Gilda, vuestra interlocutora habitual, tiene mi total confianza, y cuando le pidieron ayuda del CNI ella os llamó sin consultarme. Como siempre, actuó perfectamente, pero en cuanto lo he sabido, he creído que yo también debía hablar con vosotros—Germán sintió que estaba ocurriendo algo de lo que ni él ni Amaro tenían ni idea—necesito saber, en cuanto lo sepáis vosotros, lo que hay en esa memoria. Los del CNI, demasiado a menudo, campan a sus anchas por España sin tener en cuenta que aquí existen más funcionarios del orden, aparte de ellos—Germán estaba alucinado, y se dio cuenta de que Amaro estaba tan asombrado como él— ¿alguna pregunta?

—No, señor—el ministro sonrió asintiendo, como si fuera la respuesta que esperaba, y los dos policías supieron que se había acabado la reunión. Por eso Germán se atrevió a hablar, pensando que podrían sacar algo positivo de todo ese lío.

—Perdone señor, quisiera comentarle algo, pero es sobre un tema que no tiene nada que ver.

—¿Sí? —lo miró sorprendido, pero aún sonriente.

—Estoy estudiando una serie de fallecimientos ocurridos recientemente, que...no estoy seguro, pero creo que podrían ser asesinatos encubiertos como muertes naturales—por el rabillo del ojo vio cómo se movía Amaro en la silla, nervioso, y antes de que pudiera hablar siguió haciéndolo él—todavía no tengo pruebas que lo confirmen, pero mi intuición me dice que lo son.

—Pues por lo que he leído en tu expediente, ojalá todos los policías tuvieran tu intuición, pero no entiendo cuál es el problema, ¿necesitas mi autorización para algo?

—Bueno, a los del CNI no les gusta que investigue en un rodaje en el que fui a preguntar por Leandro Palomo—el ministro frunció el ceño al escuchar el nombre

—Yo lo conocía—hizo un gesto para restarle importancia—no a fondo, me lo presentaron en alguna fiesta, era un gran músico, ¿quieres decir que es una de esas personas que pueden haber sido asesinadas?

—Sí señor, pero el CNI está vigilando el rodaje, y no quieren que ronde por allí, por la razón que sea—decidió no contar más de lo necesario.

—Comprendo, pero si ellos quieren un favor nuestro, tendrán que hacer alguna concesión, “quid pro quo”. Imagino que sabes lo que significa.

—Sí señor, una cosa a cambio de otra.

—Efectivamente, déjalo de mi cuenta. Os llamarán para confirmarlo, y ahora, si no queréis nada más, espero vuestras noticias—Germán contestó mientras se levantaba:

—Por supuesto, y muchas gracias señor—después de estrecharse las manos, salieron del despacho.

Una vez en el aparcamiento, Germán se sentó ante el volante, y antes de arrancar miró a Amaro que aún parecía en trance, pero que se las arregló para hablar.

—Es que no me creo lo que acaba de pasar, a ver cómo salimos de este embrollo. ¡Ahora tenemos a los del CNI por un lado y al ministro por otro, esperando ser los primeros en saber lo de la dichosa memoria! —Germán arrancó sonriendo y contestó

—Tú tranquilo, yo creo que esto ha sido una suerte—sin hacer caso de la mirada estupefacta de su jefe, se incorporó al denso tráfico que circulaba por el Paseo de la Castellana a esas horas.

Llegaron a tiempo, porque Isabel y Dominó se iban a ir a comer, y decidieron hacerlo los cuatro juntos. Amaro era partidario de hacerlo siempre que podían, porque consideraba que era algo que unía más al equipo. Decidieron acudir al mesón que había frente a su oficina.

—Dominó, ¿cómo va la mudanza? —la novata sonrió al ver que lo recordaba, e Isabel miró a Germán pensando que, si no estuviera ya enamorada de él, caería en ese momento, sin ninguna duda. A pesar de todo lo que tenía en la cabeza, Germán siempre tenía en cuenta a todos los que le rodeaban.

—Bien, ya casi está, solo falta que mis padres me manden algunas cosas de casa.

—¿Qué cosas? —ella se encogió de hombros mientras se ponía algo colorada.

—Sobre todo mis libros, y lo de las manualidades, me gusta mucho hacer ganchillo, por ejemplo, pintar... también toco la guitarra—se encogió de

hombros algo avergonzada, segura de que había hablado demasiado— me gusta hacer muchas cosas cuando no trabajo—los tres la miraron estupefactos y ella cerró la boca.

—Pero ¿cómo tienes tiempo para todo?, tenemos un trabajo muy exigente, y tú habrás tenido que estar estudiando día y noche para aprobar. Cuando yo me estuve preparando, no tenía ni fines de semana—Isabel lo recordaba como un periodo durísimo.

—Sí, ha sido difícil. Y es cierto que se puede hacer poco más que estudiar, pero siempre es posible conseguir un rato libre para despejarte, al menos los fines de semana—Amaro era el que menos había hablado con ella, porque habitualmente estaba en el despacho, y decidió que debía conocerla un poco más,

—¿Tienes hermanos? —ella asintió

—Somos seis, yo soy la mayor.

—¿No te importa que te pregunte por qué te llamas Dominó?, no es un nombre muy habitual—ella sonrió porque era una pregunta que siempre le hacían.

—La mayor parte de la gente piensa que es un mote, hasta que les digo que es mi nombre verdadero, pero la explicación es muy sencilla. Cuando mi madre, embarazada de mí, salió de cuentas yo no quería salir y ella estaba bastante desesperada, además había ido un montón de veces al hospital y siempre eran falsas alarmas—miró a Isabel, que era con la que tenía más confianza—entonces mi abuelo para distraerla, la convenció para jugar al dominó una madrugada que ella no conseguía dormir, y cuando llevaban un par de horas, rompió aguas. Estaba tan agradecida que juró poner al niño el nombre del juego. Mi abuelo y mi padre pensaron que era broma, y cuando

quiso hacerlo discutieron con ella, pero—hizo una mueca—¡menuda es!, por supuesto, hizo lo que quería—todos rieron incluyéndola a ella.

—Viven en Cuenca, ¿no?

—Sí, los dos son de allí, pero yo siempre había querido vivir en una ciudad más grande. Cuando nuestros padres nos traían a mis hermanos y a mí a Madrid me encantaba, y me prometí que, si podía, viviría aquí algún día. Aunque dejar a la familia es muy duro—todos estuvieron de acuerdo.

Cuando ya estaban pagando, Amaro habló con Germán,

—¿Qué vas a hacer esta tarde?

—He quedado con Leo, me acaba de mandar un mensaje para que vaya a recogerle en cuanto termine de comer, porque tenemos que ir a ver a un amigo suyo. Al parecer, nos puede ayudar con el tema sobre el que hemos hablado—Amaro asintió en silencio, pero Germán vio su gesto de preocupación. Isabel calló, porque sabía que ocurría algo grave y también que, en cuanto él pudiera, se lo contaría.

Germán dejó en la caja fuerte del centro que estaba oculta en el despacho de Amaro, la copia de la memoria, y luego, bajó al garaje para coger el coche. Había avisado a Leo que estaba llegando, y lo esperaba en la acera, ni siquiera aparcó, porque su amigo subió enseguida al coche.

—Hola, ¿qué tal todo? —el Genio parecía estar más tranquilo, pero seguía muy serio,

—Bien, perdona el numerito de antes, no sé qué me ha pasado.

—No seas gilipollas, no hay nada que perdonar, somos amigos ¿no?

—Sí.

—¿Has descubierto algo nuevo sobre el mensaje?

—No he podido ponerme con él—Germán lo notó contrariado—han surgido varios problemas en un estudio en el que estoy colaborando con otros tres tíos, dos informáticos, y otro ingeniero aeroespacial.

—¿Y de qué va?, si me lo puedes contar claro.

—Sí, no es un secreto, ya tenemos parte publicado. Es un encargo de la NASA y la ESA—sonrió al ver la mirada de extrañeza de Germán—es el acrónimo en inglés de la Agencia Europea del Espacio, están haciendo un estudio conjunto de Calvera, porque hay una nueva teoría sobre las estrellas de neutrones, y Calvera es la más cercana. Como te he dicho somos un grupo de cuatro y, con los datos que nos van mandando, tenemos que hacer una serie de informes semanales y mensuales. Hay otro grupo espejo que hace lo mismo, y como suele ocurrir en estas cosas, las conclusiones no coinciden casi nunca—sonrió divertido—aunque suene raro, es cierto.

—Pero, esa no es tu especialidad—Leo negó con la cabeza.

—Bueno, no del todo, sabes que soy ingeniero aeroespacial, pero además estudié un par de años de astronomía, porque me encantaba desde niño. Siempre me he mantenido al día, y he seguido leyendo todo lo que he podido sobre el tema.

—¡Qué bien te pusimos el mote, Genio! —Leo señaló la carretera,

—Mira, la salida de Boadilla—sin darse cuenta habían llegado enseguida a la A6, porque la casa de Leo, en Ciudad Jardín, estaba muy cerca de allí.

—Espera, no vayas muy deprisa, tenemos que encontrarnos una rotonda con un ratón verde gigante—Germán pensaba que era una broma, pero no dijo nada, simplemente continuó recto, hasta que finalmente lo vio, pero había un problema...

—Es no es un ratón, es un oso—miró a su amigo que negó con la cabeza,

y se asomó por la ventanilla

—Es un ratón, tiene las orejas como Mickey.

—¡Menos mal que hay algo que se te da mal! Es evidente que no distingues los osos de los ratones, y ahora ¿por dónde?

—Ya casi estamos, coge la segunda a la derecha—mientras hablaba estaba tecleando a toda prisa en el móvil

—¿Le estás avisando de que llegamos?

—No, estoy buscando la rotonda para demostrarte que es un ratón—puso cara de asombro—¡tienes razón, es un oso! miró hacia atrás porque ya casi no se veía la rotonda—No lo entiendo, estaba seguro de que era un ratón—murmuró, hasta que vio la siguiente bocacalle—¡Espera, espera, es por esa calle! —señaló una callejuela que no tenía salida y Germán se metió por allí—vale, aparca donde quieras. El último chalet es el de Vlad.

—Entonces lo dejo aquí mismo—no había ningún coche en la calle, seguramente porque todos los meterían en los garajes de sus casas.

Leo llamó al timbre y escucharon chillidos de niños jugando, enseguida les abrió la puerta una mujer de amables ojos claros, que miró a Germán inquisitivamente, pero Leo se colocó ante ella para que lo viera, y la llamó por su nombre.

—Anyá—ella sonrió y dijo algo en ruso, luego, lo abrazó. Cuando se separaron, Leo los presentó y ella les hizo entrar. Después de cerrar la puerta, agarró del brazo a Leo y lo regañó por no haber ido antes a verlos, luego se dirigió a Germán, como si estuviera encantada de conocerlo.

—Eres el primer amigo de Leo que viene a casa—tenía un fuerte acento ruso y llevaba el pelo rubio muy corto, lo que resaltaba sus altos pómulos—

vamos, daros prisa, Vlad estaba como loco porque venías.

Germán observó a los, aproximadamente, veinte niños que corrían entusiasmados a través del césped a unos diez metros de ellos, y no pudo evitar sonreír. Le encantaban los niños, y desgraciadamente no solía tener ocasión de tratar con ellos. Anya lo miraba sonriendo,

—Es el cumpleaños de nuestra hija Anya—suspiró mirando cómo estaban disfrutando los niños— todos los años juro que nunca más lo celebraré aquí, pero soy incapaz de decirle que no cuando me lo vuelve a pedir—Germán asintió, y ella le preguntó—¿tienes hijos?

—No, aún no—los tres entraron a través de unos grandes ventanales a la cocina de la casa, la atravesaron, y, después de un corto pasillo, giraron a la izquierda entrando en una habitación muy luminosa, que parecía un despacho. En él había un hombre de pelo cano y mirada amigable que permanecía sentado esperándolos, con una sonrisa de bienvenida

—¡Leo, amigo, por fin!, ya era hora de que volvieras—Anya, discretamente, y después de mirar con cariño a su marido, salió cerrando la puerta tras ella. En ese momento, Vlad salió de detrás de la mesa accionando la silla de ruedas eléctrica en la que estaba postrado. El Genio se acercó, se inclinó sobre él y lo saludó con dos besos, Germán esperó a que terminaran de hablar en ruso. Leo, cuando se dio cuenta se volvió hacia él,

—¡Perdona Germán!, te presento a este sinvergüenza, mi amigo Vlad. Vlad este es mi amigo Germán, del que ya te he hablado en alguna ocasión— Leo se colocó tras el ruso poniendo la mano sobre su hombro, y Germán se sintió observado por cuatro inteligentes ojos. Entonces, se acercó y estrechó la mano de Vlad,

—Encantado Germán, es un placer conocerte por fin.

—Igualmente.

—Es cierto que Leo me ha hablado mucho de ti

—¿En serio?

—Sí, me gusta que me cuente tus casos—volvió a desplazarse con la silla hasta colocarse detrás del escritorio, y les hizo un gesto—sentaros por favor, no os quedéis de pie. Leo siento tener que apremiarte, pero hoy solo tengo media hora para vosotros. Es el cumpleaños de mi hija y después de duras negociaciones, mi mujer me ha permitido dedicaros ese tiempo, y si no salgo después de treinta minutos, me cortará en trocitos para la cena—se puso serio mirando a Germán—y no bromeo, parece muy pacífica, pero—hizo como si un escalofrío recorriera su cuerpo y los otros dos hombres rieron. Leo asintió y se inclinó para enseñarle el mensaje,

—No te preocupes, creo que con media hora será suficiente—sacó su móvil y buscó la foto que había hecho para que la viera— necesito que mires esto—dejó el móvil con el mensaje cerca de sus manos, y esperaron a que Vlad lo leyera. Germán se dio cuenta de su rapidez de lectura al ver la velocidad a la que se movían sus ojos, y también de que lo leyó dos veces, antes de hablar. Luego levantó la mirada hacia Leo que esperaba sentado junto a Germán y frente a él,

—Y me enseñáis esto porque...

—Porque tú puedes saber a qué se refieren.

—Desgraciadamente sí—el Genio asintió entrecerrando los ojos, y Germán se tensó al ver la expresión del ruso. Este dejó el móvil en el escritorio y miró por la ventana hacia su hija (Germán imaginó que sería ella) que seguía jugando en el jardín, junto a los demás niños. Hasta que, de repente, miró a Germán,

—No creo que Leo te haya contado porqué estoy en una silla de ruedas.

—No.

—Hace 12 años, trabajaba como profesor de química en la Universidad de San Petersburgo...—Leo lo interrumpió, porque era importante que Germán entendiera la importancia de lo que le ocurrió.

—Era el catedrático de Química, no un mero profesor—aclaró, pero Vlad solo hizo una mueca.

—En el año 2002 tuvo lugar la Crisis de rehenes del Teatro Dubrovka de Moscú, no sé si lo recordarás—Germán se acordaba vagamente, pero...

—Creo que unos chechenos tomaron el teatro y cogieron muchos rehenes, estuvieron así durante horas. Me parece que hubo bastantes muertos ¿fue así?

—Unos 50 chechenos irrumpieron en el teatro y tomaron cerca de 800 rehenes, su única exigencia era la retirada de las tropas rusas de Chechenia. Cuando comenzaron a matar rehenes, el gobierno ruso decidió atacar con un agente químico a través de la ventilación del edificio, y luego asaltar el teatro. Como resultado de esa nefasta operación, murieron 170 personas, de los cuales y esto es muy importante: 130 eran rehenes inocentes que murieron como resultado del gas enviado por el gobierno. Lo ocurrido provocó una fuerte conmoción nacional e internacional, en nuestra universidad se sucedieron durante semanas las huelgas de estudiantes pidiendo la dimisión del presidente—Leo agachó la cabeza porque él sí sabía lo que ocurrió después, y Germán comenzaba a imaginárselo—yo, junto con otros compañeros firmamos un manifiesto condenando lo ocurrido, y pidiendo la dimisión del presidente—suspiró y volvió a mirar a su hija, que en ese momento estaba jugando con otras cuatro amigas sentada en el césped—días después comenzaron a morir los firmantes del manifiesto, yo tuve suerte de

poder contarlos. Un día me esperaban en el aparcamiento de la universidad dos hombres, que me llevaron en su coche a un almacén abandonado y, me pegaron tal paliza que me dieron por muerto y me dejaron tirado en una cuneta—se volvió a mirar a Germán—cuando me desperté, horas después y cubierto de sangre, supe que mis piernas nunca más funcionarían—respiró hondo al recordar aquellos momentos—me estuve recuperando durante unas semanas en el campo, escondido en casa de unos amigos, y, en cuanto pude, me reuní con mi mujer y vinimos a España; habíamos estado aquí dos años antes veraneando, y nos habíamos enamorado de este país.

—Lo siento—Germán no sabía qué decir, pero el ruso sonrió de nuevo, y se encogió de hombros.

—Lo que no nos mata, nos hace más fuertes. Te he explicado esto para que entiendas porqué Leo te ha traído aquí, y que, aunque sea ruso, no tendré ningún problema en contaros todo lo que sepa.

—¿Piensas que en la nota se refieren a un gas como el que utilizó el gobierno ruso en aquel teatro? —Vlad lo miró fijamente,

—No, están hablando de algo totalmente distinto, del Californio-252

—¿Eso qué es? —los miró alternativamente, porque Leo puso una cara que dio a entender al policía que sabía lo que era, de hecho, el Genio fue el que preguntó al ruso:

—¿Estás seguro? —Leo se pasó la mano por el pelo, alborotándose con aspecto muy preocupado y Germán se dirigió a los dos,

—Me estoy poniendo nervioso, por favor que alguien me diga de qué estáis hablando.

—El Californio-252 es un elemento químico radioactivo y el más pesado que se produce en la tierra de forma natural. Se llama así porque fue obtenido

por primera vez en la Universidad de California en 1950—Germán se sintió como si estuvieran en clase de Química—y solo lo producen dos países: EEUU y Rusia,

—¿Y para qué se utiliza?

—Científicamente tiene muchas aplicaciones, se utiliza en la industria petrolera, para el encendido de reactores nucleares, como fuente de neutrones para el estudio de materiales y también en la síntesis nuclear de los elementos de mayor masa.

—Entiendo—aunque no entendía nada.

—Y ahora viene lo malo, es extremadamente radiactivo y peligroso, puede interrumpir la producción de glóbulos rojos por bioacumulación en el tejido óseo, y se rumorea que las dos naciones, tanto Rusia como EEUU, llevan años intentando fabricar una bomba con este material. Si consiguieran estabilizarlo lo suficiente para hacerlo, sería algo devastador—miró fijamente a Germán—como nada de lo que hayamos visto hasta ahora, y su tamaño no sería más grande que el de una bala. En mi universidad corría el rumor de que nuestro gobierno intentaba fabricar una bala con este material, que podría ser disparada por una pistola común, y que tendría el poder destructor de una pequeña bomba atómica—frunció el ceño pensativo—lo que me extraña es la cantidad que ofrecen en la nota, porque en todo el mundo, se calcula que hay unos 8 gramos aproximadamente. Aunque es posible que los dos países mientan en cuanto a sus existencias, suelen hacerlo en este tipo de cosas.

—¿Y lo de la caducidad?

—Sí, esa es una de las razones por las que creo que hablan del Californio 252, porque tiene una vida útil aproximada de dos años y medio.

—Entonces ¿es posible que se lleguen a pagar 20 millones de euros por

un gramo? —Germán estaba alucinando, desde el principio le había parecido que la nota no era creíble, debido al precio.

—Aunque no te lo creas, no es caro. El gramo debe estar en torno a 30 millones o más, pero me extraña que provenga de Rusia—levantó la mano para que lo dejaran acabar—no me malinterpretéis, no es porque yo considere que el gobierno ruso sea incapaz de venderlo, es porque conozco las medidas de seguridad de la planta donde se custodia y robar este material de allí, me parece imposible. Y Rusia no lo sacaría así a la venta, hablaría con los aliados que estuvieran interesados, directamente.

—¿Quiénes podrían ser los aliados?

—No lo sé, en este caso aparte de que fueran países amigos tendrían que tener un gran poder adquisitivo—se encogió de hombros dudando— quizás China, ahora mismo no se me ocurre ninguno más. En cuanto al transporte, para proteger el entorno y a ellos mismos de la radiación, hay que transportarlo dentro de un contenedor especial de 50 toneladas. Es imposible que pase desapercibido.

—¿Cómo tiene que ser ese contenedor? —Germán estaba pensando cómo localizarlo, le parecía fácil, pero necesitaba saber más.

—Por dentro tiene que tener varias capas de acero al carbono y finalmente, un módulo de hormigón que, además, le proporcione protección estructural. Esperemos que los que están detrás de esto, al menos, tengan los conocimientos suficientes para transportarlo con seguridad.

Los tres se miraron en silencio mientras seguían escuchando los gritos de los niños en el jardín.

SEIS

El Genio miró la puerta de su casa desde el asiento del copiloto y se volvió hacia el poli, ninguno de los dos había dicho nada en el corto trayecto desde la casa de Vlad hasta allí,

—¿Y ahora qué? —Germán apretó los labios decidido,

—En cuanto llegue, hablaré con Amaro, y llamaremos a los del CNI, pero primero quiero decírselo a él—juntos decidirían cómo actuarían, debido a que el ministro también quería estar informado—y para evitar que Vlad tenga problemas no diré nada sobre él.

—Gracias, amigo—Germán asintió

—No te preocupes, ya ha sufrido bastante.

—Sí—Leo abrió la puerta del coche para bajar—por favor, si me necesitas para cualquier cosa, avísame. Ya me están llamando— maldijo al notar la vibración de uno de sus móviles y se bajó del coche. Germán se fue en cuanto cerró la puerta y volvió al centro en un tiempo récord.

Cuando entró, Isabel hablaba por teléfono y Dominó tecleaba algo al ordenador, las saludó con la mano dirigiéndose directamente al despacho de Amaro, cerró la puerta y se sentó frente a él con un fuerte suspiro. Su jefe, que hablaba por teléfono, al ver su cara, se despidió con una disculpa y después de colgar, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Es peor de lo que nunca hubiera imaginado, te confieso que no me lo había tomado demasiado en serio. Pero si se confirma lo que nos acaban de

decir, y estoy seguro de que así será, es algo terrible, supone un gran peligro para la población—Amaro, se echó hacia atrás en la silla acojonado, por lo que estaba diciendo y por su expresión. Nunca lo había visto tan preocupado,

—Cuéntamelo—Germán entonces le dejó su móvil para que leyera la nota, cuando lo hizo, explicó

—Está hablando de un material que se llama Californio 252. Es un elemento químico radiactivo, muy peligroso. Para que te hagas una idea, me acaban de decir que, con eso, se podría hacer una bomba atómica del tamaño de una bala. No tengo ni puta idea de química Amaro, pero cuando he oído la explicación me he muerto de miedo—su jefe palideció al escucharle.

—¿Pero esas sustancias no están controladas? con lo peligroso que es... ¿cómo es posible?, no creo que en España haya..., lo habríamos oído, ¿o no? —respiró hondo—estoy empezando a desvariar, cuéntame todo lo que sepas.

—Solo lo producen en dos lugares en el mundo, en Rusia y en Estados Unidos, por eso habla del traslado en el mensaje—se echó hacia delante en la silla—hay que llamar a los del CNI.

—¿A los del CNI o a Argüelles? —Germán se encogió de hombros y le dijo.

—Si quieres habla con el ministro primero, pero, yo no le contaría todo dejando aparte al CNI. Al fin y al cabo, los del CNI son los que tenían la memoria en su poder, no me parece bien que los dejemos aparte. Además, esto es muy gordo.

—Estoy de acuerdo, voy a plantear una reunión con todos, lo hablaré con el ministro ahora mismo—descolgó el teléfono y Germán se levantó para irse, pero antes de marcar, su jefe le dijo—por cierto, te he renviado un correo, con una autorización oficial para que investiguemos los casos que te

pasó tu amigo Roberto. Y el del rodaje, por supuesto.

—Me alegro, así tendré algo en qué ocupar la cabeza, hasta que sepamos cómo podemos ayudar en todo esto—Amaro asintió, pero ya estaba marcando, por lo que Germán cerró la puerta y se fue a su despacho. Al salir, hizo un gesto a Isabel para que se reuniera con él y cerró la puerta cuando entró,

—Siéntate, tengo que contarte algo—ella frunció el ceño, preocupada al escuchar su tono de voz, y lo hizo.

—Ya sabes que Leo había accedido a la memoria.

—Sí, pero no sé lo que había dentro—le pasó el mensaje para que lo leyera.

—Me despista lo de la caducidad y el dinero que piden por gramo, si no, pensaría que hablan de drogas.

—No, se refiere a un material radiactivo muy peligroso. Por supuesto, este tema es totalmente confidencial, pero necesito que lo sepas.

—Tenéis que comunicarlo Germán.

—Amaro ya está llamando, seguramente habrá una reunión urgente con los del CNI. Argüelles nos dijo que le mantuviéramos informado, pero esto es demasiado grave para andarse con juegucitos de poder.

—Ten cuidado con esa gente, no te puedes fiar de ellos, y a mí no me gustó nada aquel rubio del CNI que vino.

—Ya, ni a mí tampoco, me dio mala espina desde que lo conocí. En cualquier caso, ahora que sé esto, no puedo dejarlo en manos de ellos sin hacer nada—se pasó la mano por el pelo preocupado— si no me hubiera enterado, sería diferente, pero ahora lo sé, y esos no se encontrarían el culo ni

con un mapa—Isabel no pudo evitar reírse por lo bajo al escucharlo.

—Por otro lado, tengo una buena noticia, hemos recibido autorización para investigar las muertes de los Cinco—bromeó

—¡Estupendo!, porque he descubierto algunas cosas, y de lo de Sara Panadero también, voy a por mis notas—volvió sentarse en el mismo sitio en menos de dos minutos con su cuaderno.

—A ver, primero lo de la chica del rodaje, confirmado que era cámara. Tenía 32 años y bastante experiencia, y se cayó desde una grúa que se utiliza para rodar planos cenitales, a unos 8 metros de altura—la miró con una sonrisa porque sabía que había utilizado la palabreja a propósito, y por eso mismo no hizo ningún comentario.

—Entonces habría muchos testigos, porque imagino que estarían rodando.

—No, ocurrió antes de que llegara nadie, estaba sola. La encontró el técnico de sonido que suele llegar el primero al rodaje para preparar los equipos—miró la hoja hasta dar con el nombre— un tal Felipe Granados, dijo que, cuando la encontró, ya estaba muerta.

—¿Hubo algún fallo en la grúa?

—Según el informe del accidente, se soltaron los 48 tornillos que sujetaban la plataforma, no dice nada más.

—Me estás tomando el pelo, ¿quién ha firmado eso?

—Te va a encantar—dijo irónicamente— el perito ha sido Garrido— Germán gruñó al escucharlo, porque era el tío más inútil de toda la policía.

—Entonces, si ese dice que fue un accidente, podemos estar seguros de que ha sido un asesinato—Isabel asintió conforme y dio la vuelta a la hoja.

—Otro dato importante, es que el matrimonio del ama de casa no era tan idílico como parecía. Eso le dijo una vecina de un piso superior a un compañero. Según su testimonio, la supuesta víctima se quejaba de que su marido no le hacía caso, desde antes de que la operaran. Le llegó a confesar que su marido tenía un lío—Germán frunció el ceño y levantó la mano, aunque no por lo que ella se creía.

—Espera un momento, a otro de los Cinco también lo habían operado... ¿no? —ella puso cara de ignorancia

—La verdad es que no me acuerdo,

—Sí, al médico, de apendicitis. Me extrañó que muriera por una peritonitis cuando le habían extirpado el apéndice, yo pensaba que eso no podía pasar.

—Es verdad, y yo te dije que no tenía ni idea.

—Sí, quedé en llamar a Roberto, pero no lo he hecho, espera un momento —cogió el móvil y le hizo la consulta. Unos minutos después, colgó, Isabel lo miraba esperando su explicación.

—Dice que puede ocurrir, aunque no se tenga apéndice, y que también podría ser porque hubiera cogido la infección en la operación de apendicitis.

—Eso explicaría, al menos, esta muerte.

—No, porque Roberto ha mirado las fechas, y no coinciden con el período de incubación, es decir, no pudo ser infectado en el hospital—frunció el ceño porque algo no cuadraba—¿y de qué operaron al ama de casa?

—Le hicieron una histerectomía—Germán asintió lentamente.

—Ya, o sea que es una casualidad, y ya sabes lo que opino de las casualidades.

—Sí, no crees en ellas.

—Además, ya he leído la póliza de su seguro y cubre la muerte producida por cualquier causa, por eso le costó—miró la copia que había sacado impresa y que tenía sobre su escritorio—2.804 euros, si hubiera sido solo de accidentes, habría costado unos 100 euros. ¿Qué te parece?

—Que no parece una familia que pudiera pagar eso por un seguro.

—Efectivamente, por eso hay que mirar los movimientos de la cuenta del marido, a ver cómo se las arregló para pagarlo. También quiero saber si los otros dos fallecidos pasaron por el quirófano antes de morir, aunque fuera un año antes. Y, sobre todo, quiénes fueron los cirujanos, si es el mismo...nos ha tocado la lotería.

—¡Germán! — los dos volvieron la vista a Amaro que había abierto la puerta y jadeaba, parecía haber venido corriendo de su despacho. Claro que el que estuviera a cuatro metros de distancia, daba una idea de la forma física de su jefe—en una hora tenemos la reunión, ¡y vienen todos! los del CNI, el ministro y el director del CNI—Germán lo miró temiendo que le diera un infarto, pero Amaro no podía parar—¡y quieren que venga tu amigo!, así que ya te estás yendo a buscarle, ¡vamos, vuela, que estarán aquí en una hora y media más o menos!—Germán se levantó y miró a su jefe atónito,

—¡Pero si son las siete de la tarde!, mientras que llego y lo convenzo para que venga...—pero su jefe le interrumpió.

—Si lo convences, no, ¡tiene que venir!, ¡haz lo que sea necesario para que lo haga! —Germán cogió su móvil y su chaquetón y salió del despacho sin despedirse, Amaro miró cómo desaparecía tras la puerta de la calle y le dijo a Isabel,

—Este trabajo va a acabar conmigo—después volvió a su despacho.

Leo le abrió la puerta mientras hablaba, bastante enfadado, con alguien al teléfono. Como la conversación era en inglés y Germán estaba entendiendo todo, y parecía un tema delicado sobre una patente, le hizo un gesto pidiéndole permiso para prepararse un café, y cuando su amigo asintió se fue a la cocina. Estaba sentado con los ojos cerrados disfrutando de unos segundos de paz, cuando volvió,

—Estoy seguro de que, si no tuviera la cafetera, no vendrías tanto—le sonrió mientras saboreaba el último sorbo de café negro, y Leo dejó caer descuidadamente el móvil encima de la mesa, sentándose después a su lado con aspecto de cansado.

—Necesito que me acompañes, hay una reunión muy importante por el tema ruso.

—¿Quién va a ir?

—No lo sé, creo que el ministro, y el director del CNI, además de sus acompañantes—Leo lo miró con los ojos verdes algo apagados por el cansancio.

—Estoy muerto, pero claro que voy—Germán se levantó y, al colocar la silla, ladeó la cabeza observando la superficie morada de la mesa, luego, la acarició,

—¡Qué bonita!, no me había dado cuenta de que era nueva.

—Sí—sonrió travieso—es un capricho que tenía desde hace mucho — Germán tocó una veta con el dedo índice, y la fue siguiendo a lo largo de toda la superficie, hasta que desapareció al juntarse con otra—Leo estaba extrañado por su silencio—¿tanto te gusta?

—Nunca había visto una mesa de este color, y está tan logrado que parece su color normal.

—Es que es su color—Germán levantó la vista con los ojos muy abiertos y Leo volvió a sonreír, divertido—sí, se llama balatá, pero a mí me gusta más como la llaman los recolectores: corazón púrpura. Recién cortada la madera es marrón oscura, pero al rato se vuelve de este color.

—Es curioso, las vetas tan finas parecen venas, es como si fuera el interior de un cuerpo humano.

—Sí, en realidad es una escultura práctica. Según Nacho, el artista, es un nuevo concepto y representa un sistema circulatorio, humano o vegetal.

—¿Es amigo tuyo?

—Sí—Leo también se levantó—nunca te había visto tan interesado en algo así.

—Es que viéndolo se me ha ocurrido algo ¿le puedo hacer una foto?

—Claro—luego se fueron, y Germán tuvo la sensación de que, en breve, conseguiría encajar las piezas que ahora revoloteaban sin rumbo dentro de su cabeza.

Cuando llegaron al centro, Germán saludó a los cuatro “armarios” que había junto a la puerta de la calle, y que debían ser los guardaespaldas. Amaro estaba hablando en su despacho, con dos hombres trajeados, uno de ellos era el ministro, pero al otro no lo conocía. Isabel se acercó desde su mesa para hablar con Leo y con él, que esperaban en el pasillo.

—¿Quién es el que está con Amaro y con Argüelles? —susurró, para que no lo oyeran los demás. Ella lo miró con cara de preocupación antes de contestar,

—No veas la que se ha liado, los acompañantes esperan en la sala de reuniones, pero el director del CNI, que es el que está con Amaro y con

nuestro ministro, ha pedido hablar a solas con ellos. Al parecer, no quiere que haya nadie de Interior en la reunión—miró fijamente a Germán que arqueó una ceja y contestó,

—Pues como empecemos con gilipolleces, no vamos a solucionar nada—se abrió la puerta del despacho de Amaro y este lo llamó. Y a juzgar por su expresión, necesitaba ayuda urgente.

Se disculpó y se unió a la reunión, sintiendo la tensión que circulaba entre el ministro y el desconocido, que fue el que se adelantó hacia Germán con la mano extendida para presentarse,

—Soy Enrique Llorente—nunca hubiera pensado que conocería al director del CNI.

—Germán Cortés—el otro hombre asintió.

—Creo que te debemos el haber descifrado la memoria, es urgentísimo que sepamos lo que había dentro.

—En realidad no he sido yo, sino mi amigo Leo Selles—iba a decir algo más, pero el otro hombre le interrumpió con autoridad. Se notaba que además de director del CNI, era general del ejército de tierra.

—Sí, lo sé, y también que sin tu participación no pensaba colaborar—miró al ministro con cierta ironía— pero vamos al grano, porque tenemos un problema. Estamos discutiendo, porque yo no considero necesario que haya nadie de Interior en esta reunión, ya que no es un tema que les incumba—Germán observó al ministro que parecía tranquilo, pero que respondió contundentemente.

—Discrepo, porque si no fuera por la intervención de mi gente, no se habría conseguido nada. Podemos dar gracias a que existen policías como él—el director del CNI volvió la vista hacia Germán y le dijo,

—Estoy de acuerdo, precisamente conozco de primera mano el interés del F.B.I., entre otras agencias, para que se vaya a trabajar con ellos—Germán se sorprendió y el general sonrió al ver su reacción—también he escuchado que eres bastante sensato, por eso me gustaría escuchar qué te parece nuestro pequeño debate sobre esta cuestión—Germán ladeó la cabeza observándole, y Amaro aguantó las ganas de meter la mano en el bolsillo del pantalón y sacar dos antiácidos,

—¿Puedo ser sincero? —el ministro del Interior asintió, y el general sonrió y dijo,

—Espero que lo seas.

—Entonces les diré que me parece una discusión sin sentido, si supieran el mensaje que había en la memoria, no estaríamos aquí perdiendo el tiempo, se lo aseguro. Créanme que no podemos desperdiciar ni un minuto más—los dos hombres se miraron entre sí, y el ministro del Interior le preguntó

—¿Es muy grave?

—De extrema gravedad, incluso yo diría, que no conviene que se entere demasiada gente. No sé cuántos hay en la sala, pero es posible que sea mejor que se lo comuniquemos solo a ustedes dos, y luego decidan quienes quieren que lo sepan.

—¡Qué coño el FBI!, ¡yo quiero que trabajes para mí! —el general rio, aunque fue evidente que al ministro no le hizo ninguna gracia la broma, pero enseguida se puso serio y contestó—estoy de acuerdo en reducir los asistentes—miró a Agustín Argüelles y le dijo—propongo que estemos presentes, tú y yo, mi jefe de analistas Jorge Vela, Germán y el famoso Leo—Germán miró a su jefe, y el general magnánimo, aceptó—por supuesto el inspector Iglesias también está invitado—el ministro asintió y salieron los

dos al pasillo para organizar la reunión. Amaro lo miró aún estupefacto y susurró, con cierta admiración,

—Germán, ¡qué huevos tienes! —el poli hizo una mueca y fue a buscar a Leo que merodeaba junto a la mesa de Dominó, mirándola con ojos de cordero degollado. Ella, mientras, trabajaba con el ordenador sin hacerle caso, aparentemente, aunque Germán vio que le lanzaba miradas por el rabillo del ojo. Eran como dos adolescentes que se acabaran de conocer. Enternecedor.

Cada bando, si se podía llamar así, se sentó a un lado de la mesa, Agustín Argüelles, lo hizo entre Amaro y Germán, y éste tenía a Leo a su derecha. Enfrente del ministro estaba el director del CNI, Enrique Llorente, y a su lado, Jorge Vela, y finalmente habían negociado para que también se quedara Vanesa Martín, la especialista del CNI en Rusia. Cuando todos estuvieron sentados, Germán comenzó a hablar:

—No sé cuál es el protocolo que deberíamos seguir para una reunión como esta, pero dada la importancia del tema que vamos a tratar, si les parece nos dejaremos de rodeos. Leo ha conseguido acceder a la información de la memoria—su amigo sacó la original y la deslizó a través de la mesa hacia Jorge Vela que la examinó y asintió. Al final no le habían enviado ninguna copia, pero nadie se quejó.

—El mensaje es corto, no lo tenemos en papel, no nos ha dado tiempo. Pero hemos hecho una foto con el móvil—él le pasó el suyo al ministro y Leo hizo lo mismo con el general. Los dos lo leyeron y pusieron cara de póquer, entonces, el general se lo pasó a Jorge Vela, que lo leyó junto con Vanesa Martín. Los dos se pusieron pálidos y se miraron entre ellos, Jorge miró al general y le susurró:

—Señor, esto es muy grave, tengo que hablar con usted a solas

inmediatamente—el general asintió, pero Germán no estaba dispuesto a que lo excluyeran de una investigación, que, si no se resolvía urgentemente, podía suponer la muerte de miles de personas, ya fuera en Madrid o en otra ciudad, por eso se dirigió al general,

—Perdone señor, pero hemos investigado un poco y tenemos información que puede interesarle, y, si me lo permite, creo que sería mejor que trabajáramos conjuntamente, por esta vez—Jorge Vela lo miró despreciativamente y le dijo, aún de pie, convencido de que el general lo seguiría.

—No tienes ni puta idea de lo que estás hablando—Germán sonrió tranquilo, y contestó

—Ahora no es el momento, pero cuando lo sea, te tragarás esas palabras y es posible que algunos dientes también—el general y el ministro

del Interior lo miraron alarmados y sorprendidos. Echando una mirada seria a los dos, les dijo:

—En el mensaje, lo que se ofrece es un material extremadamente peligroso llamado Californio 252, que solo se produce en dos lugares del mundo, Rusia y Estados Unidos. Hemos consultado a un experto, y nos ha confirmado que en Rusia hace años que se intenta fabricar una bomba atómica con este material, algo muy preocupante por la terrible devastación que provocaría, y por su tamaño, que sería similar al de una bala—El general miró a Jorge Vela, que observaba de forma despectiva a Germán, y le preguntó,

—¿Es cierto? —el analista asintió y aclaró,

—Hace años que sabemos que en Rusia están haciendo experimentos con el Californio para utilizarlo como arma, y es algo que preocupa a los servicios

de seguridad de todos los países de la Unión Europea. Lo que ha dicho él es cierto, la capacidad de destrucción del Californio es tan alta, que sería la primera vez que se conseguiría construir una bomba atómica portátil. General, imagínese esa arma en manos de un terrorista, el daño que puede provocar es incalculable, y eso se conseguiría con muy poca cantidad de material. Pero no sé cómo el ...inspector, se ha podido enterar de algo así, no es algo que uno pueda encontrar en la Wikipedia—Germán permaneció callado y el ministro del interior se dirigió muy serio a Enrique Llorente,

—Esto es muy grave, hay que comunicárselo al presidente y no tengo dudas de que, cuando lo sepa, convocará el Consejo de Seguridad Nuclear—el general asintió y Agustín Argüelles continuó—y estoy de acuerdo con el inspector, es mejor que trabajemos conjuntamente. Por esta vez Enrique, dejemos de lado las tonterías, lo único que importa es anular esta terrible amenaza—el ministro se volvió hacia Germán y preguntó:

—¿Algo más? —el poli negó con la cabeza y apostilló,

—Solo que cuenten conmigo para lo que haga falta, haré todo lo que esté en mi mano para ayudar—el ministro asintió y el general le contestó afablemente.

—Lo que sé de Germán, es suficiente para que estemos encantados de que colabore con nosotros, y así se lo transmitiré a nuestro equipo—Germán sonrió decidido a no hacer caso a Jorge Vela, que lo miraba con cara de odio.

—Muchas gracias general, y en cuanto al tema práctico, ¿quién será el enlace entre los distintos centros? —el general sonrió antes de contestar,

—Solo se me ocurre uno posible—miró al ministro para dirigirse a él—me imagino que los dos pensamos en la misma persona, ¿no?—Agustín Argüelles asintió, y el general se dirigió a Amaro en esta ocasión—inspector,

todo lo que consideréis conveniente, comunicadlo a vuestro contacto en el Ministerio, sé que eres tú el que hablas con ella—los polis lo miraron sorprendidos—ya veo que no sabéis que Gilda, a pesar de colaborar con el Ministerio del Interior, es mi mujer—de repente, se volvió hacia Leo que seguía callado observando a todos—señor Selles, tengo entendido que ha sido usted el que ha conseguido acceder a la información.

—Sí, así es.

—¿Le costó mucho tiempo hacerlo? —el Genio se encogió de hombros, y finalmente dijo...

—Bastante, cerca de cuatro horas—Jorge se sobresaltó al escucharlo, pero el general ni siquiera lo miró.

—Los mejores analistas informáticos del CNI lo han intentado durante días, y a usted cuatro horas le parecen muchas...—se rio por lo bajo como si le hiciera gracia—no había creído lo que me contaban sobre sus capacidades, hasta ahora. Usted también ha rechazado varias veces trabajar para nosotros, ¿por qué?

—No me interesa.

—Pero esta vez lo ha hecho—el Genio se volvió a encoger de hombros y contestó,

—Germán es amigo mío —no dijo nada más, porque él consideraba que con eso estaba todo explicado. Y el general pareció entenderlo y se quedó mirando a Germán antes de decir,

—Quizás a quien realmente nos interese contratar, es precisamente a él. Aunque no es la primera vez que se me ocurre, he leído algún informe de los americanos sobre ti—Germán carraspeó antes de contestar.

—Humildemente, creo que es mejor que nos dediquemos al problema que tenemos entre manos, y cuando esté resuelto podremos darnos palmaditas en la espalda—todos contuvieron la respiración porque conocían el carácter del general, pero éste soltó una carcajada antes de responder

—¡Y además tiene huevos!, definitivamente, lo quiero en mi equipo, pero tiene razón. Señores—miró su reloj de pulsera—son las nueve—miró al ministro de nuevo—si te parece bien, vamos a la Moncloa, podemos llamar desde el coche para avisarles—Argüelles asintió y todos se levantaron—muchas gracias por todo y os comunicaremos cualquier medida extraordinaria que el presidente haya aprobado. En cuanto a la investigación, seguid con ella, Germán...Jorge—los dos asintieron y luego los visitantes abandonaron la sala. Cuando se fueron, Amaro, Leo y Germán volvieron a sentarse mirándose entre ellos,

—Me gustaría saber cómo pretenden que investigue algo así—Amaro se encogió de hombros,

—No pienses en esto como un caso especial, aunque lo es, haz lo que haces siempre y lo descubrirás todo, estoy seguro.

—Al menos, lo intentaré

—Y cuenta con los recursos del centro, por supuesto.

—Y conmigo, para lo que necesites—afirmó el Genio.

—Ya lo sé Leo. Vamos a descansar, porque se nos avecinan días muy duros.

SIETE

Cuando despertó estaba en la cama, abrazado a Isabel y siguió respirando suavemente para no despertarla, mientras pensaba en los datos que habían recopilado esos días, a la luz de la farola que se colaba a través de las cortinas de su dormitorio. Sentía en los huesos que iba a ocurrir algo y que tenía que estar más atento que nunca, porque si no lo resolvían tendría unas consecuencias gravísimas.

Ese mismo día volvería con Isabel al rodaje. Después de unos minutos se levantó y se metió en la ducha intentando no despertarla, porque era más temprano de lo habitual y quería prepararle el desayuno. Más tarde, mientras ella se duchaba, él la esperaba en la cocina escuchando un audio de Rodolfo recibido a las 12 de la noche,

—Germán, acabo de llegar a casa, llámame en cuanto puedas; aunque sea temprano no te preocupes, porque me levanto a las seis—eran las siete de la mañana, por lo que le llamó bastante intrigado,

—¡Buenos días!, perdona las horas del mensaje, pero ayer me enteré de algo que pensé que te interesaría.

—Buenos días Rodolfo, no te preocupes por la hora, ¿qué tal estás?

—Bien, bien. Verás es que ayer estuve en una fiesta con gente del mundo del espectáculo, y me encontré con Ramón Mesa, y, cuando vi quien era su acompañante, me quedé con la boca abierta—Isabel entró en la cocina con vaqueros, una camisa blanca, y el pelo recogido en una coleta, y fue a la cafetera a por su segunda taza. Solían tomarla juntos cuando ya estaban casi a

punto de salir, eran los mejores diez minutos de la mañana.

—¿Quién era? —Isabel se sentó y dio un sorbo al café, mientras cogía su móvil y comprobaba los mensajes.

—Martina Rey, estoy seguro de que la recuerdas—Germán sintió como si volviera al pasado, al recordar a una de las sospechosas del caso que la prensa había llamado “El misterio del marido desaparecido”. Era la conocidísima madame de “La mariposa azul” un prostíbulo de lujo, frecuentado por personajes muy conocidos e influyentes de la vida madrileña. Recordó la pasión y la dureza que mostró durante la investigación, era una mujer difícil de olvidar.

—Claro que la recuerdo, y me sorprende que esté con Ramón ¿Sabes si es una relación más o menos estable?

—No tengo ni idea, ya sabes que no le conozco demasiado, pero no creía que fuera su tipo de hombre.

—Ni a mí. Muchas gracias por la información, por cierto, voy a aprovechar para hacerte una pregunta, en el historial de Leandro no he visto que lo hubieran operado en ninguna ocasión, ¿es cierto?

—Que yo sepa, nunca se operó de nada.

—¿Estás seguro?

—Bueno, seguro no, ya te dije que no contaba mucho de su vida ¿ocurre algo?

—No, nada. Muchas gracias por todo Rodolfo

—Está bien, pues vuelvo a mi partitura, dale un beso a la preciosa Isabel de mi parte.

—Por supuesto, hasta luego y gracias de nuevo.

—Adiós—colgó y sus ojos se encontraron con los de Isabel.

—¿Qué quería?

—Me ha dicho que te dé un beso, pero quería decirme que ayer estuvo en una fiesta, y que Ramón, el director, apareció con Martina Rey como acompañante—ella se quedó con la boca abierta, literalmente.

—¡Estás de broma!, ese hombre no necesita ir con ese tipo de mujeres. Puede ir con quien quiera.

—¿Te parece guapo? —sonrió divertido.

—Espera que lo piense—cerró los ojos en broma un par de segundos, mientras contestaba— a ver que lo piense... alto, fuerte y rubio, con barba cuidada y ojos azules, y con pinta de vikingo a punto de secuestrarte, ¡vamos! la fantasía erótica de cualquier mujer—Germán veía la risa en sus ojos y por eso no le costó decirle.

—Ya, ya. ¡Estupendo!, ahora cuando te lo presente, le diré lo que opinas de él—se levantó andando hacia la puerta de la calle, mientras ella lo seguía amenazante:

—¡Ni se te ocurra!, como te atrevas a decirle algo...—cuando ya le estaba cogiendo del brazo para detenerlo, él se volvió, rápido como una serpiente y la acorraló contra la pared, mientras susurraba, aplastando su cuerpo con el suyo:

—Si se me ocurre... ¿qué? —le encantó ver cómo a Isabel se le enrojecía la piel y se le dilataban las pupilas, y maldijo en voz baja por no poder quedarse un rato más—lo siento cariño, pero nos tenemos que ir—le dio un picotazo rápido en los labios, y respirando hondo para calmarse, abrió la puerta de la calle para que ella saliera delante, cosa que hizo tras lanzarle una sonrisa prometedora.

Estaban cerca del Cementerio de la Almudena, donde ese día transcurriría el rodaje, cuando recibieron una llamada de su jefe. Germán pulsó el botón para aceptarla y contestó:

—Buenos días Amaro.

—Hola a los dos, acaba de llamar Gilda desde su coche, me ha dicho que venía de camino para hablar contigo. Cuando le he contado que vais a visitar el rodaje, me ha insistido en que era muy importante que hablara contigo en persona. Lo siento, pero tenéis que venir.

—Joder Amaro, estamos casi en el cementerio ¿es que con esta gente nunca se puede tener algo planeado?

—Esto es importante, debe ser sobre lo de anoche.

—Ya—suspiró y echó una mirada a Isabel que puso los ojos en blanco—está bien, vamos para allá—cuando colgó, marcó el número de Leo, escuchó una serie de ruidos al descolgar y por fin su voz somnolienta.

—¿Leo?, lo siento por la hora.

—Tranquilo tío, ¿pasa algo?

—Necesito que hables con tu amigo, y le preguntes si se le ocurre quien podría tener...—en el último momento se dio cuenta de que no debía concretar por teléfono—“ese producto” del que nos habló el otro día, y que te dé cualquier información adicional que haya recordado—ante la falta de respuesta de Leo continuó—pero ten cuidado con lo que hablas por teléfono—el Genio tardó unos segundos en procesar, pero con el CNI por medio, Germán no estaba seguro de que no tuvieran los teléfonos pinchados. Entonces, Leo contestó

—Entendido. Si me entero de algo te llamaré lo antes posible para que

quedemos, si no, es que no sabe nada más. Me extraña que no me lo dijeras anoche.

—Anoche estaba demasiado cansado, pero me acabo de tomar dos cafés, y ya sabes lo que me pasa cuando me tomo dos cafés seguidos—bromeó.

—Sí, que te vuelves todavía más plasta de lo habitual—respondió el Genio.

—¡Exacto! —con una risa sincera colgó a su amigo y se esforzó por llegar a la oficina lo antes posible.

Gilda era una mujer de edad indefinida, aunque Germán pensaba que debía tener unos 50 años, muy delgada y con una exuberante melena pelirroja llena de rizos. Mientras lo esperaba, había tomado posesión de su despacho, estaba sentada en su sillón y cuando lo saludó, unas cuantas arrugas aparecieron alrededor de sus ojos oscuros. Al contrario que la otra ocasión en la que la había visto, en esta, iba maquillada, incluso se había pintado los labios de un rojo intenso, y llevaba un vestido negro que le sentaba como un guante. Cuando se la había presentado Amaro en el Ministerio, no le había parecido tan atractiva, pero ese día estaba espectacular. Por algún motivo, estuvo seguro de que había tenido una vida apasionante.

Ella, cuando los vio llegar, se levantó, y les estrechó la mano, y después Isabel salió de la habitación, dejándolos a solas. Gilda la siguió con la mirada comentando,

—Veo que tienes mucha suerte Germán, es bella e inteligente—él volvió la vista al pasillo, donde todavía se veía la figura de Isabel, y se volvió diciendo.

—Lo sé—nadie lo sabía mejor que él.

—Perdona que haya cogido tu silla, si quieres nos cambiamos de sitio,

aunque no te voy a quitar mucho tiempo.

—No, por favor, no te muevas—observó su rostro y esperó, y ella admiró la contención de la que daba muestras el policía.

—Serías un gran agente de inteligencia—él sonrió sin contestar, y ella hizo una mueca—pero eres un elemento nuevo e inesperado en la ecuación, y desconfiamos de todo lo nuevo.

—Pensaba que esa desconfianza vendría por la parte del CNI—ella se encogió de hombros sonriente.

—En algunas ocasiones, como esta, somos aliados necesarios, y necesitamos saber que tú no nos vas a fallar,

—No te puedo decir nada que no sepáis ya sobre mí—ella sondeó en su mirada de tal manera, que él adivinó que sería muy difícil engañarla.

—Te equivocas, en estos pocos minutos en los que hemos hablado, he aclarado mis dudas—ante la sorpresa de Germán, cogió su bolso del que sacó un móvil, y buscó una pantalla, luego comenzó a leer algunas cosas—te vamos a informar de los pasos que hemos dado hasta el momento. Nos hemos puesto en contacto con el Centro de Análisis de Inteligencia de la Unión Europea (INTCEN), quienes nos han asegurado que ni siquiera han oído rumores sobre un posible robo o contrabando de California—levantó la mirada y sus ojos conectaron con los suyos transmitiendo una extrema preocupación—ellos, a su vez, han contactado con el Centro de Satélites de la U.E., para que hagan un seguimiento de todos los vehículos que puedan transportar el material que buscamos—Germán intentaba asimilar toda la información—se les ha explicado que el traslado, por motivos de seguridad, hay que hacerlo en un contenedor especial de, al menos, 50 toneladas.

—Sí, lo sé, es imposible que pasen desapercibidos. Pero me sorprende lo

rápido que han contestado del Centro de Inteligencia Europeo, tenía entendido que era un órgano que no se caracterizaba precisamente por su rapidez—ella sonrió misteriosamente.

—Bueno, hemos aprovechado que hace algún tiempo, trabajé para su director Ürl Yurik

—¡Ah! —Gilda era una caja de sorpresas.

—En cuanto a la producción del Californio, nos han confirmado que solo se realiza en dos sitios: en el Laboratorio Oak Ridge de E.E.U.U., y en el Instituto de Investigación de Reactores Atómicos de Rusia—levantó la mirada y dijo—y el precio de un gramo en el mercado ronda los 30 MM o 35 MM de euros, dependiendo del momento.

—Ya, realmente barato—contestó con ironía.

—Los de inteligencia europea aseguran que los que lo han puesto a la venta no son ninguno de los gobiernos de los países fabricantes. Se decantan por un robo.

—Supongamos que el material es robado, ¿el gobierno correspondiente no debería haber dado la voz de alarma?

—Si no quisieran que el resto de los países les echaran la culpa por las consecuencias de la utilización del Californio como arma, no. Y, por último, según el CNI, es más probable que el robo se haya producido en Rusia. Eso es todo lo que sabemos, hasta ahora—en ese momento, lo volvió a sorprender al sonreír cálidamente—por cierto, dentro de tres días, el sábado por la noche, mi marido y yo queremos que nos acompañéis a una cena en la embajada rusa.

— ¿A quiénes te refieres?

—¡Vamos Germán!, a Isabel y a ti, por supuesto—se levantó estirándose el vestido, que se le pegaba completamente al cuerpo.

—No tengo ningún smoking, ni nada parecido—ella volvió a sonreír.

—Es suficiente con que te pongas un traje oscuro, estarás guapísimo con cualquier cosa. Germán, me ha costado mucho conseguir las invitaciones para los cuatro, así que espero que vengáis. Isabel lo tiene más fácil que tú, las mujeres solemos tener siempre un traje de noche adecuado. Apuesto a que seréis la pareja más guapa de la fiesta—sonrió esperando y al ver que no contestaba dijo— os llevaremos nosotros, así no tendréis que preocuparos por el transporte.

—De acuerdo ¿a qué hora es? — no tendría otra oportunidad de meter la nariz en la embajada, aunque sabía que no iba a enterarse de nada.

—A las 8 comienza la recepción, así que, aproximadamente, iremos a buscaros a las 7, y te aviso de que mi marido es un maniático de la puntualidad. ¡Bueno, entonces, todo arreglado! —se acercó al perchero para coger el abrigo, pero Germán fue más rápido y lo hizo él, para ayudarle a ponérselo. Mientras ella se lo abrochaba, le preguntó algo que le había llamado la atención de su visita,

—¿Por qué no le has contado todo esto a Amaro? —ella sonrió volviéndose a mirarlo,

—Germán no tengo nada en contra de Amaro, pero tenemos el convencimiento de que tú eres una persona extremadamente inteligente y eficaz. Por eso hemos depositado tanta confianza en ti en estos momentos tan delicados, y, no es necesario que te explique que estoy actuando en contra del protocolo establecido para la comunicación entre departamentos—suspiró y continuó—el darte esta información es una decisión mía, aunque son

conscientes de ella, tanto el ministro como el director del CNI. En este asunto tan grave estamos utilizando todos los medios y los agentes a nuestro alcance, y tú eres mi apuesta personal—miró el gran reloj que había colgado de la pared—¡Por Dios, llego tardísimo! por favor, si necesitáis cualquier cosa para la investigación, no tienes más que pedírmelo. Creo que hoy iréis a hablar con los de la película ¿sabes dónde están trabajando?

—Sí, tengo un amigo que me ha pasado el plan de rodaje—se lo había pedido a Rodolfo en cuanto le dieron autorización para volver. Ella asintió como si él acabara de confirmar algo.

—Creo que esa es una de las claves de tu éxito Germán, tus amigos, que consigues que te sean enormemente fieles—le dio un beso rápido en la mejilla y él se la quedó mirando sorprendido—confío en ti Germán, y si te sirve de algo te diré que mi marido tampoco soporta a Jorge Vela—con una sonrisa traviesa, se fue taconeando con su abrigo rojo a juego con el bolso.

Salió a buscar a Isabel, pero estaba al teléfono al igual que Amaro, por lo que se acercó a Dominó mientras esperaba, estaba moviendo el ratón mientras observaba la pantalla.

—Hola Dominó, ¿con qué estás? —ella lo miró mordiéndose el labio inferior.

—Isabel me ha dejado los expedientes de los Cinco, y me ha dicho que los llamara así—Germán asintió esperando—y siguiendo sus instrucciones, he buscado a los cirujanos que operaron a dos de ellos—entonces negó con la cabeza mirándolo a los ojos— pero son distintos, aquí tienes los nombres—le entregó una hoja impresa—además, uno de ellos está viviendo en Alemania desde hace tres meses, en un programa piloto que dura un año. Según me han contado en el hospital, se han intercambiado los puestos un cirujano español con uno de allí.

cambiaba de marcha y ponía el intermitente para cambiar de carril—¡no me lo puedo creer! —hizo un gesto de incredulidad y se puso a mirar por la ventana.

—Ha dicho que cualquier traje de noche te serviría...—ella lo miró incrédula, pero sabía que intentar explicárselo era inútil, ¡cualquier traje de noche! Estaba segura de que Gilda iría vestida como una reina.

—Tengo que ir a la peluquería.

—Puedes ir el sábado por la mañana, ¡ah!, y pasarán por casa a buscarnos.

—Vale, ya lo hablaremos—señaló el cartel que avisaba del desvío próximo del cementerio —no te saltes la salida—Germán cogió la entrada del Cementerio de la Almudena, aunque sabía que no se había dicho la última palabra sobre el tema. Pasaron a través de la puerta de la enorme verja forjada en negro y bronce, y observaron las miles de cruces que apuntaban hacia el cielo encapotado de Madrid.

—¿Sabes dónde están, exactamente? —ella miraba a izquierda y derecha intentando encontrar al grupo, pero no veía nada.

—Ni idea, en el plan no lo especificaba.

—Pues esperemos tener suerte, porque este lugar es enorme—ella señaló a un operario que iba a pasar a su lado en una furgoneta con el logo del cementerio, y Germán pulsó el claxon haciendo que se detuviera, y bajó la ventanilla para hablar con él,

—Buenos días.

—Buenos días, ¿usted sabe dónde están los de la película?

—Sí hombre, he sido yo el que los he acompañado hasta allí porque no

sabían llegar y ya les he dicho que, si no, se perderían ¿Quiere usted que los lleve hasta el jardín? ¿Son también de la película?

—Si puede acompañarnos, se lo agradecemos.

—Claro que puedo—dio una larga calada a su cigarro sin boquilla antes de continuar— yo voy a estar aquí hasta las tres, de todas maneras—les hizo un gesto para que lo siguieran. En la siguiente calle hizo un giro de 180 grados, y Germán fue detrás de él hasta que, pocos minutos después llegaron a un precioso estanque lleno de patos, junto al que estaba el equipo de la película rodeado de tumbas.

—No sabía que aquí hubiera un estanque, pero esto es tan grande que es imposible verlo todo.

—Ni yo—Isabel leyó en voz alta lo que decía en la placa dorada que había en la pared de ladrillos que bordeaba el estanque, mientras Germán aparcaba,

—“El jardín de los recuerdos”—observó las flores y los árboles que poblaban el pequeño parque—esto es precioso.

—Sí—se acercaron al equipo en silencio para no molestar, pero pronto se dieron cuenta de que no estaban rodando.

Sentados junto a una furgoneta abierta había un anciano y un niño de unos ocho años a los que estaba maquillando una mujer, y junto a una de las tumbas Ramón Mesa hablaba con el que parecía el cámara, y otra mujer, presenciaba la escena y tomaba notas. Entonces, el director los vio y frunció el ceño, le dijo algo más al hombre con el que hablaba y los observó acercarse, pero antes de poder hacerlo una chica que no parecía tener más de 20 años los paró con la mano en alto.

—Perdonen, pero les tengo que pedir que se vayan, faltan pocos minutos

para que empecemos a rodar, y no podemos perder ni un segundo—Germán la miraba asombrado por su desparpajo teniendo en cuenta su edad.

—¿Quién eres tú?

—¿Y tú? —Isabel, al escuchar la rápida contestación de la chica, se rio y Germán tuvo que aguantarse para no hacerlo. En cambio, sacó la placa y se la enseñó, entonces la chica, que no era tonta, se apartó diciendo:

—Pasen, no me pagan lo suficiente para tener líos con ustedes.

—Ya me parecía—ironizó el policía, y llegaron junto a Ramón.

—Buenos días—el policía saludó primero, y el director miró a Germán ceñudo, era evidente que no le gustaba verlo por allí.

—Buenos días—luego miró a Isabel, y por la sonrisa que adornó su cara, la llegada de ella no le molestaba tanto.

—Esta es Isabel, mi compañera—Ramón se acercó a ella y le estrechó la mano.

—Hola, soy Ramón Mesa—como transcurrieron unos cuantos segundos y no le soltaba la mano, ella le dijo,

—Encantada señor Mesa, pero le agradecería que me devolviera la mano, porque la voy a necesitar—él pareció sorprendido por su reacción y miró a Germán, esperando a que le dijera lo que quería,

—¿Por qué no me hablaste el otro día del accidente de Sara?

—¿Sara Panadero, la cámara? — el policía asintió, y aunque lo estuvo observando atentamente, no encontró signos de que hubiera querido ocultarle la información—porque fue un accidente. Desgraciado, sí, pero un accidente, además estaba sola cuando ocurrió, la encontró Felipe, nuestro grupista—se pasó la mano por el pelo alborotándose, y echó una larga mirada a Isabel

que se la devolvió con frialdad— ¿qué es lo que queréis?, teníamos que haber empezado hace veinte minutos y si seguimos así, hoy no acabaremos de rodar aquí.

—¿Sara tenía algún amigo entre los miembros del rodaje? —Isabel observó al hombre y al niño que habían visto antes, y que estaban de pie detrás de ellos, aparentemente esperando para hacer su escena.

—Podéis preguntar a Paloma, la maquilladora, creo que se llevaba muy bien con ella.

—Bien, muchas gracias—cuando se alejaron lo suficiente, comentó a Isabel—quiero hablar con ese Felipe, es curioso, pero el director hoy parece mucho más reacio a colaborar que el otro día.

—Ya, no tengo ni idea de lo que es un grupista.

—Ni yo.

Se situaron junto a la maquilladora que ahora trabajaba en el rostro de dos mujeres, y tuvieron que esperar quince minutos a que terminara con ellas. Por fin, cuando las actrices se fueron, pudieron hablar con ella, Germán le enseñó la placa y ella asintió, sin decir nada.

—Buenos días, queríamos hacerte unas preguntas, ¿Cómo te llamas?

—Paloma—mientras contestaba, ordenaba los diferentes frascos que había utilizado para maquillar, y que estaban sobre una mesa plegable que tenía al lado.

—Paloma, yo soy Germán y ella es Isabel. Queríamos preguntarte sobre Sara Panadero, creo que erais amigas—ella asintió y Germán notó que no lo miraba a los ojos—¿sabes si ella estaba preocupada por algo antes del accidente? —al ver que la maquilladora miraba rápidamente al frente y luego

bajaba la vista de nuevo a los frascos, Germán se volvió en esa dirección y vio que Ramón, que aún no había comenzado a rodar, los observaba atentamente.

—No, no me dijo nada nunca, y eso que nos llevábamos muy bien—se encogió de hombros, mientras cerraba uno de los pequeños frascos—pero era muy callada, no hablaba demasiado sobre sus cosas.

—Entiendo, ¿y me puedes dar el teléfono de alguien de su familia, o de algún otro amigo? —era una forma de asegurarse de que eran amigas.

—Solo tengo el de su madre. Un día me llamó desde su móvil porque se había quedado sin batería—buscó en su teléfono y le enseñó el número, Germán hizo una foto, y luego le dijo—por si quieres decirme algo más, a cualquier hora, guárdate esto—le dio una tarjeta de espaldas a Ramón para que no pudiera verlos, ella la ocultó rápidamente en el bolsillo derecho de sus vaqueros y luego continuó recogiendo—por cierto, ¿dónde podemos encontrar al grupista?

—Allí—señaló hacia su derecha—mire, el camión del fondo, el más grande, es el suyo—caminaron hacia el enorme camión que parecía un trastero gigante donde había de todo, focos, cámaras, una plataforma, una mesa y unas sillas, y algunos objetos cuya utilidad Germán ni se podía imaginar.

Junto al camión había tres hombres bromeando entre ellos. Aunque no oía exactamente qué decían, se podía ver la camaradería con la que se trataban. Germán entrecerró los ojos porque uno de ellos le parecía conocido, finalmente, al reconocerlo sonrió y dijo:

—Isabel, mira quienes son—ella, que iba leyendo algo en el móvil, levantó la vista y sonrió también. Eran los hermanos García, a los que habían

conocido en el Parque de Atracciones, y que saludaron a los policías cuando estaban llegando junto a ellos,

—Pero bueno ¡qué sorpresa!, ¿cómo estáis? —los cuatro se saludaron afablemente, mientras el tercer hombre permanecía en un segundo plano,

—¡Muy bien!, teníamos trabajo cerca, y hemos venido a saludar a nuestro primo Felipe, ¿le conocéis? —Germán negó sonriente y los hermanos se lo presentaron, mientras lo hacían el policía detectó el gran parecido que había entre ellos, y hasta que llevaban el mismo reloj.

—¡Qué casualidad que nos hayamos encontrado! —Ángel sonrió a Germán mientras hablaba y su hermano asintió. Felipe, entonces, se dirigió al policía

— Me imagino que queréis hablar conmigo, lo digo porque hemos visto que hablabais con algunos del equipo...

—Sí, la verdad es que sí—Germán miró a Javier y a Ángel que se despidieron sabiendo que no podían estar delante, haciéndoles prometer que otro día quedarían a comer. Los policías aceptaron y los hermanos se marcharon, despidiéndose del resto del equipo por el camino.

—Son encantadores—comentó ella, mientras los tres observaban su marcha, Felipe contestó con una sonrisa cariñosa,

—Sí, son así desde que eran dos renacuajos.

Felipe Granados, era alto, de complexión fuerte, moreno y con los ojos muy negros, y de sonrisa fácil que recordaba a la de sus primos.

—No te robaremos mucho tiempo, sabemos que estáis muy liados en este momento—Germán negó con la cabeza ante la invitación de Felipe de sentarse en unas sillas que había junto al camión.

—Hemos venido para preguntar por el accidente de Sara Panadero, aunque ya sé que hiciste una declaración en comisaría, según la cual...— consultó el móvil donde tenía la transcripción—sí aquí está, me ha llamado la atención que llegaste a la zona a las 6 de la mañana ¿ocurrió algo ese día para que llegaras tan pronto? —el técnico hizo una mueca.

—¡Qué desagradable fue aquello! —los miró a los dos—fue la primera vez que vi algo así, y espero que haya sido la última. Pero no entiendo la pregunta, yo llegué a la hora habitual.

—¿Por qué tan temprano?

—Soy el primero que llego a las localizaciones para ir preparando el cuadro de iluminación y los micrófonos, así, cuando llegan los actores no tienen que esperar.

—¿Tú te encargas de todo eso?

—En circunstancias normales no, pero esta producción es pequeña, y no tenemos técnico de sonido. Por eso, hasta que terminemos el rodaje, lo haré yo—sonrió algo triste—la verdad es que echo de menos los rodajes en los que tenemos algo más de ayuda, pero nuestro director es algo austero—a Germán le extrañó, porque Ramón Mesa no lo parecía, al menos para sí mismo. Se volvió a mirar al director, que seguía sin iniciar el rodaje, observándolos.

—¿Recuerdas si ocurrió algo con esa chica antes, que te llamara la atención? cualquier cosa...—Felipe pareció algo apurado, como si no quisiera hablar, por eso Germán insistió,

—Seré discreto, pero tenemos que saberlo—Felipe echó un vistazo rápido hacia el director y se decidió a hablar.

—Creo que...discutió con Ramón, yo no estaba cerca, porque suelo

ponerme a bastante distancia para no molestar, pero escuché los gritos. Ocurrió al terminar el día, pocas semanas antes. La que lo oiría bien es Paloma, la maquilladora—era imprescindible que hablaran con ella sin la vigilancia de Ramón.

—¿Y cuándo llegaste ese día, viste a alguien por los alrededores?

—No, pero sí un coche que se marchaba, a lo lejos.

—¿Pudiste ver quién lo conducía?

—No, lo siento, estaba demasiado lejos.

—¿Y la matrícula? —al ver que negaba con la cabeza Germán estuvo a punto de soltar una palabrota

—Lo siento, sólo pude ver que era gris; estaba amaneciendo, pero todavía había poca luz.

—Entiendo, y ¿por qué no le dijiste todo esto al policía con el que hablaste en comisaría?

—Sí se lo dije, hablé con un chico muy joven y le conté lo mismo, pero no lo debió apuntar... no sé qué decir...—se encogió de hombros, parecía sorprendido.

—Está bien, otra pregunta ¿Siempre has trabajado con este director? —el técnico abrió la boca, pero la cerró enseguida porque le llamaba Ramón Mesa.

—Perdonad, pero tengo que volver al trabajo.

—Por supuesto, si te volvemos a necesitar, ya te llamaremos. Muchas gracias—él asintió y caminó hacia Ramón.

—Ramón no quiere que hablemos con nadie—ella asintió mientras

caminaban y cuando estuvo seguro de que los podían oír, le dijo,

—Investiga si el policía que le tomó la declaración recuerda lo del coche y lo de la discusión—ella lo apuntó en el móvil, y comentó.

—Es desesperante, no conseguimos llegar a nada.

—No te preocupes, ya lo haremos. Salgamos de aquí, tenemos mucho trabajo—volvieron al coche, y él sacó el móvil y buscó la foto que había hecho a la mesa de Leo, porque no dejaba de darle vueltas en la cabeza. Al ver de nuevo las vetas de la madera se le ocurrió algo, y se volvió hacia Isabel

—Tengo que hablar con Roberto, necesito saber si es posible algo que se me ha ocurrido—ella lo miró incrédula,

—Germán sabes que tengo una fe irracional en ti, pero no tienes conocimientos de medicina y esto no es como si formaras una teoría sobre fontanería, por ejemplo—él sonrió, divertido por la comparación.

—Por eso tengo que hablar con él.

—Pero ¿no te parece más urgente que investiguemos lo del Californio que esto?

—Creo que, de alguna manera todo está conectado, no se te olvide que los del CNI tienen vigilado el rodaje, y Leandro Palomo, que está en la lista de los Cinco, trabajaba para esta producción cuando murió. Pero, aunque los dos casos finalmente no tengan nada que ver, que es posible, debemos seguir las pistas que tengamos en cada momento—puso en marcha el coche y salió del cementerio—lo que me preocupa es que ya he venido dos veces, y de momento solo he hablado con tres personas, y tenemos que investigar a todos.

—¡Germán!, ¡deben ser al menos 20!

—He contado 23.

—¡No podemos abarcar tanto trabajo!

—Isabel lo miraba alucinada.

—Estoy de acuerdo, pero es demasiado importante como para que no lo hagamos, y si no podemos solos, pediremos ayuda a Natalia. Al fin y al cabo, una de las cosas buenas que tenemos en la brigada nueva, es que podemos contratar asesores externos para situaciones temporales.

—Cierto, pero hay algo que no entiendo ¿por qué iban a matar a dos personas en el rodaje?, solo ha servido para llamar la atención sobre ellos.

—Solo puede ser porque hubieran descubierto algo que ponía en peligro a los asesinos. No sé si te has dado cuenta del miedo que tenía la maquilladora cuando se ha dado cuenta de que Ramón Mesa nos estaba mirando,

—Sí, y estoy segura de que hasta que no nos fuéramos no pensaba ponerse a rodar—se quedaron callados pensando en el caso, hasta que llegaron al Centro. Amaro había salido, y Germán se paró un momento antes de entrar en su despacho, para pedirle algo a Isabel,

—Por favor, llama a la comisaría correspondiente a ver si localizas al compañero que tomó la declaración de Felipe Granados, ¡ah!, y dile a Dominó que llame al viudo del ama de casa. Que le diga que iré sobre las cuatro para hablar con él, a ver si puede estar en su casa—ella asintió y Germán se sentó para llamar a Roberto mientras tanto. Su amigo tardó bastante en coger el teléfono, y cuando lo hizo, su voz sonaba como si hubiera estado corriendo,

—Hola Germán—respiraba agitado—he oído el móvil cuando volvía de

tomar un café ¿ocurre algo?

—No, es solo que necesito preguntarte algo ¿podemos quedar para hablar?

—Claro, precisamente esta tarde no me quedo a trabajar e iba a comer solo, porque Natalia ya ha terminado la investigación de su último caso y tiene que hacer el informe—a Natalia afortunadamente le estaba yendo muy bien como detective privado, su vocación desde niña. Había dejado una exitosa profesión como fotógrafa y había comenzado su trabajo como detective, en cuanto se sacó la licencia.

—Estupendo, porque la vamos a llamar para que nos ayude con un caso ¿nos comemos un bocata en el Guti, o prefieres un sitio más sofisticado?

—Se pondrá como loca, ya sabes que le encanta trabajar con vosotros, y por mí, lo del Guti perfecto.

—Entonces nos vemos allí en un par de horas—Isabel, que volvía con su cuaderno de notas arqueó las cejas al oírle, pero no le dio tiempo a decir nada, porque Amaro los llamó para que fueran los dos a verle.

—Sentaos—los miró fijamente y les dijo—me acaba de llamar el ministro, dice que vais a ir este sábado a una fiesta en la embajada rusa, y que él no sabía nada,

—¿Él también va? —Amaro negó con la cabeza.

—Estaba invitado, pero no puede asistir porque tiene que ir a una cena de gala en la Zarzuela, pero está molesto porque no le hayamos informado de que pensabais ir a la embajada.

—Amaro miró a Germán significativamente—imagínate la cara de gilipollas que se me ha quedado.

—Amaro, es una de las cosas sobre las que quería hablar antes Gilda, y no me ha dado opción a decir que no. Y cuando nos hemos ido al cementerio, estabas al teléfono y no he podido decírtelo. De todas maneras, puede que nos enteremos de algo interesante.

—Ya, pues el ministro piensa que queráis ir y que se lo habéis pedido al general. No sé si te diste cuenta de la rivalidad que mantienen los dos.

—Solo un ciego no la hubiera visto, pero no entiendo por qué no le echa la bronca a Gilda, que al fin y al cabo es su colaboradora—Amaro lo miró sonriente

—¿Tú crees que hay alguien, ministro o no, que sea capaz de echarle la bronca a esa mujer? Desde que la conocí me di cuenta de que tiene más poder del que aparenta.

—Estoy de acuerdo, tiene mucha autoridad—al ver la hora, miró a Isabel y le dijo—he quedado para comer con Roberto ¿quieres venir?

—No, gracias, tengo mucho trabajo. Por cierto, que Dominó ha llamado al viudo y le ha dicho que prefiere que vayas a las tres y media, hemos quedado en responderle.

—Muy bien, confírmale que estaré allí.

—De acuerdo—salió del despacho, y Germán se volvió hacia su jefe.

—Ya has oído que he quedado con Roberto, y le voy a decir, entre otras cosas, que necesitamos a Natalia para que nos eche una mano. No damos abasto con todo—Amaro había delegado en él la responsabilidad de contratar a alguien externo cuando lo necesitara, pero prefería decírselo—quiero que investigue a los del rodaje. Le he pedido a Dominó que se dedique a buscar

detalles coincidentes en los Cinco, o anomalías de cualquier tipo, con eso ya tiene bastante. Mientras, Isabel y yo trabajaremos en la calle preguntando a la familia y a los amigos de las víctimas, que es cuando somos más efectivos.

—Estoy de acuerdo, porque si el asunto finalmente se confirma el caso es muy grave, hay que dedicarle todo el trabajo que sea necesario.

—Me temo que, al menos en el caso del viudo, está confirmado—ante la extrañeza de su jefe, le explicó lo de la prima del seguro que había pagado el viudo.

OCHO

Roberto se quedó boquiabierto cuando escuchó su teoría, tanto, que olvidó la cuchara sumergida en la sopa que estaba comiendo, para preguntar:

—¿Me lo estás diciendo en serio?

—Por supuesto—puede que no fuera tan buena idea, ahora que veía la cara de su amigo.

—No puedo tomarte en serio Germán, tiene que ser una broma—bebió un trago de agua, porque sentía un nudo en la garganta.

—No sé por qué te enfadas tanto.

—Germán, los médicos estudiamos para salvar vidas, no para matar a la gente—miró la sopa, pero se le había quitado el hambre.

—¿Qué te pasa?, tú eras el que querías que investigara. Ya sé que no te entra en la cabeza que un médico pueda hacerlo, pero necesito que me respondas si sería posible infectar con bacterias a un paciente, en el transcurso de una operación. A lo mejor no es un médico, puede que fuera una enfermera, por ejemplo —Roberto se encogió de hombros sin saber qué decir realmente.

—Nunca he oído hablar de algo así, y sinceramente no creo que se pueda. Cuando opera, y dependiendo de la gravedad de la operación, el médico está acompañado de más gente, anestesista, enfermeras... todos tendrían que ser cómplices—en ese momento se dio cuenta de que se había enfadado con su amigo porque se sentía frustrado, porque alguien estaba matando impunemente a decenas de personas inocentes, y quizás hiciera años que esto

estaba ocurriendo y nadie se había dado cuenta—lo siento Germán, perdóname—pero su amigo no le dejó terminar,

—Olvídalo, por favor, de verdad que te entiendo. Quieres que resolvamos esto, y te aseguro que lo haremos—terminó su filete y miró el reloj del móvil —si no me voy ya, no llegaré a tiempo para hablar con el marido de una de las víctimas. Tengo que estar allí a las tres y media—¿te importa que me vaya?

—Claro que no—al ver que el poli sacaba su cartera le dijo—pago yo, anda, a la próxima lo haces tú—Germán sonrió y le dio una palmada cariñosa en el hombro saliendo a toda prisa, y Roberto suspiró preocupado porque todo le parecía cada vez más complicado.

Germán conectó el teléfono al coche y marcó mientras arrancaba. Le llamaba a él porque no se le ocurría a nadie más,

—¿Genio estás ahí? —se había escuchado un golpe al descolgar.

—Sí, perdona, es que salía de la ducha y se me ha escurrido el teléfono—rio al contárselo y Germán envidió por un momento la vida desorganizada de su amigo, que fijaba sus horarios dependiendo de su trabajo o de su interés en ese momento.

—Quiero que investigues algo, o que hables con alguien, lo que sea, es un poco complejo, de hecho, no sé cómo explicártelo.

—Con palabras, suele ser más fácil—Germán no pudo evitar reírse, como había hecho el Genio un momento antes.

—Necesito que preguntes, no sé si tu amigo el profesor lo sabrá, pero—pensó un momento antes de continuar y dijo—¡maldita sea! He estado a punto de meter la pata, no puedo decírtelo por teléfono,

—Entonces, ven a casa

—Ahora no puedo, voy a hablar con una persona.

—Suena fascinante—ironizó— entonces ¿nos vemos mañana?

—Claro, si te parece bien iré a tu casa por la mañana, y si surge algo y no puedo, te mando un mensaje. Hasta mañana, amigo.

—Que lo pases bien con tu charla—bromeó. Germán colgó sonriente y miró ceñudo la llamada que entraba, porque era el móvil de Isabel,

—Hola, ¡cuánto tiempo! —canturreó.

—Eso digo yo, escucha, ya hemos hablado con el compañero que recogió la declaración de Felipe Granados y dice que no recuerda lo del coche, pero sí le parece que le habló sobre una discusión.

—Entonces ¿por qué no está en el informe?

—Es un novato, y era su primer día en la comisaría, dos compañeros se habían puesto enfermos, y por eso le pusieron a hacer ese trabajo, pero te puedes imaginar cómo estaba. Dice que no había pegado ojo el día anterior y que estaba muy nervioso, y me ha reconocido que es muy posible que se equivocara.

—¡Estupendo! —contestó con todo el sarcasmo que pudo—muchas gracias Isabel.

Miró el navegador de su coche, y vio que estaba a punto de llegar, por lo que aparcó en el primer sitio que vio en zona azul, y después de pagar el estacionamiento con el móvil, bajó del coche echando un vistazo alrededor.

Se encontraba en uno de los barrios de la capital que más había crecido durante los años 60, y que estaba lleno de edificios de aquella época. También había numerosos comercios, algo que iba siendo cada vez más

escaso en Madrid.

El número 86 tenía el portal abierto por lo que entró y subió en el ascensor al quinto, donde llamó al timbre del piso D. Le abrió un hombre calvo y trajeado.

—Buenas tardes, soy Germán Cortés—le enseñó la placa y esperó a que la inspeccionara, luego volvió a guardarla en sus vaqueros— ¿es usted Iván Bermejo?

—Sí, sí, pase, por favor—le precedió por el pasillo, hasta un pequeño salón donde estaba puesta la televisión—siéntese, ¿quiere un café o algo?

—No, nada, muchas gracias—se sentó en un sofá de dos plazas, y su anfitrión lo hizo en otro gemelo, frente a él—Ya le he dicho a la señorita con la que he hablado, que tengo algo de prisa, porque mis hijos están con su abuela, y tengo que ir a recogerlos.

—Su abuela por parte de su mujer o de usted—según el informe, no tenían constancia de que ella tuviera familia, pero prefería asegurarse.

—No, desgraciadamente sus padres murieron hace muchos años, me refiero a mi madre. Cuando necesito dejar a los niños con alguien, se los dejo a ella.

—Entiendo, quería hacerle unas preguntas sobre lo ocurrido con su mujer, es un procedimiento aleatorio que realizamos en algunos casos de muerte natural—lo dijo con su mejor cara de póker.

—¡Ah!, no sabía que la policía investigara casos como éste.

—Algunas veces. Creo que le hicieron una histerectomía unos meses antes de que muriera—el viudo asintió—y necesitamos saber si estuvo enferma después de la operación—observó su reacción, pero solo parecía

sorprendido.

—No, que va, se recuperó muy bien. Por supuesto estuvo unos días en reposo por los puntos, pero nada más; una semana después estaba haciendo su vida normal—entonces frunció el ceño al darse cuenta del motivo de las preguntas—el médico me aseguró que la operación no había tenido nada que ver con la infección.

—Es lo que queremos aclarar, según nuestros datos no trabajaba fuera de casa.

—No, y eso a veces la frustraba bastante, pero éramos felices—Germán asintió, aunque no lo creía y ese le pareció el mejor momento para atacar.

—Es curioso que diga eso porque nos han dicho que—lo miró fijamente—usted tenía una relación con otra mujer antes de que muriera su esposa—el marido se puso pálido y pasaron unos segundos antes de que respondiera,

—Eso acabó hace tiempo y fue una tontería, lo cierto es que yo quería mucho a mi mujer—Germán sonrió con indiferencia y siguió con las preguntas.

—¿Miranda tenía amistad con alguna persona del edificio? — le gustaría saber qué pensaba de la anciana que les había dado la información.

—Sí, con una del sexto, doña Leonor, una vieja cotilla que se mete en la vida de todo el mundo. Fue profesora en la época de los dinosaurios, y alguna vez que nos hemos visto obligados, le hemos dejado a los niños y siempre volvían como una malva. Claro que en, cuanto pasaban diez minutos en casa, los muy cabroncetes volvían a portarse fatal.

—¿Solían dejarle los niños muy a menudo?

—No—se encogió de hombros—cuando mi mujer tenía que ir a hacer

algo por la tarde y mi madre no podía venir a cuidarlos, por ejemplo.

—Dice que vive en el sexto ¿y en qué letra?

—La D, igual que nosotros, está justo encima—señaló con el índice hacia arriba.

—¡Ah!, muy bien, ¿y recuerda a alguien que, al contrario, se llevara mal con su mujer?, ¿o a alguien con quien discutiera?, cualquier detalle me serviría—el hombre negó con la cabeza y consultó su reloj,

—No, perdone, pero tengo que ir a por mis hijos, mi madre no puede quedarse con ellos mucho rato—Germán asintió y se levantó.

—Claro, muchas gracias por todo—caminó despacio hasta la puerta, observando las alfombras gastadas y las paredes, que necesitaban una mano de pintura.

Mientras esperaba el ascensor, era consciente de que Iván Bermejo lo estaba vigilando a través de la mirilla. Germán cogió el ascensor seguro de que era el responsable de la muerte de su mujer.

Subió al sexto para hablar con la vecina, y se sorprendió cuando le abrió una octogenaria con la espalda más recta que había visto nunca, y una mueca constante de mala leche en la cara; él, por el contrario, sonrió y le enseñó la placa,

—Perdone señora, soy policía, ¿puedo hacerle unas preguntas?, no tardaré mucho—ella asintió, y señaló el felpudo de la entrada, mientras le ordenaba,

—Pase, pero antes ¡límpiense los pies en el felpudo!, que para eso está—Germán se limpió los pies ostentosamente, y atravesó el pasillo immaculado de la anciana,

—Tiene usted todo muy limpio—estaba seguro de que ni los microbios se atreverían a entrar en su casa.

—Claro, mi trabajo me cuesta, por eso le he dicho que se limpie los pies, para que no me meta la porquería de la calle—la siguió hasta una pequeña salita donde la anciana debía pasar la mayor parte del tiempo.

—No me he presentado, me llamo Germán Cortés—ella se sentó en un sofá despacio con una mueca de dolor, aunque no se quejó y luego le señaló una silla para que se sentara,

—Yo me llamo Leonor, pero al grano que no puedo perder el tiempo ¿Qué quiere preguntar? ¿ha pasado algo en el edificio?, no he oído nada...

—No, tranquila, quería hablar con usted sobre Miranda Torrent, su vecina —entonces, la anciana se inclinó hacia él, y susurró

—¡Ya era hora de que alguien investigara su muerte! ¡él la ha asesinado!, ¿verdad? —Germán la miró casi boquiabierto, y contestó

—Todavía no sabemos nada con certeza, estamos haciendo una investigación rutinaria.

—¡Ja! —tuvo que hacer un esfuerzo por no sonreír al escuchar su sonido de incredulidad, y continuó como si no lo hubiera hecho,

—Tengo entendido que usted tenía buena relación con ella.

—Sí, era una buena mujer, un poco blanda con sus hijos, pero como todas las madres de hoy en día—frunció el ceño pensando—no sé qué será de esos pobres niños—el comentario lo sorprendió.

—Acabo de hablar con el viudo, y me ha parecido un hombre responsable, estaba deseando ir en busca de sus hijos—la anciana no lo decepcionó al responder:

—Ya, ya, y yo me voy a presentar a Miss Universo, ¿es que usted se cree todo lo que le dicen?, ¡pues vaya policía! —lo miró con tal ferocidad a pesar de su edad, que ya no quiso ocultar su sonrisa.

—Imagino que usted me va a informar correctamente.

—Desde luego que sí. Miriam estaba muy preocupada desde hacía un tiempo, porque él la engañaba—la anciana apretó los labios furiosa, desviando la mirada hacia la ventana por la que entraba la luz de la tarde mientras recordaba—le dije que no se pusiera histérica, que quién lo iba a querer—de repente, volvió a mirar a Germán—lo hice porque pensaba que se preocupaba demasiado, y hasta que empezaron los problemas eran una familia normal, incluso al principio pensé que era cosa de ella.

—Pero no era así...

—Desgraciadamente, no. Desde el día que le dije que no creía que él la engañara, todo su afán fue demostrarme que yo estaba equivocada y comenzó a vigilar estrechamente a su marido—apretó los labios al recordar—era un asunto bastante feo, todos los días le espiaba el móvil y los bolsillos.

—Bastante desagradable.

—Sí, descubrió que se acostaba con una pelandusca, me lo contó una mañana llorando como una niña—señaló el asiento de él—estaba sentada donde está usted ahora mismo.

—Lo siento, me parece que usted la quería—la anciana afirmó con la cabeza y sus ojos se pusieron húmedos durante un instante, pero respiró profundamente y consiguió no llorar.

—Sí, le tenía cariño.

—¿Y qué más pasó?

—Nada, semanas después enfermó y murió enseguida.

—Pero...—Germán frunció el ceño—imagino que hablaría sobre todo esto con su marido, ¿no?

—No, nunca se lo dijo, a pesar de que intenté convencerla para que lo hiciera, no quiso hacerlo. Tenía miedo de que la abandonara, yo le dije que, aunque lo hiciera, él tendría que pasarle una pensión, que no debía aguantar, pero—se encogió de hombros—no conseguí que entrara en razón.

—¿Alguna cosa más que recuerde? ¿cómo estaba tan segura de que la engañaba? —la anciana le contestó enseguida:

—Una mañana subió para contármelo, me dijo que su marido era tan tonto que había pagado una vez a esa chica con la tarjeta, y que ella había encontrado el recibo en su cartera la noche anterior, mientras se duchaba. En el papel había escrito un nombre y un teléfono, entonces buscó el nombre en el móvil de Iván y vio los mensajes, la chica se llamaba Anita. Miranda temía que no fuera una simple aventura, porque decía que él había cambiado mucho.

—¿Qué quiere decir con que la había pagado? —Germán frunció el ceño,

—¿Es que está usted sordo?, le he dicho que era una pelandusca—Doña Leonor parecía enfadada de nuevo.

—Creía que era una manera de hablar...

—Pues no, soy muy clara hablando y sé qué palabras debo utilizar. Me refería a su profesión, esa chica era una prostituta. El cargo de la tarjeta era de un prostíbulo, la pobre Miranda apuntó el nombre del lugar y lo miró por internet. Me extraña que él no la haya metido en casa todavía, porque ese hombre no tiene ninguna vergüenza—Germán no escuchó prácticamente la última frase, porque sabía que acababa de encontrar una pista muy

importante.

Dio las gracias a la anciana y se despidió de ella, casi corriendo hacia el ascensor. A pesar de que iba hacia el Centro, no pudo evitar llamar desde el coche,

—Dígame—sonrió al reconocer la voz de la novata.

—Hola Dominó, me alegro de que seas tú, escucha, esto es muy importante, busca entre los extractos de la cuenta del viudo un pago con tarjeta—pensó un par de segundos antes de seguir— no sé el importe ni la fecha, pero si quieres, empieza buscando desde 6 meses antes de la muerte de su mujer

—De acuerdo, ¿quieres todos los pagos con tarjeta?

—No, necesito uno que esté hecho en un prostíbulo. Dominó, esto es muy importante, deja lo que estés haciendo y ponte con esto. Ya voy para allá.

—De acuerdo, hasta ahora—colgó sintiendo que comenzaban a tener algo sólido.

El resto de la tarde Isabel y él estuvieron preparando los pasos del día siguiente.

—Hay dos comisarías que no nos quieren enviar por correo los informes no oficiales, parece que quieren que vayamos en persona a pedirselos, estoy segura de que no se negarán si vamos hasta allí—Germán la miró distraído y asintió, luego volvió la vista al informe de la muerte de Miranda. Pero Isabel tenía más información,

—Dominó, ya tiene la dirección de la mercería de la madre de Sara, yo diría que podemos pasarnos después de visitar las comisarías, y así, a la hora de la comida podemos ir a hablar con la secretaria y la mujer del

vicepresidente, ya que solo nos pueden recibir a esa hora—Germán la miró, tenía cara de cansada, y a él le dolía todo, llevaban más de tres horas sentados, cotejando datos.

—De acuerdo, pero por hoy lo dejamos, ¿te parece? —ella se estiró, aceptando encantada.

—Estoy muerta—los dos observaron el corcho de la pared, donde estaban las fotos con los nombres de los sospechosos.

—Todavía no están todos, pero descubriremos a los que faltan—Isabel no contestó, pero estaba segura de ello.

Germán salió renegando de la segunda comisaría, lo mismo que había hecho de la primera. Con los labios apretados en una fina línea, metió la dirección de la mercería en el navegador del coche, mientras Isabel le decía, intentando calmarle,

—Con el cabreo que tienes, mejor no te leo el correo de Garrido contestando a tu petición de aclaración, sobre la causa del accidente —él respiró profundamente y contestó,

—Léelo, intentaré no cabrearme—y lo intentó de verdad, pero un par de minutos después, cuando había escuchado la escueta contestación, tuvo que contenerse para no liarse a gritos.

—¿De verdad que ese incompetente cree que puede poner en un informe oficial, que los tornillos cedieron al peso de manera inexplicable? —al ver que Isabel intentaba no reírse, Germán le dijo lo que sospechaba desde que habían entrado en la primera comisaría,

—Tú sabías porqué nos han hecho venir, y no me lo has contado para que

viniera—ella sonrió intentando aparentar inocencia,

—¿Y yo qué culpa tengo de que a los compañeros les guste que les cuentes tus batallitas, ahora que eres famoso? —de repente recordó algo—por cierto, esta tarde es lo de la fundación ¿no?

—Sí, nos esperan a las seis.

—Sin problema—rozó su mano con cariño—algo bueno tiene el que salgan nuestros casos en la prensa, todos esos niños están deseando conocerte y durante un rato olvidarán sus problemas—él sonrió, algo más calmado.

—Tienes razón, aunque solo sea por eso, merece la pena—echó un vistazo al retrovisor para incorporarse al tráfico, mientras Isabel miraba los datos del expediente de Sara en su móvil.

La mercería parecía una de esas tiendas antiguas que todavía quedaban en algunos barrios de Madrid, era un local estrecho y alargado, y al entrar encontraron a seis mujeres hablando que esperaban a que las atendieran. Isabel tocó el brazo de Germán para llamar su atención y señaló el fondo de la tienda, donde otra mujer de unos sesenta años hacía ganchillo sentada a una mesa camilla.

—Preguntémosle a ella—Germán estuvo de acuerdo, porque no parecía una cliente más.

Cuando la señora se dio cuenta de que se acercaban, levantó la vista y, entonces, él estuvo seguro de que era la madre de Sara. Estaba muy delgada, tenía la cara muy pálida y su mirada transmitía tristeza, a pesar de eso, estaba muy arreglada, como si fuera a salir a algún sitio. Dejó la labor encima de la mesa y los miró de frente, aunque no dijo nada,

—Buenos días, ¿es usted María, la dueña? —ella lo confirmó,

—Sí, ¿qué quieren?

—Somos policías, yo soy Germán y ella es Isabel—le enseñaron la placa y ella frunció el ceño.

—¿Ha ocurrido algo?, creo que se están equivocando de comercio. Donde han robado hace unos días, es en el local que vende ordenadores que está justo al lado...

—No señora, venimos a hablar con usted, es sobre su hija—la mujer dio un respingo y los miró incrédula—¿le parece bien que nos sentemos? —las mujeres que estaban esperando junto al mostrador empezaban a mostrar curiosidad, y era mejor no llamar la atención.

—Sí, por supuesto—esperó a que lo hicieran y los miró alternativamente —pero debe haber un error, mi hija está muerta.

—Sí señora, lo sabemos y permítame que le diga que lo sentimos mucho.

—Gracias, pero no entiendo qué quieren saber, si ella murió por un desgraciado accidente.

—También lo sabemos.

—¿Entonces?

—Precisamente, estamos haciendo una comprobación sobre el accidente en el que falleció su hija, es una formalidad—ante la mirada de duda de ella, continuó explicando— tenemos que investigar si la grúa en la que estaba subida funcionaba correctamente, si se llevaba bien con sus compañeros... nos gustaría hablar con los que tuviera más relación. En fin, todo lo que nos pueda decir sobre ella, nos vendría bien—Germán no quería que la madre sufriera innecesariamente por lo que no le transmitirían sus sospechas, hasta

que no estuvieran seguros de que la muerte de Sara había sido provocada.

—De acuerdo—suspiró y bajó la mirada— para mi vergüenza, he de confesarles que no teníamos demasiada relación. A mí no me gustaba su trabajo y...—negó con la cabeza—es mejor que se lo explique desde el principio. Verán, yo fui madre soltera, y trabajé mucho para que saliéramos adelante, quería que estudiara una carrera, siempre me había hecho ilusión que fuera abogada. Ya sé que puede parecer una tontería y que eso no le aseguraría tener un trabajo, pero, aunque luego hubiera trabajado ayudándome en la tienda—señaló el pequeño local, lleno de clientas—quería que estuviera más preparada que yo, por lo que pudiera necesitar en el futuro.

—Es normal señora, lo entendemos—Isabel cubrió la mano de la mujer durante un instante con la suya, al contestarla.

—Sí, yo estaba tan segura de que tenía razón, que peleábamos mucho, constantemente, porque ella no quería estudiar derecho, pero todo lo que conseguí con mi actitud fue que se alejara de mí. Entró en la universidad, pero dejó la carrera en el primer año—miró a Isabel a los ojos— desde pequeña estaba obsesionada con el cine, pero no con ser actriz o algo parecido, ella siempre había querido ser cámara—miró a Isabel a los ojos intentando que entendiera—y yo creía que eso no era una profesión. Un día me dijo que ya no podía seguir viviendo así, se fue de casa y estuvo viviendo varios años en una habitación, trabajando de camarera para pagarse los estudios, hasta que consiguió sacarse el título para poder trabajar en lo que le gustaba—suspiró— y empezó a trabajar como cámara, aún estuvimos un par de años sin vernos por culpa de mi cabezonería, pero después, conseguí que me perdonara, y hacía varios años que nos veíamos regularmente, aunque nuestra relación, como les he dicho, nunca volvió a ser como antes. Cuando estaba en Madrid, venía a casa a comer todos los domingos, pero yo sabía

que había cosas que no me contaba. Les cuento todo esto para que entiendan por qué, desgraciadamente, no sabía demasiado de mi propia hija,

—Entonces no le dijo si se llevaba bien o mal con sus compañeros de rodaje.

—Sé que era amiga de la chica que maquilla a los actores, me dijo que era buena con ella, y también le caía bien un tal Felipe, pero de los demás no me dijo nada, bueno, exceptuando a Leandro, claro. El domingo antes de morir me dijo que había visto algo que le había parecido extraño, y que tenía que hablar con él, pero no me contó más.

—¿Sara tenía relación con Leandro Palomo? —Germán notó que su corazón se aceleraba.

—Sí, claro—los miró sorprendida—era nuestro vecino, vivíamos en el mismo rellano. Desde pequeña, mi hija ha crecido escuchando sus historias sobre la música y el cine, así empezó a aficionarse. Incluso discutí un día con él, porque le echaba la culpa de que ella estuviera tan obsesionada con el cine. Cuando Sara se fue de casa, siguió manteniendo relación con Leandro y él, que era muy buena persona, luego me lo contaba todo.

—¿Habló con Leandro sobre la muerte de su hija?

—No, yo estaba destrozada, no podía hablar con nadie, durante semanas pensé que me volvería loca. Y él murió enseguida, siguió a mi pobre Sara en poco tiempo.

—¿Recuerda algún comentario más que le hiciera ella sobre el rodaje? —ella frunció el ceño un momento

—Un día, me habló sobre el director, y me dijo que era muy guapo pero que era un poco pulpo, que había que tener cuidado con él.

—¿Sabe si discutió con él?

—No me lo dijo, pero es posible, mi hija no tenía pelos en la lengua, y si tuvo que pararle los pies, se lo diría muy claro.

—Entiendo, muchas gracias, y perdone las molestias.

—Señor, solo una cosa—María le llamó y Germán, que ya había comenzado a alejarse, se dio la vuelta para poder mirarla—por favor, si descubren algo, necesito que me lo digan, mi hija era todo lo que tenía en el mundo.

—Lo haré, no se preocupe—ya en la calle, parados en la puerta de la mercería, Germán dijo a Isabel,

—En ningún informe ponía que se conocieran, pero ¿cómo se nos ha podido pasar que vivían en la misma casa? —mover la cabeza y miró el reloj de su móvil—es la una y media, comamos algo rápido y vamos a la casa del vicepresidente.

Durante la comida aprovechó para llamar a Natalia,

—¡Hola Natalia!, ¿cómo estás?

—Muy bien, ¿y vosotros?

—Bien, bien, corriendo de un lado para otro, Isabel me pide que te salude —sonrió irónicamente al decirlo, porque las dos solían hablar un par de veces por semana—no sé si te ha comentado Roberto...

—¡Sí, me lo ha dicho!, que tenéis un trabajo para mí, y ¡además que me vais a pagar! —Germán rio a carcajadas, y miró a Isabel que sonreía divertida escuchando a su amiga.

—Sí, te vamos a mandar los datos de una serie de personas, y necesito todo lo que puedas encontrar sobre ellos. Todo, Natalia, ¡y es

importantísimo! Te van a llegar unas credenciales temporales, para que puedas acceder a algunas de nuestras bases de datos, y si hay algún otro sitio donde debas acceder y no puedes, dímelo por favor.

—¡Estupendo! Pero concreta un poco más... ¿Qué tengo que buscar?

—Si tienen antecedentes, donde viven, sus propiedades, lo que encuentres sobre su entorno, deudas, hasta lo que han estudiado y donde lo hicieron, y lo necesito cuanto antes. Sé que es mucho, pero te conozco y sé de lo que eres capaz.

—¡Que pelota eres!, ¿cuántos son?

—Veintitrés—los dos policías esperaban el grito que se produjo a continuación, la conocían muy bien.

—¿Sólo?, ¡qué cabrón!, pues no sé qué haces que no me estás mandando ya los datos—él contestó riendo,

—Hoy mismo te los mandamos, un beso—a continuación, marcó el teléfono de Gilda, Isabel al ver el nombre en la pantalla, lo miró con las cejas arqueadas admirando su morro.

—¿Gilda?, hola ¿cómo estás?

—¡Muy bien!, pero muy liada, tengo que preparar un informe para el consejo de ministros, así que a menos que sea algo urgente...

—Lo es, pero te molestaré solo un momento. Para poder continuar con la investigación, necesito nombres completos y DNI, de los integrantes del rodaje de Ramón Mesa, y perdona que te lo pida así, pero es urgente.

—De acuerdo. Te los mandarán en cuanto los tengamos, hasta luego—colgó a continuación. Isabel fue a abrir la boca, pero los interrumpió la llamada de un teléfono que no estaba en la agenda, pero al menos no era un

número oculto.

—¿Sí?

—Buenos días, soy Paloma, estuvimos hablando...—Germán e Isabel, mirándose, vocalizaron a la vez, aunque sin emitir ningún sonido: la maquilladora...

—Hola Paloma, sé quién eres, por supuesto. Cuéntame ¿has recordado algo?

—Es que ayer, como nos miraba Ramón, no podía hablar tranquilamente. Quería decirles que Sara se quejó conmigo varias veces de Ramón, decía que la perseguía para llevársela a la cama, y que se estaba poniendo muy pesado. Que yo sepa era la única persona del equipo con la que Sara tuvo algún problema. Era una chica muy mona y él se cree que esta profesión sigue funcionando como hace 30 años. Ramón siempre hace lo mismo con las jovencitas, pero afortunadamente algunas no tragan.

—¿Llegaron a discutir?

—Sí, un par de veces, porque ella no se callaba. De hecho, creo que estaba buscando otro trabajo para no tener que aguantarle. Él solía pedirle que se quedara un rato más para hablar sobre los planos de la cámara para el día siguiente, o que se fuera a cenar con él para comentarle algo sobre un futuro trabajo, cosas así. Y a pesar de que ella no aceptaba nunca, él no se daba por vencido.

—¿Alguna vez llegó a ser agresivo con ella? —ella dudó unos segundos, pero luego contestó tajante:

—No. Al menos, a mí no me lo dijo.

—Imagino que no lo denunciaría, pero ¿sabe si lo comentó con alguien

más?

—Que yo sepa, no. Y a su madre no creo que se lo contara, porque sé que no le gustaba que trabajara aquí.

—Tiene lógica ¿Y Ramón nunca ha intentado lo mismo contigo? —ella rio a carcajadas

—Síiiii, lo intentó, pero yo estoy afiliada al sindicato, y le dije que, si seguía insistiendo, daría parte a mi delegado sindical. Y desde entonces, me dejó en paz.

—Ya, vamos, que es todo un valiente—dijo irónicamente—muchas gracias por todo—colgó y miró a su alrededor, porque hacía unos minutos que estaban frente a la casa del vicepresidente.

Estaban en una población exclusiva a solo diez minutos de Madrid, allí las viviendas eran posiblemente las más caras de la capital, algo que no era de extrañar ya que el muerto había sido el vicepresidente de una de las multinacionales que más facturaban en España. Habían tenido que enseñar sus placas a la entrada de la urbanización, para que los guardas de la caseta los dejaran pasar, y ahora habían detenido el coche frente a la verja que rodeaba la lujosa vivienda. Germán alargó el brazo y llamó al telefonillo, dijo sus nombres notando como los enfocaba la cámara de seguridad, y después, se abrió la puerta. El coche subió una pequeña cuesta hasta un gigantesco chalet de cristal y hormigón, rodeado de árboles, flores y plantas de todo tipo. Cuando pusieron el pie en el césped perfectamente cortado, se abrió la puerta de la casa, y los recibió una empleada de hogar uniformada que los acompañó a un salón, donde tomaban café dos mujeres que se levantaron para saludarlos.

Una de ellas estaba en la cuarentena, era pelirroja y vestía unos vaqueros,

zapato plano y jersey de cuello vuelto, y rezumaba elegancia. La otra, que debía rondar los sesenta, tenía el pelo gris e iba sin maquillar, y llevaba un traje de chaqueta azul con una blusa blanca. Era la secretaria, y tenía una actitud protectora hacia la otra mujer, no parecía la relación normal entre una empleada, aunque fuera una de confianza, y la mujer de su jefe. Después de presentarse y de que la anfitriona les pidiera que todos se tutearan, se sentaron alrededor de una mesa redonda de madera, donde esperaba el café. La dueña de la casa señaló hacia la bandeja donde esperaban dos tazas sin usar,

—¿Queréis uno? —Isabel dijo que no, pero Germán aceptó. Ya se había tomado uno, pero se imaginó que el de esa casa sería bueno. Mientras llenaba las tazas, la viuda comenzó a hablar,

—Me dijo vuestra compañera que también queréis hablar con Maite, si queréis, empezad con ella, porque tiene que volver al trabajo, y está algo lejos. Os dejaré a solas para que podáis hacerlo con tranquilidad—los policías asintieron, porque solía ser mejor interrogar al entorno por separado—estaré en el estudio. Maite, ¿te importa avisarme cuando hayáis terminado?

—Claro, tranquila—cuando desapareció, Germán comenzó con la secretaria,

—Entonces ¿sigues trabajando?, ¿en la misma empresa?

—Sí, ojalá pudiera dejar de hacerlo, ya estoy muy cansada, pero aún me quedan varios años para jubilarme...

—Cuéntame algo sobre tu jefe, ¿se llevaba bien con sus compañeros y con su familia?

—Sí, no era una persona conflictiva, al contrario, era muy sencillo trabajar con él. Lo único que no pasaba por alto era la falta de ética, eso no lo

soportaba y lo cortaba de raíz.

—Pero eso no es malo, ¿no?

—Claro que no.

Germán la miró, parecía inteligente y muy seria, la palabra que le venía a la cabeza para describirla era: eficiente.

—¿Y cómo se llevaba con su familia?

—Los adoraba, tanto a su mujer como a sus hijos, a todos—detectó en sus ojos una expresión de verdadera tristeza.

—¿Sabes de alguien que quisiera hacerle daño?

—No.

—Y ¿estaba ilusionado con el hecho de ser presidente?

—Sí, mucho, pensaba realizar cambios importantes, que creía que serían muy beneficiosos para la compañía—Germán miró a Isabel por si quería preguntar algo, pero ella negó con la cabeza.

—¿Se había operado de algo recientemente? —ella lo miró con el ceño fruncido

—No, hasta que enfermó, había sido siempre un hombre muy sano, solamente iba al médico para las revisiones anuales. Ni siquiera se constipaba.

—Muy bien, pues nada más, muchas gracias por su tiempo

—De nada, avisaré a Inmaculada—Germán asintió, e Isabel le susurró cuando se fue de la habitación,

—¿Qué opinas?

—Intenta controlarse, pero está afectada. Se le nota, a pesar de que no parece de las que se derrumban, al menos en público

—Sí, a mí me ha parecido que lo sentía de verdad.

Escucharon la despedida cariñosa de las dos mujeres, y la anfitriona volvió a sentarse con ellos.

—Cuando queráis.

—Me gustaría que nos describieras el carácter de tu su marido—
ella arqueó las cejas y se quedó pensativa.

—Pues no sé, era un gran trabajador, un buen marido y padre también, sus hijos y yo lo queríamos mucho—se quedó mirando un instante por el ventanal que daba al jardín, sumida en sus recuerdos.

—Su secretaria nos ha dicho que no soportaba la falta de ética, ¿podrías explicarme lo que quiere decir?

—Sí, es cierto, su inflexibilidad en ese terreno hacía que discutiéramos en algunas ocasiones. Nunca permitió que utilizáramos ningún contacto para conseguir algo, ni siquiera para que nos dieran mesa en un restaurante. Yo, a veces no entendía tal nivel de exigencia, pero también puedo decir, muy orgullosa, que era el hombre más honrado que he conocido—sus ojos se humedecieron—y esa honradez se la ha inculcado a nuestros hijos, quería que fueran políticos, según él serían los únicos honrados, para que ayudaran a los demás.

—Un gran hombre, pero entiendo lo que dices, es difícil vivir siendo tan exigente consigo mismo ¿nos puedes decir si entró en el quirófano durante el último año de su vida? Aunque fuera por una operación menor...—pareció sorprendida por la pregunta

—No.

—¿Estás segura?

—Segurísima, además era muy miedoso para ir al médico. Para que os hagáis una idea, a la última revisión del dentista, tuvimos que convencerle entre Maite y yo para que fuera. Pretendía saltársela diciendo que no había pasado un año—sonrió.

—Y ¿recuerdas a alguien con el que estuviera enemistado?

—Uff, con media familia, porque le habían pedido trabajo muchos de ellos, sobrinos, primos..., pero siempre les decía que mandaran un currículum, como había hecho él cuando empezó a trabajar.

—¿Y aparte de ellos?, me imagino que conocería a mucha gente, debido a su trabajo.

—Sí—Germán notó cómo lo miraba, como si decidiera si decirle algo o no—un día, semanas antes de morir, vino muy disgustado a casa—se encogió de hombros—no me dijo por qué, pero sé que ese día tuvo consejo de administración.

—Y nos confirmas que no solía ponerse enfermo...

—¡Qué va!, él lo achacaba a que hacía mucho deporte. Le gustaba mucho nadar y lo hacía todos los días antes de ir al trabajo, tenemos una piscina cubierta.

—Creo que eso es todo, muchas gracias—comenzaron a levantarse, pero a medio camino hacia la salida, ella se volvió para decirles,

—Lo siento, pero no entiendo el porqué de estas preguntas, ya sé lo que me dijo vuestra compañera, que era porque estabais haciendo unas comprobaciones, pero...

—Sí, nada que deba preocuparte, solo estamos comprobando, aleatoriamente, algunas de las muertes ocurridas por enfermedad en Madrid, luego reunimos los datos y los estudiamos. Te aseguro que, si descubriéramos algo que tuvieras que saber, te lo diríamos.

—De acuerdo—estaba seguro de que no se lo había tragado, pero los acompaño hasta la la puerta, donde los observó con los brazos cruzados hasta que salieron de su propiedad.

Los dos se sentían mal, a ninguno les gustaba mentir a inocentes, pero no había otro remedio.

—Evidentemente tenemos que hablar con los miembros del consejo, y sería mucho más efectivo si pudiéramos hacerlo con todos a la vez—Isabel asintió.

—Será complicado, seguramente llamarán a una docena de abogados para darnos largas.

—Lo sé. Y no tenemos tiempo...—pensó durante unos segundos en silencio mientras el coche avanzaba por la autopista hacia Madrid— pero siempre podemos coger un hatajo. Que Dominó pida los movimientos de las cuentas de todos ellos de los último seis meses, y con todos me refiero al consejo entero, al antiguo presidente, a la viuda y a la secretaria—Isabel llamó a Dominó y Germán escuchó la conversación sumido en sus pensamientos,

—Sí, movimientos de todos, de los últimos seis meses, sí...—Isabel escuchó lo que le dijo Dominó a continuación, y Germán la miró un instante al escuchar:

—¿Estás segura? —asintió mirando a Germán asombrada—busca en su cuenta en el último año, tenemos que saber si hay más cargos de allí. Ahora

se lo digo a Germán y te llamo si quiere que hagas algo más, gracias y buen trabajo Dominó, hasta luego—Germán la miró esperando a que le dijera lo que fuera.

—El prostíbulo al que fue Iván Bermejo, era “La mariposa azul”—al ver la expresión de intensa concentración de él, le preguntó—¿te lo imaginabas?

—No, pero todo empieza a encajar, ¡al fin!

—Le he pedido que mire los movimientos bancarios del marido durante el último año, a ver si ha ido más veces.

—Perfecto—dio una palmada en el volante—¡maldita sea, no vamos a poder ir hasta mañana!, no nos da tiempo.

—Lo sé, tranquilo, pero no puedes decepcionar a esos niños.

—Sí, lo sé—de repente, una idea se coló en su mente, y apretó los labios en una fina línea esperando equivocarse por el bien de todos.

NUEVE

En el local de la asociación había un ambiente festivo que se les contagió enseguida, a Isabel la reclamaron para ayudar con los niños, y Germán estuvo esperando su turno mientras hablaba con Mario, un policía jubilado cordobés muy simpático, que ya conocía de otras ocasiones porque también colaboraba habitualmente con ellos. Estaba escuchando a Mario, cuando notó que le tocaban el hombro derecho, y se volvió para ver quién era,

—¡Pero bueno!, ¡cuando te he visto por detrás, no me lo podía creer!, se lo he dicho a mi hermano, ¿a que sí, Ángel? —Ángel asintió mientras estrechaba la mano de Germán y le preguntaba sonriente—¿a ti también te han liado?

—Sí—bebió un poco de su coca cola, que ya no tenía gas y estaba caliente, por lo que la dejó en una mesa cercana. Cuando volvió a mirar, Mario ya había desaparecido—vengo a responder preguntas de los chavales sobre mi trabajo, y ¿vosotros, que vais a hacer?

—A convencerles de que es mejor que se laven los dientes tres veces al día, y así no tendrán que pagarnos medio sueldo a nosotros cuando sean mayores—Germán rio con ganas y al ver la muñeca de Javier, le hizo un gesto para que le dejara verla más de cerca,

—Ya me llamaron la atención vuestros relojes el otro día—al observarlo detenidamente, se sorprendió y le dijo—¿puedo? —Javier asintió y Germán pulsó un botón que sobresalía en la parte derecha, lo que hizo que se

levantara toda la esfera dejando ver un compartimento oculto, donde había una brújula que ocupaba todo el ancho de la caja—es impresionante, nunca había visto algo así.

—¿Verdad que no?, a mí también me parece una pasada—Germán siguió observando el mecanismo, pero Mario volvió y le dijo,

—Perdona Germán, los chicos te están esperando. Isabel ya está en la sala—él asintió y sonrió a los dos hermanos antes de irse.

—Hasta luego—se despidió de los hermanos, y Mario lo acompañó por el pasillo, mientras le decía,

—Están muy ilusionados con tu charla, tendrás que tener paciencia, porque te van a machacar a preguntas.

—No importa, para eso he venido—sonrió al entrar en la sala llena de chicos y chicas de todas las edades, que aplaudieron entusiasmados al verle. Respiró hondo, se sentó en el pequeño escenario y esperó la primera pregunta.

Aunque era sábado, ninguno de los dos quería dejar para el lunes la visita a “La mariposa azul”, por lo que a pesar de que tenían que ir a la fiesta de la embajada esa misma noche, se dirigieron al prostíbulo a las diez de la mañana. Dejaron el coche en el parking, y Germán miró el móvil antes de guardárselo en el bolsillo de la cazadora y luego echó un vistazo al cielo lleno de nubes, que llevaban todo el día amenazando con descargar. Se avecinaba una fuerte tormenta, en sentido literal y figurado.

—Esta tarde hay predicción de lluvia—él asintió a las palabras de Isabel, y cuando llegaron a la puerta enseñaron al portero las placas. Después de que los dejara pasar, vio cómo cogía su móvil,

—Estará avisando a Martina—Isabel también se había dado cuenta. Se

dirigieron hacia un mostrador, donde una chica vestida con un traje de chaqueta rosa los recibió sonriente,

—Buenos días, somos policías—volvieron a identificarse, y la chica puso cara de susto—venimos a hablar con Martina.

—Sí, un momento—llamó por teléfono, y se dio la vuelta para que no la escucharan. A continuación, preguntó los nombres de los dos, y después de comunicarlo y de escuchar durante unos segundos, colgó—tienen que subir en el ascensor de la izquierda, que está escondido detrás de la escalera. Pulsen el 2, allí les espera una compañera que los acompañará hasta la señorita Rey.

—Gracias—les costó un momento encontrar el ascensor, porque estaba escondido detrás de un montón de plantas, como si estuvieran en la selva. Germán pensó con una mueca sardónica, mientras apretaba el botón para subir al segundo piso, que Martina debía pensar que, si la policía hacía una redada, se perdería entre las enormes plantas.

Al abrir la puerta los esperaba ella, tan espectacular como siempre. Se había refinado mucho desde que él la había conocido, y ahora ya no llevaba jerséis apretados de leopardo con pantalones de cuero, sino que vestía con ropa cara de diseñador. Sonrió al verlos, aunque solo miraba a Germán, como había hecho siempre desde que se habían conocido, varios años atrás. Para ella, Isabel nunca había existido.

—¡Cuánto honor, el inspector más famoso de Madrid, en mi casa! —les dio dos besos, dejando una estela de perfume francés pegajoso a su alrededor —seguidme, por favor— los condujo hasta lo que parecía un despacho, donde había una mesa cuadrada con cuatro sillas alrededor, y un chico escandalosamente guapo que rondaría los 20 años, y que esperaba órdenes con una gran sonrisa,

—Voy a tomar una copa, si os apetece...—Germán e Isabel rechazaron la invitación dándole las gracias, y Martina hizo un gesto al chico que salió, cerrando con suavidad la puerta.

—Sentaos, por favor—todos lo hicieron, alrededor de la mesa. Martina cruzó los dedos, enseñando su perfecta manicura de color rojo y sonrió aún más, aunque Germán sabía que no se alegraba de verlos, por supuesto.

—Mientras viene Erik, y aunque estoy encantada con esta sorpresa, me gustaría que me dijerais a qué debo el honor...

—Necesitamos hablar con una chica que trabaja aquí, una tal Anita—las cejas de Martina se arquearon aparentando sorpresa, y Germán le explicó— he pensado que era mejor hablar contigo antes, para que no nos pusiera problemas.

—No creo que os los hubiera puesto en ningún caso, pero te agradezco el detalle, querido—llamaron a la puerta y sin esperar, Erik entró con un Martini en una bandeja, y dejó la copa helada y una servilleta de color dorado junto a su jefa.

—Muchas gracias, corazón—sonrió íntimamente al chaval que se esponjó como un pavo real, entonces Martina bebió un sorbo y volvió a prestar atención al poli—en cuanto a Anita, creo que está en la casa. Erik, ¿le puedes decir a Anita que suba, que hay dos policías que quieren hablar con ella?

—Ahora mismo—salió enseguida a cumplir la orden. Entonces Martina dio otro sorbo a la copa, y preguntó,

—Y ¿para qué queréis hablar con ella?, tiene la tarjeta de residencia en regla, os lo puedo asegurar. Soy muy exigente con el tema de los papeles, no merece la pena tener problemas por esa tontería.

—Martina—sonrió irónicamente, porque seguía pensando que podía

tomar el pelo a todos los hombres con los que hablaba, él incluido—sabes que yo no me dedico a eso,

—Ya, tú solo investigas asesinatos. Pero que yo sepa, aquí no ha ocurrido ninguno ¿o está implicada en alguno? —frunció el ceño aparentando preocupación, o puede que estuviera preocupada de verdad. Germán sabía que protegía su negocio más que si fuera un bebé recién nacido y que no permitiría que nada lo perjudicase.

—No podemos hablar de una investigación en curso, de momento. Vengo a preguntarla por un cliente, pero en principio, no es algo que la afecte a ella o a ti directamente—mintió.

—¡Ah, entiendo!, pero tampoco es bueno para el negocio que los clientes sepan que hablamos con la policía sobre ellos—en lugar de hablar, Isabel pensaba que parecía ronronear como una gata malcriada.

—El cliente no se va a enterar.

—Ya—llamaron a la puerta y entró una mujer mulata muy alta, con una minifalda vaquera y un jersey rojo. Iba muy maquillada y miró a su jefa dirigiéndose solo a ella,

—Me ha dicho Erik que la policía quiere hablar conmigo.

—Sí, esta pareja tan amable—Germán miró a Martina. De repente, se sentía como si estuviera viendo una obra de teatro, todo parecía ensayado. Las dos estaban demasiado tranquilas—te dejo con ellos Anita, se llaman Germán e Isabel—la dueña salió de la habitación, y la brasileña esperaba con la sonrisa en la cara, como si se la hubieran pintado,

—Siéntate por favor—lo hizo junto a Germán, y este escribió a toda prisa una nota y se la pasó a Isabel, mientras le decía:

—Isabel, el número que me has pedido antes—ella lo abrió, y leyó: ¡ten cuidado, nos están grabando!, se guardó el papel doblado en el bolsillo de la cazadora, y lo miró a los ojos un instante. Después, sonrió a la chica, y comenzó el interrogatorio, porque habían decidido, antes de entrar, que lo llevaría ella.

—Hola Anita, tengo que preguntarte algunas cosas sobre Iván Bermejo—la prostituta asintió, aún sonriente—¿cuánto hace que os conocéis? — ella se encogió de hombros antes de responder.

—Creo que cerca de un año.

—¿Y viene muy a menudo a verte?

—Sí, más o menos, una vez a la semana, y a veces quedamos fuera para ir al cine o a cenar.

—¿Entonces lo consideras tu pareja? — siguió sonriendo

—Por supuesto, enseguida me di cuenta de que era el amor de mi vida, y él también—Germán observaba la actitud de Anita con los ojos entrecerrados.

—Pero estaba casado...

—Sí, era una pena—aunque se encogió de hombros y su rostro aparentaba seriedad, a ninguno de los dos policías le pareció que le importara que Iván estuviera casado—pero todos nos hemos equivocado alguna vez en nuestra vida. Al poco tiempo de conocerme, me confesó que era muy desgraciado con ella, y no es un crimen enamorarse de un hombre casado.

—No, por supuesto que no. Y dime, ¿pensaba seguir con ella a pesar de que os queráis?

—No, iba a divorciarse, y luego nos iríamos a mi país. Él allí puede

encontrar trabajo fácilmente, y yo siempre he querido poner una boutique.

—Ya—Isabel echó un rápido vistazo a Germán, que escuchaba con atención— entonces, parece que os vino muy bien que muriera su mujer...

—¡No!, ¿cómo puedes creer eso?, él sufrió mucho durante su enfermedad—Isabel se contuvo para no decirle lo que opinaba de los dos—además, la habían operado unos meses antes, y también había tenido que cuidar de ella y de los niños, estaba harto—Germán e Isabel estaban asqueados, y él decidió hacerle una pregunta,

—¿Te dijo alguna vez que ojalá se muriera su mujer? — no podía decir nada más para no comprometer la investigación, quería que pensarán que daban palos de ciego. La brasileña contestó muy tranquila,

—No, que va, él es incapaz de algo así, además, en el fondo quería mucho a su mujer. No estaba enamorado de ella, pero le tenía cariño—ellos sonrieron, y se levantaron

—Eso es todo, Anita, muchas gracias. Y perdona que te hayamos molestado, pero teníamos que hablar contigo antes de cerrar definitivamente la investigación—se despidieron y entraron en el ascensor. En la planta baja, al abrirse las puertas, encontraron a Martina que los acompañó hasta la entrada, y se despidió con una gran sonrisa y dando un beso en la mejilla a Germán, que aguantó las ganas de limpiársela.

Cuando estuvieron en el coche, Isabel preguntó:

—¿Cómo crees que ha ido?

—Bien, no íbamos a conseguir nada, eso estaba claro. Lo que me preocupa es la actitud de Martina, parece el gato que se ha tragado el canario.

—Sí, yo diría que hasta se ha alegrado de vernos, cosa que no entiendo.

—Estaba demasiado tranquila, y no se ha sorprendido por nuestro interés por la brasileña, ni ha puesto ninguna pega—arrancó el coche— tengo que pensar en todo esto, me da muy mala espina— en ese momento comenzó a llover a cántaros y Germán comentó mirando al cielo—pues vaya día que han elegido los rusos para la fiesta—Isabel sonrió y le contestó,

—Sí, y no tiene pinta de parar.

Germán se pasó por el baño de invitados, donde Isabel se estaba maquillando, pero lo que le iba a decir se borró de su mente, porque se quedó embobado mirándola desde la puerta. Estaba en ropa interior de color negro y se pintaba los labios de rojo, además, en la peluquería le habían rizado el pelo y lo llevaba suelto, rozándole los hombros. Se colocó a su espalda, y pegando su cuerpo al de ella, le dijo:

—¿Estás segura de que quieres ir a la embajada? —Isabel rio a carcajadas y le dio un suave codazo, que provocó que él se llevara la mano al estómago y se quejara de broma.

—Espérame en el salón, anda, en diez minutos estoy lista.

—Muy bien.

Cuando él se fue al salón, ella entró en el dormitorio de invitados, donde había dejado su ropa porque quería que fuera una sorpresa para Germán. Sabía que a él le gustaba mucho cómo le quedaba el color rojo, pero hasta ahora no se había atrevido a llevar un vestido de ese color, y cuando, dos días antes, estuvo mirando ropa por internet, se había enamorado de uno de los que había visto. Era de color rojo sangre y la parte de arriba era ajustada hasta la cintura, donde iba cogiendo vuelo hasta los pies. El escote delantero era inexistente, pero gracias al de atrás se veía toda la espalda, era el vestido más

bonito que había tenido nunca, y también el más provocativo.

Retrocedió un paso para verse en el espejo de la cómoda, y se puso los pendientes que le había regalado Germán por su cumpleaños, y la pulsera que había heredado de su madre, luego respiró hondo y salió al pasillo. Anduvo con cuidado ya que los zapatos eran nuevos y con bastante tacón.

Él esperaba sentado en el sofá con las piernas cruzadas y mirando el móvil, levantó la vista al escuchar sus tacones y puso tal cara de sorpresa que Isabel dijo, irónicamente,

—Soy yo—él siguió mirándola de arriba a abajo mientras se levantaba, se acercó y dio una vuelta a su alrededor, Isabel le escuchó inspirar profundamente al ver su espalda y cuando estuvo de nuevo ante ella, susurró:

—Estás espectacular, cariño—entonces le dio un beso en la mejilla—no quiero estropearle el maquillaje. Y muchas gracias por ir de rojo, ya me puedo morir tranquilo.

—¡Eres tonto!, pero gracias, y tú también estás muy guapo.

—Sí, ¿verdad? —le guiñó un ojo— no está mal para un poli de barrio— seguía mirándola asombrado—¡Dios, estás increíble!, no sé cómo voy a poder estar atento a algo que no seas tú, esta noche —ella sonrió halagada, pero lo conocía muy bien

—No seas mentiroso—rio moviendo la cabeza—te conozco perfectamente, en cuanto veas u oigas algo interesante para la investigación, dejaré de existir, pero lo entiendo.

—Puede ser, pero cuando volvamos, te aseguro que solo te prestaré atención a ti.

—Es que, si no lo haces, con lo que he tardado en arreglarme, te mato—

los dos sonrieron ante la amenaza.

—Y me lo merecería—la abrazó y le dio un beso ligero en los labios—es muy injusto que estés tan guapa y que no pueda darte un beso de verdad, a menos que quiera ir a la fiesta con el mismo pintalabios que tú—entonces sonó su móvil—seguro que son ellos—descolgó sin soltarla—¿Gilda?, claro, bajamos ahora mismo—colgó manteniéndola cogida por la cintura— era Gilda, dice que están aquí en cinco minutos—la recorrió con la mirada de arriba abajo— ¿crees que habrá baile?

—Ni idea.

—Si lo hay, prométeme que, al menos, bailaremos una vez—ella sonrió al contestarle,

—Claro

—Voy a por los abrigos—cuando volvió, él ya lo traía puesto y ayudó a Isabel a ponerse el suyo. Era precioso, largo y de color gris perla, se lo había comprado hacía poco para ocasiones especiales.

Sorprendentemente, el general y Gilda parecían una pareja normal cuando no estaban trabajando, Isabel y Germán se sentaron en el asiento de atrás y el general conducía el coche. El poli cogió la mano izquierda de Isabel y la entrelazó con la suya, porque le parecía que estaba nerviosa.

—Ya sabía yo que ibais a estar guapísimos, pero Isabel, tú estás impresionante—la poli se lo agradeció, y Gilda les ofreció un chicle. Después de que ellos rechazaran la invitación, cogió uno y se lo metió a su marido en la boca.

—Ha dejado de fumar, y si no mastica continuamente chicles o

caramelos, tengo miedo de que vuelva—cuando ella terminó, el general les dijo,

—Divertíos esta noche, pero necesitamos que estéis muy atentos a todo lo que ocurra, es posible que haya algún invitado que conozcáis—levantó la mano del volante para señalar el edificio que se encontraba a unos 200 metros de distancia— ahí está la embajada, impresionante, ¿verdad?

—Sí—Germán observó aquella extravagancia.

Era una construcción formada por grandes bloques rectangulares, que se había construido en Madrid siguiendo las directrices de un arquitecto ruso, y que, se rumoreaba que habían llenado con multitud de cuadros al óleo, que explicaban la historia de Rusia.

Cuando dos soldados comprobaron la documentación de todos los que iban en el coche, los dejaron traspasar la verja. Luego, cerca de la entrada, pero sin llegar a las escaleras de acceso al edificio, los hicieron bajar y otro soldado se lo llevó para aparcarlo, dándole al general una ficha roja. Gilda, que también estaba impresionante, se agarró del brazo de su marido e Isabel lo hizo del de Germán. Entonces él se inclinó hacia ella y susurró,

—Tranquila cariño—ella sonrió y subieron las escaleras de entrada del edificio.

Después de traspasar la gigantesca puerta dorada que era la entrada principal, dos mujeres les pidieron sus abrigo y desaparecieron con ellos, e Isabel bromeó en voz baja con Germán diciéndole que, si no le devolvían el suyo al salir, pondría patas arriba la embajada hasta encontrarlo. Atravesaron el amplio vestíbulo de mármol repleto de columnas blancas y espejos que llegaban al techo, y llegaron hasta una escalinata blanca, como la de “Lo que el viento se llevó”, Isabel miraba todo boquiabierta.

—¡Dios!, esto es gigantesco—Gilda se volvió hacia Isabel, y sonriendo le contestó,

—Sí, es impresionante, vamos, nos estarán esperando al final de la escalera. Cuando aparcan los coches, comunican a la casa qué invitado es el que llega, estas fiestas están muy bien organizadas.

Subieron la escalera, y efectivamente, al final de la misma estaba esperándolos el secretario del embajador, que se puso a su disposición. Después los acompañó atravesando una gran sala, llena de alfombras en las que se hundían los pies al andar y con las paredes repletas de cuadros escenificando diferentes batallas.

Por fin el secretario se volvió hacia ellos antes de entrar en la siguiente habitación, y les dijo:

—Su excelencia el embajador, ha solicitado hablar con usted—se dirigía a Gilda, y a Germán le pareció que el general se sorprendía al escuchar la petición. El secretario esperaba, hasta que ella contestó:

—Iré si me acompaña el señor Cortés, como sabe es policía—que hiciera esa aclaración le pareció raro a Germán, y dijo, en voz alta:

—No voy a dejar sola a Isabel—el general, muy a su pesar, se acercó a él para decirle sin que le oyera el secretario:

—Germán, por Dios, no seas niño, te aseguro que no me separaré de ella. Nos jugamos demasiado como para poner pegos a un ofrecimiento así—se inclinó más hacia él y continuó—y te agradecería que acompañaras a mi mujer—Germán miró a Isabel que asintió casi imperceptiblemente, entonces aceptó,

—De acuerdo—el secretario pareció dudar, pero en ese momento quedó claro que estaban siendo observados, porque debió recibir instrucciones a

través del dispositivo que llevaba en el oído, y contestó:

—El señor embajador está de acuerdo con su propuesta de que venga el señor Cortés—de repente había aparecido ante ellos un hombre rubio con los ojos azules muy claros, también con traje, que inclinó la cabeza en forma de saludo—Sergei los acompañará—Gilda y Germán lo siguieron por un pasillo largo que giraba primero a la izquierda y luego a la derecha, y el poli echó un vistazo a Gilda, que le hizo un gesto con el índice para que, sin dejar de andar, se acercara a ella y así poder decirle algo,

—Germán fíjate muy bien en lo que nos dice el embajador, es muy importante que sepamos si nos dice la verdad—los dos miraron a Sergei que se había detenido frente a una de las puertas. La abrió para que pasaran, y en cuanto lo hicieron, la cerró.

Era una biblioteca, pequeña y acogedora, con un agradable olor a cuero, papel, y a madera encerada. Germán echó un vistazo rápido a los tomos encuadernados en piel, que llenaban las estanterías que había a su izquierda, pero le interrumpió una voz,

—Buenas noches, querida—Gilda sonrió y tendió su mano elegantemente hacia el embajador, que se había puesto en pie al entrar ellos. Era un hombre bajo, muy delgado y con el pelo completamente blanco; se llevó la mano de Gilda a los labios y luego la mantuvo un instante entre las suyas con cariño.

—Buenas noches, Dimitri—él sonrió y soltó la mano de la mujer con cuidado volviéndose hacia el policía, y ella hizo un gesto como si fuera a presentarle a alguien extremadamente importante—le presento a Germán Cortés, un amigo y un gran policía también—Germán estrechó la mano del embajador y lo miró a los ojos, eran negros y profundos. El embajador les invitó a que se sentaran

—Por favor, sentémonos, no tenemos mucho tiempo, pero los temas importantes no se pueden hablar de pie.

Ellos tomaron asiento en un sofá minúsculo que había frente al butacón donde lo hizo el embajador, y Gilda habló primero:

—Excelencia, la situación es muy grave, por eso le agradezco que haya accedido a esta reunión, aunque preferiría que hubiera estado también el general—Germán se sorprendió al saber que ella había pedido la reunión, pero sabía que no debía decir nada.

—Gilda, si quería que alguien de la embajada hablara con el general, tendría que habérselo pedido a otras personas—ella asintió, y Germán entendió lo que quería decir, porque un embajador no hablaría nunca con el jefe del servicio de inteligencia de otro país. Al menos no oficialmente.

—Tiene razón, pero este es un caso especial—en ese momento, el embajador miró a Germán como si se le hubiera ocurrido algo. Gilda que lo conocía, resolvió su duda—Germán está ayudando al CNI en este asunto.

—¿Un policía?

—Sí, pero uno especial—Gilda sonrió mirándolo y añadió—usted me preguntó por él hace unos meses— el embajador sonrió y dijo

—¿Es usted G.C., el policía que investigó los asesinatos del Airbus?

—Sí—había conseguido, por los pelos, que en las noticias que habían recorrido el mundo después de los asesinatos en el avión, solo pusieran sus iniciales. Empezaba a entender por qué lo habían invitado, era un señuelo.

El embajador se levantó y tanto Germán como Gilda hicieron lo mismo, se acercó al otro hombre y volvió a estrecharle la mano, esta vez con mucho más entusiasmo, mientras decía,

—¡Tiene que sentarse a mi lado en la cena! ¡necesito que me cuente cómo consiguió adivinarlo todo, y casi sin medios! — Germán no sabía muy bien cómo responder, por lo que murmuró un escueto “gracias”—es usted muy inteligente, he seguido su carrera desde entonces, y he encontrado sus otros dos casos publicados: El misterio del marido desaparecido, y el del muerto en el maletero. ¡Me encantan los títulos que les ponen!, ¿lo hace usted?

—No, no ¡qué va!, lo hacen los periodistas, pero al menos no han dado mi nombre completo. Hay un periódico que, cuando publica mis casos, los titula, y de manera muy teatral, además.

—¿Y nunca le han pedido que haga una entrevista?

—Claro que sí, pero de momento no creo que sea conveniente para mi trabajo.

—Es usted una persona única, la mayoría matarían por salir en los medios.

—No crea, no soy nada especial, es solo que me gusta demasiado mi trabajo para dejar que eso lo perjudique—Gilda aprovechó ese momento para decir, en un tono suave y firme a la vez,

—Excelencia, por favor—el embajador suspiró profundamente, y les hizo un gesto para que volvieran a sentarse—si, si, volvamos al trabajo. Está bien, querida amiga, ya hemos aclarado para qué ha traído un policía a mi casa, ahora hablemos—ella se irguió en el asiento y le preguntó:

—Vladimir necesito que me diga, como amigo, si está seguro de que el Californio no procede de Rusia.

—Ya conoce la respuesta oficial—parecía extrañamente divertido por la conversación.

—No es esa la respuesta que me interesa.

—Siempre ha sido usted una buena negociadora, querida—asintió lentamente mirándola con expresión traviesa—si yo no fuera embajador de mi querida patria y pudiera hablarle solo como amigo, seguramente le diría que hubo un robo de ese material semanas atrás en un lugar de difícil acceso, en el Extremo Oriente Ruso, una de las zonas menos pobladas del mundo—Gilda no parecía sorprendida.

—Hipotéticamente por supuesto, ¿podríamos saber quiénes fueron los autores del robo? —el embajador se encogió de hombros disfrutando,

—¡Quién sabe! cuando no queda nadie para contar nada, es difícil saberlo —Gilda se quedó pensativa mirando unos instantes la alfombra, y Germán aprovechó

—¿Me permite que yo le haga una pregunta? —el embajador asintió muy serio—perdone si soy algo brusco, pero ¿confía usted en todos los empleados de la embajada? —la pregunta hizo que a Vladimir se le borrara la sonrisa.

—Los años me han demostrado que no se puede confiar en casi nadie, mucho menos en tantas personas que yo no he elegido—llamaron a la puerta con un par de golpes suaves de nudillos, y dijo—esa es la señal, tengo que hacer acto de presencia en la recepción, pero acompañenme por favor. E insisto Germán, usted se sentará a mi lado—lo siguieron hasta la puerta, y poco después, daba instrucciones a su secretario sobre la nueva ubicación de Germán en la mesa del embajador. A pesar de que pareció contrariado, asintió y le preguntó:

—Excelencia ¿y la acompañante del señor Cortés? —el embajador se quedó pensativo unos segundos y contestó,

—Debe acompañarnos, por supuesto—levantó la mano para que su

secretario no dijera nada, porque ya había abierto la boca para contestar—ya sé que contraviene el protocolo, pero busque la forma de solucionarlo y no me moleste con esto, Aleksandr—el secretario volvió a asentir y los acompañó al salón.

Mientras observaba la enorme y regia habitación llena de hombres y mujeres vestidos con sus mejores galas, Isabel bebía champagne y escuchaba la suave música procedente del cuarteto de cuerda que tocaba detrás de ella. Hacía diez minutos que aguantaba la paliza de un señor mayor bastante aburrido cuando vio a Germán, entonces sonrió disculpándose con su acompañante fortuito, y se dirigió hacia él. En ese momento Gilda hablaba con el policía,

—Yo diría que ha ido muy bien.

—No tengo con qué compararlo, pero yo creo que sí—ella asintió satisfecha y le dijo, mientras sonreía a su marido que se acercaba a buscarla.

—Sigue manteniendo los ojos abiertos.

—Por supuesto—mirando a Isabel supo que quería decirle algo por lo que, la tomó de la mano y fueron a buscar una bebida. Cogió dos refrescos y caminaron hasta llegar a uno de los extremos del salón, junto a una columna gigantesca desde donde nadie podía escucharlos, solo entonces, ella habló:

—Ramón Mesa está aquí, con Martina—Germán se atragantó con la bebida, aunque al menos consiguió no echársela por encima. Cuando dejó de toser, preguntó,

—¿Qué hacen esos dos aquí?

—Ni idea—Germán frunció el ceño incrédulo

—Pero ¿qué coño tienen que ver esos dos con los rusos? —Isabel se encogió de hombros, bebió un sorbo del refresco, y le dio la otra noticia,

—Pues cuando te diga quién más ha venido...

—¿Quién?

—Jorge Vela con la especialista en Rusia, imagino que así, las fuerzas del CNI y del Ministerio del Interior están igualadas—comentó irónicamente, Germán hizo una mueca pensando en lo bien que estarían los dos tumbados en el sofá de su casa, y con una mueca confesó,

—Esperaba que pudiéramos bailar, al menos una vez—ella lo miró con picardía mientras contestaba,

—En la primera oportunidad que haya, te prometo que dejo que me arrastres a la pista—cuando empezaron a salir juntos, ella no tenía ni idea de bailar y a él le encantaba. Al principio Isabel lo pasaba muy mal porque era bastante torpe, pero después de practicar durante meses, él había conseguido enseñarle lo suficiente para disfrutarlo.

—Está bien, te tomo la palabra—ella asintió—pero luego no puedes echarte atrás—cuando tenían tiempo, bailaban en el salón de su casa. Apartaban los muebles y practicaban allí, porque a ella todavía le costaba hacerlo en público.

—Prometido—selló la promesa con un beso rápido en los labios, y salieron de su escondite. Los camareros estaban avisando a los invitados de que debían sentarse en las mesas, y a ellos los condujeron a la del embajador. Cuando llegaron, en la mesa ya estaban sentados Vladimir, el general y Gilda, un violinista ruso que debía ser muy famoso en su país, y su mujer que era escritora.

A Germán, lo colocaron junto al anfitrión, de manera que los invitados

estaban distribuidos en una mesa redonda de la siguiente manera: el embajador y a su lado Germán, la escritora, el general, Isabel, y finalmente Gilda, que estaba al otro lado del embajador.

Le acababan de presentar al violinista y a la escritora, ambos eran rusos y hablaban en un inglés bastante malo. A Germán le pareció mucha casualidad que los otros dos invitados sentados en la mesa del embajador no entendieran español, por eso le susurró:

—Imagino que podemos seguir hablando mientras cenamos, siempre que sea en español ¿no? —Vladimir lo miró con aprobación,

—Por supuesto, me alegra ver que no me decepciona usted. Estoy dispuesto a contestar a sus preguntas, dentro de un orden, claro—estiró su servilleta con un movimiento elegante en el aire, y luego la dejó caer sobre sus rodillas. Germán le echó una mirada divertida, porque le parecía que el muy cabrón se lo estaba pasando bomba. Entonces vio, aunque su mesa quedaba algo lejos a Ramón Mesa con Martina, y entrecerró los ojos al ver que el secretario del embajador estaba sentado junto a ellos.

—¿Conoce a Ramón Mesa?

—Conozco a mucha gente, pero por el nombre no...—al poli le pareció que estaba jugando con él, entonces el embajador se limpió la boca de una mancha inexistente—¡ah, sí!, es un director de cine, ¿no es así?, y creo que mantiene una relación con una mujer bastante conocida en España—sonrió inocentemente— una empresaria.

—Sí, eso es—si se le podía llamar así a la dueña del prostíbulo más lujoso de Madrid, aunque estaba seguro de que esa información también la conocía el embajador.

—¿Sabe si su secretario tiene amistad con ellos?, desde aquí puedo ver

que están sentados en la misma mesa—el embajador se encogió de hombros.

—¿Aleksandr?, no sabría decirle querido Germán. Como espectador inocente en esta partida, y le aseguro que más inocente no puedo ser, siento la obligación de decirle que las apariencias, muy a menudo, engañan.

—¿Se refiere a que su secretario es inocente?

—Aleksandr es uno de esos empleados que no he elegido, me fue impuesto por Moscú—hizo un alto en la conversación observando la mesa, hasta que estuvo seguro de que nadie los escuchaba, porque estaban inmersos en una segunda conversación. Entonces le miró fijamente a los ojos mientras decía— se permite hacer ciertas...cosas que no haría, si yo pudiera mandarlo de vuelta a nuestro país.

—Entiendo—Germán de repente se dedicó a su comida, porque notó el silencio del resto de la mesa, y podrían escuchar lo que hablaban. Mientras el general comenzaba una conversación con el embajador, él siguió mirando hacia la mesa del secretario, a tiempo de observar cómo coqueteaba Martina con Ramón de manera algo exagerada, parecía pretender que todos se fijaran en ella.

El resto de la charla durante la cena fue insustancial, y después de tomar el postre, los comensales se fueron levantando animados por un cambio en el tipo de música. Una cantante había comenzado a cantar minutos antes baladas rusas, acompañada por el cuarteto. Los invitados comenzaron a bailar tímidamente, y Germán se levantó y se acercó a Isabel para llevarla a la pista.

Después de hacer el amor con Isabel, lo que más le gustaba en el mundo era bailar con ella, pero no solían encontrar tiempo para hacerlo. En cuanto dejaron que sus cuerpos hablaran entre ellos, les pasó lo de siempre, que se sintieron como si estuvieran solos en la habitación, y que se comunicaban sin

palabras. La energía pasaba entre ellos y los rodeaba, y esa fuerza conseguía que las personas que había a su alrededor dejaran de bailar para mirarlos. Pero a él solo le importaba la mirada de su mujer, que en ese momento tenía los ojos llenos de estrellas,

—Te quiero Isabel, nunca lo dudes—en ese momento no pudo callarse lo que casi nunca decía en voz alta.

—Lo sé, amor mío—él sonrió con suavidad y dieron otra vuelta alrededor de la pista mientras seguían en su mundo particular, aunque estuvieran rodeados de extraños, hasta que la música paró y el salón se llenó de aplausos. Ellos dos miraban a su alrededor sorprendidos y algo avergonzados, los primeros en acercarse fueron el embajador, Gilda y el general. Vladimir, en particular, parecía fascinado:

—¡Nunca había visto bailar de esa manera, eso no ha sido un baile, ha sido una declaración de amor! —Germán sonrió manteniendo la mano de Isabel en la suya y le dirigió una mirada para ver, satisfecho, que tenía la cara enrojecida de felicidad.

—¡Qué envidia querida!, te diría que me dejaras bailar con él, pero está claro que con otra no sería igual—a Isabel, que ese tipo de cosas le daban vergüenza, le costó contestar, pero lo hizo.

—Eso espero, porque lo quiero demasiado—él la miró estupefacto por su declaración, pero no pudo contestar porque molestaban al resto de bailarines, y les hicieron apartarse de la pista. Al girarse, se dio de bruces con Jorge Vela, que estaba solo en ese momento,

—¡Perdón! —el otro no contestó y se dio la vuelta para marcharse.

—Ese tío es un gilipollas—al menos podía confirmar que había una razón lógica para que le hubiera caído mal desde el principio.

—Ya lo sé, me lo has dicho varias veces—sonrió ante la ironía de ella.

—¿Qué te apetece? —Cerca de la puerta por la que se accedía a los baños, habían puesto una barra.

—Algo de naranja, lo que sea—él pidió lo mismo, y cogiendo sus copas comenzaron a pasear por la enorme habitación. Germán quería ver al director y a Martina, pero a pesar de ser más alto que la mayoría, no los veía.

—¿Los ves tú? —ella negó con la cabeza

—No, pero no sé qué piensas decirle.

—Ni idea, pero seguro que cuando los tenga delante se me ocurre algo.

—Ya, ya—Germán le hizo una señal al ver a Martina sola, a solo dos parejas de distancia, y decidió aprovechar la situación.

—Espera un momento—Isabel asintió, y dio un trago a la bebida volviendo cerca de la pista para ver a los bailarines—el poli se acercó lo más rápido que pudo a la dueña de “La mariposa azul”, y la saludó irónicamente,

—Cuánto tiempo sin verte, Martina—bebió un trago de naranja y esperó su reacción, pero el sorprendido fue el, porque ella estaba muy tranquila, como cuando habían hablado unas horas antes, lo miró con ojos de gata hambrienta antes de contestar,

—Hola Germán, siempre es un placer verte. No sabía que te gustaban las fiestas en las embajadas—Germán observó el vestido negro y las joyas que llevaba,

—Ni yo—la sonrió, aunque sus ojos no lo hicieron—veo que los negocios te van muy bien—se encogió de hombros sin responder, pero él se alegró al ver que había apretado los labios—no sabía que tenías relación con Ramón, lo he conocido hace unos días—ella volvió a sonreír.

—Un hombre encantador ¿a que sí?, si me disculpas tengo que ir al baño
—Germán la siguió unos segundos con la mirada, dio un trago a la bebida y comenzó a buscar a Isabel. Cuando le tocaron suavemente el hombro derecho se volvió, encontrándose con Gilda.

—¿Cómo va la noche?

—Bien, bien.

—Me parece que la tuya ha sido más interesante que la mía ¿conoces a esa mujer? —señaló a Martina que estaba llegando a la puerta de acceso a los baños.

—Sí, era una de las sospechosas en un caso que investigué, aunque de aquel asesinato era inocente, es la dueña de “La mariposa azul”—Gilda asintió sin sorprenderse, por lo que dedujo que ya lo sabía. Germán siguió su mirada, estaba observando cómo se acercaba el general, que parecía volver del baño, ¿por qué todos se habían ido allí a la vez?, no creía que hubiera una fiesta alternativa en el W.C....

—¿Cuántos años lleváis juntos? —se volvió hacia él con las cejas levantadas.

—Menos de los que crees. Cuando éramos jóvenes estuvimos juntos cinco años y luego nos separamos por la razón más tonta del mundo, porque ninguno de los dos quiso ceder en una discusión. Rehicimos nuestras vidas y no supimos el uno del otro durante mucho tiempo, cuando a Enrique le dieron la dirección del CNI hace 3 años, debido a mi trabajo, tuvimos que volver a tratarnos con regularidad—se encogió de hombros—y descubrimos que ninguno de los dos había olvidado al otro. Desde entonces, estamos juntos.

El general llegó junto a ellos y miró con cariño a su mujer, y Germán volvió a ver a Jorge Vela que estaba junto a su compañera, Vanesa Martín.

—Disculpadme, voy a buscar a Isabel—el general asintió mientras tiraba de su mujer para que lo acompañara a bailar.

Tras pasó la puerta que conducía al baño y la encontró en un pequeño recodo del pasillo donde había un par de sillas de terciopelo rojo, estaba sentada y descalza. Tenía los pies apoyados en el suelo, aunque era de mármol y estaba seguro de que estaba helado. Se acercó preocupado a ella,

—¿Qué pasa? — lo miró mordiéndose el labio, porque intentaba aguantar la risa,

—Es que no puedo con los zapatos, esto no me pasaba desde hace años... pero como son nuevos y con tanto tacón, tengo los pies destrozados. Me reiría si no me dolieran tanto.

—¿Y cómo es que no has dicho nada?, no hubiéramos bailado, ni nada de eso...además no cojeabas.

—No se puede cojear en un sitio así y con el vestido que llevo. Todo el mundo recordaría de la fiesta la morena con el vestido rojo que cojeaba— Germán sonrió,

—Está claro que no puedes seguir aquí, tenemos que ir a casa para que metas los pies en agua, o lo que sea que haya que hacer en esta situación.

—Pero ¿cómo nos vamos a ir? —lo señaló con el índice—ni se te ocurra decir que me duelen los pies, o te mato.

—Entonces, ¿qué propones?

—No lo sé, pero eso no. Van a pensar que soy idiota perdida, y quizás lo sea,

—Espera, déjame pensar un momento—miró su reloj, eran ya las doce y media—es tarde, les diré que tenemos que irnos. Que estamos cansados y que

tenemos que levantarnos a las 6.

—Eso tú, que estás como una cabra y te vas a correr a esas horas, aunque sea domingo—sin hacerle caso, se inclinó para ayudarla

—Vamos, ¿te ayudo con los zapatos? —ella ya se los estaba poniendo, cuando escucharon la voz de Gilda.

—¿Ya te han salido ampollas? —los dos la miraron sorprendidos, porque no se habían dado cuenta de que estaba allí. La mujer salió de la oscuridad y se acercó a ellos, entonces abrió su bolso y sacó una especie de sobre de plástico, que le dio a Isabel. Esta le preguntó,

—¿Qué es?

—Son tiras de silicona, pónelas en las rozaduras—se dirigió a Germán que la miraba alucinado— esto pasa mucho cuando los zapatos son nuevos, y sobre todo con tacones. Isabel, pónelos, te esperamos—la policía lo hizo con cuidado, ya que sentía dolor con solo rozar las heridas.

—Muchas gracias, estás en todo.

—Tengo mucha experiencia con estas cosas. Pero en realidad, venía para avisaros de que nos gustaría irnos, si os parece bien.

—Claro, estábamos hablando sobre eso—los dos miraron a Isabel que se había puesto en pie, de nuevo calzada y les decía sonriente, mientras daba un par de pasos con precaución:

—Me duele, pero puedo andar sin cojear, ¡esto es mágico!

—Sí, quédate con las que han sobrado para otra ocasión, en mi casa debo tener tres o cuatro sobres como ese—mientras caminaban dentro del salón, junto al general que los estaba esperando, Gilda les dijo —tenemos que despedirnos del embajador.

—Por supuesto, ¿dónde está? —Germán miraba por encima de la gente, hasta que lo vio.

—Sentado de nuevo en la mesa, parece que está tomando un té o algo así —se dirigieron todos hacia allí, los camareros estaban sirviendo todo tipo de infusiones. Vladimir se levantó al verlos acercarse,

—Queridos amigos ¿queréis té? ¿o cualquier otra cosa?

—No, muchas gracias—contestó Gilda—excelencia, venimos a despedirnos.

—Es una pena que no os quedéis un poco más, porque todavía queda lo mejor de la noche.

—No creo que ninguno de nosotros estemos preparados para una fiesta completa rusa—el embajador rio halagado, besó a las mujeres y estrechó las manos de los hombres. Dejó para el final a Germán y, se inclinó para susurrarle,

—Espero que soluciones todo lo antes posible, y recuerda que, si necesitas ayuda, no soy tu enemigo.

—Muchas gracias—inclinó la cabeza hacia él, y, al volverse, captó la mirada que cruzaron Gilda y el general.

En ese momento, tuvo la seguridad de que, tanto el general como su mujer, estaban deseando quedarse a solas para poder hablar con libertad sobre todo lo ocurrido. Quizás por eso, el trayecto en el automóvil se hizo en un tenso silencio.

DIEZ

Germán estaba repasando, de nuevo, los expedientes de los Cinco intentando encontrar algo que se le hubiera pasado por alto, aunque lo que realmente quería era llamar a Leo, pero era demasiado temprano para despertarle. Pasados unos minutos su móvil vibró, avisando de la llegada de un mensaje:

—“Ábreme la puerta del garaje, tenemos que hablar”—era Gilda, pulsó el botón de apertura y se levantó, muy extrañado, para ir a recibirla.

—¡Gilda está abajo! —gritó en el pasillo mientras iba hacia la puerta de acceso a las escaleras, que estaban junto a la sala de reuniones. Vio cómo Amaro lo miraba sorprendido, pero siguió andando y en cuanto llegó a la puerta, esta se abrió y entró ella.

—¡Germán!, perdóname que no haya avisado, pero me han anulado una reunión, y necesitaba que habláramos—miró hacia la sala de reuniones después de saludar a Amaro con la mano—¿te importa si nos sentamos aquí?, me parece más cómoda que tu despacho.

—Claro—la siguió dentro de la sala, ella se quitó el abrigo y lo dejó junto con su bolso, en la silla que tenía al lado, y luego se sentó con un suspiro. Él lo hizo frente a ella.

—Estoy agotada Germán, cada año que pasa es más difícil seguir el ritmo —él estaba de acuerdo, porque tanto Isabel como él estaban cansados—es cierto lo de que los años no pasan en balde. He venido para preguntarte tu opinión sobre Vladimir, si crees que nos mintió.

—Creo que no, pero sí que jugó un poco con nosotros, me parece que le gusta complicar un poco las cosas.

—¡El bueno de Vladimir!, para un ruso nada es sencillo y él está en una posición difícil, pero lo está haciendo muy bien.

—¿Una posición difícil?

—Sí, no es ningún secreto que su gobierno no confía en él, porque creen que no está de acuerdo con su política. En cierto momento, aunque de manera discreta, Vladimir se permitió hacer algunas críticas sobre el régimen, de las que yo creo que posteriormente se arrepintió.

—Pero entonces lo normal sería que lo destituyeran, es un cargo de confianza, ¿no es así?

—Sí, pero él está en posesión de algo, aunque ninguno sabemos qué es, que hace que no se atrevan a retirarle de su puesto.

—Por eso le ponen espías entre sus propios empleados—ahora entendía sus comentarios.

—Efectivamente, veo que te lo ha dicho.

—Sí, le pregunté por su secretario, porque estaba sentado con Ramón Mesa y Martina Rey, la dueña de “La mariposa azul”

—Sí, la conozco, y ¿por qué te preocupó que se sentara con ellos?

—Porque no me gusta Ramón Mesa, me parece sospechoso, además de que ha habido dos muertes entre los miembros del equipo de esa película, a las que nadie ha prestado atención, ¿no te parece raro? —al contrario de lo que esperaba, ella lo miraba sorprendida.

—Es curioso, yo nunca hubiera pensado en Ramón como sospechoso.

—¿Por qué?

—Hay cosas que no puedo contarte, además me parece mejor que no lo sepas, prefiero que lo veas todo sin ningún tipo de condicionamiento.

—¿Se sabe algo nuevo del Californio?

—No, estamos en contacto permanente con el Centro de Satélites y todavía no han detectado nada. Tememos que parte de la nota haya sido escrita para despistar, y que el Californio ya esté en España.

—No se me había ocurrido, pero es posible, claro.

—¿Qué más te dijo Vladimir?

—No mucho, solo lo del secretario, que se lo habían impuesto desde Moscú. Estoy seguro de que no se fía de él. ¡Ah! y que contara con él si había algo en lo que me pudiera ayudar, estuvo bastante agradable. También dijo que las apariencias engañan—Gilda frunció el ceño

—¿Dijo eso?, es curioso...—tabaleó durante un momento con los dedos en la mesa con la mirada perdida, y confesó—pienso lo mismo que tú: que nos dijo la verdad, y creo que está muy preocupado, aunque no lo demuestre. También estoy convencida de que el gobierno ruso no tiene nada que ver con lo del Californio. El CNI va a intentar conseguir información con los datos que nos dio sobre el robo de Californio, ¿lo recuerdas?

—Sí, claro, que ocurrió en el Extremo Oriente Ruso, y que no quedaba nadie como testigo, ¿te refieres a eso?

—Sí, es evidente que los rusos ocultaron el incidente, al menos internacionalmente, pero sí que quedaron algunas personas con vida, los ladrones.

—Sí—Gilda se levantó.

—No puedo quedarme más, tengo el tiempo justo para llegar al CNI, el ministro va hacia allá y debo acompañarle. Germán, por favor sigue tu instinto, tengo plena confianza en él—la acompañó hasta el garaje, y antes de subir al coche, le dijo—recuerda que no estás solo en todo esto, pídenos ayuda si la necesitas. Suerte—se quedó mirando el coche, hasta que desapareció de su vista.

—Había algo en los movimientos de uno de los miembros del Consejo que me llamó la atención y cuando se lo enseñé a Isabel, me dijo que buscara en las cuentas de los demás, por si había algo similar—Dominó le explicaba por qué le estaba enseñando unos extractos bancarios en los que aparecían idénticas compras de acciones, de la misma sociedad y en la misma fecha. Germán observó las páginas concentrado, mientras que Isabel y Dominó esperaban, los tres se habían reunido en el despacho de él. Frunció el ceño al repasar los nombres de los titulares de las cuentas,

—¿Cinco de los ocho componentes del consejo de administración, compraron las mismas acciones, el mismo día? —Dominó asintió, muy seria.

—Cinco de momento, porque todavía no hemos recibido la información de los tres restantes, aunque la tendremos hoy—Isabel estaba segura ya que acababa de reclamarla. Germán asintió con los ojos brillantes y dijo,

—Esto es muy raro—las chicas se quedaron en silencio mientras él pensaba en las posibilidades—hay que hablar con Delitos Económicos. Isabel, por favor, llámales y cuéntales lo que hemos descubierto, que te digan todo lo que sepan de...—leyó el nombre que aparecía en la compra de las acciones— PORDEMÁS, S.L., ¡vaya nombrecito! Pregúntales si esas compras son normales, o si creen que pudieron utilizar información privilegiada para hacerlas. Diles que la consulta es muy urgente, porque

estamos en medio de un caso con múltiples asesinatos. Y Dominó, tú completa sus historiales, a ver si encontramos algo más. Buen trabajo a las dos, y gracias.

Después de que se fueran, él volvió a analizar los extractos, y cinco minutos más tarde se quedó atónito al ver dónde, uno de ellos, había realizado varios pagos con tarjeta. Entonces, se le ocurrió una idea, era algo traído por los pelos, pero podría suponer el móvil de esa persona para cometer el asesinato. Afortunadamente tenía un amigo que le podría ayudar a aclararlo, Martín. Miró la hora, todavía no eran las nueve de la mañana, si quería pillarle despierto, tenía que llamarle ya, porque trabajaba por la noche, en el Servicio de Control de Juegos de Azar, o Juego, como lo llamaban los polis.

Mientras hablaba con Martín, su móvil vibró. Sonrió al ver el mensaje, Leo se había despertado y tenía noticias, le pedía que fuera temprano si podía, porque tenía dos videoconferencias con EEUU que podían durar gran parte de la mañana.

—¡Menos mal!, ¡Isabel! —la llamó mientras cogía las llaves del coche, el móvil, y su abrigo —¡nos vamos a casa de Leo! —mientras la esperaba se asomó al despacho de Amaro que no estaba, y recordó que ese día llegaría más tarde. Su compañera apareció por el pasillo con el abrigo puesto, momentos después

—Vámonos, estoy deseando que me diga lo que ha descubierto

—Y yo. Si te parece bien, cuando salgamos de su casa, podemos seguir con los interrogatorios.

—Estupendo—los dos se metieron en el coche y Germán arrancó sin perder un segundo. Recorrieron el trayecto en un tiempo sorprendentemente

corto, y cuando iban a llamar al timbre de su puerta, Leo abrió la verja del jardín, los estaba esperando y parecía muy emocionado.

—Pasad y cerrad la puerta—lo siguieron al salón donde estaba puesta la televisión, que apagó, se dio la vuelta y miró a Germán con cara de alucinado,

—¡Tío!, ¡he encontrado la respuesta a tu pregunta en el artículo de una revista científica! Habla de por qué se les dio hace un par de años, el premio Galeno a un grupo de científicos rusos—Germán e Isabel lo miraron con cara de no entender nada, y el Genio aclaró—es el equivalente al Nóbel en el sector farmacéutico.

—Leo, tendrás que concretar, y con expresiones sencillas a ser posible—se sentaron, y, antes de que les dijera nada más, el policía le preguntó—lo más importante para nosotros es saber si lo que te pregunté es factible.

—Sí. Cuando me lo preguntaste no tenía ni idea, pero gracias a lo que han inventado esos científicos es posible—se encogió de hombros—lo he consultado con Vlad, y cree que es viable, además conoce a uno de los que trabajan en el laboratorio, porque estuvo con él en la universidad. Claro que hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que, a ese laboratorio, que es el único donde se realiza esa técnica y que está en Moscú, lo protege el ejército ruso día y noche, a pesar de que el capital que lo mantiene es privado.

—Es posible que alguien que trabaje con ellos, haya vendido la fórmula.

—¡Imposible!, me ha asegurado Vlad que allí no entra nadie que no esté totalmente controlado por el gobierno de Putin.

—Bueno, luego pensaremos cómo han podido hacerlo, pero primero, explícame eso que han inventado.

—Por supuesto. Lo primero que hay que aclarar es que la finalidad de esta investigación, que empezó hace unos diez años, es ayudar a la curación de enfermedades muy graves, principalmente el cáncer. Ahora te paso al móvil el informe que publicó la revista rusa, traducido al inglés, pero básicamente explica que los rusos han creado unos nano-robots capaces de llevar la medicación a una célula enferma, lo que no perjudicaría a las células sanas. Esos nano-robots, actúan mediante órdenes externas, pudiendo estar en suspensión en la sangre durante mucho tiempo, hasta que cumplen su cometido.

—Imagino que, en lugar de medicina, podrían transportar bacterias...

—Eso es lo que le he consultado a Vlad y me ha dicho que sí—Germán habló en voz alta, pero por su cara no fue consciente de que lo estaba haciendo, sino que parecía que hablaba para sí mismo,

—De esa manera el período de incubación no tiene importancia porque, aunque las bacterias estén inoculadas, no comenzarán a realizar su trabajo hasta que no se les ordene a los nano-robots que las distribuyan por el organismo de la víctima y las active.

—Parece ciencia ficción, pero es real, la técnica existe desde hace cuatro años—apuntó Leo, pero el policía se quedó callado—tenías razón Germán, en todo.

—¿Me estás vacilando?, no tenía ni idea de cómo se podía hacer—su amigo rio ante su humildad.

—Es normal que no lo supieras, ninguno lo sabíamos. Tendrías que ser un experto en ese campo, por cierto, que Vlad me ha dicho que cualquier

duda que tengas, por favor que le llames.

—¡Rusia otra vez! todo lo que ocurre parece girar en torno a ese país—se pasó la mano por la mandíbula luchando contra el cansancio

—¿Y lo del Californio, lo tenéis controlado? — Germán contestó con ironía.

—Mas o menos—se levantó sabiendo que no podía perder ni un momento —vámonos Isabel, muchas gracias Leo—le dieron un abrazo y se fueron. En el coche, Isabel, que todavía no había podido asimilarlo, le dijo

—Esto parece una película.

—Sí, recuérdame cómo se llama la chica a la que vamos a ver—ella miró su móvil y contestó.

—Claudia Barco, era amiga y socia del médico, tienes que meterte en la M-30, porque su clínica pediátrica está en Leganés. Recuerda que el médico era el novio del hijo del juez Lafuente.

—¿Es que estoy mayor y olvido las cosas? —preguntó con ironía.

—No, pero te conozco—sabía que estaría deseando enfrentarse al juez, porque se había aprovechado de su estatus cuando interrogaron a su hijo.

—Ya, recuerdo perfectamente las instrucciones de Amaro. Pero cada vez estoy más seguro de que todos estos casos son asesinatos, así que no creo que deba ser demasiado delicado con “su señoría”

Era una clínica nueva y alegre, a la derecha estaba la sala de espera donde había varias madres sentadas con sus hijos, y a la izquierda, una chica con una bata blanca sentada ante un escritorio que los observaba con una sonrisa, por lo que se dirigieron a ella

—Buenos días, tenemos que hablar con Claudia Barco—la muchacha comenzó a negar con la cabeza, pero enseñaron las placas antes de que siguiera.

—Un momento, está con un paciente, iré a preguntar—salió hacia el pasillo casi corriendo, y ellos se volvieron a mirar a las madres que los observaban con cara de mala leche, seguras de que intentaban colarse. Entonces se escuchó la voz de la chica desde el pasillo,

—Por favor, vengan un momento—la siguieron antes de que se sublevaran las masas, y los metió en una habitación pequeña y sin ventanas donde había un microondas, una cafetera, y una mesa con cuatro sillas.

—Aquí debe ser donde desayunan—comentó Isabel después de echar un vistazo, porque era igual que una habitación de la comisaría en la que trabajaba antes de conocer a Germán.

—Y casi todos los días, también como aquí—la recién llegada tenía aún más cara de cansada que ellos, y rondaba los treinta años. Llevaba una bata blanca y un estetoscopio de color rosa chicle—me ha dicho Reyes que sois policías—volvieron a enseñar las placas y ella las ojeó rápidamente, y después miró su reloj—acabo de decirle a una madre con dos niños, a los que les estaba haciendo una revisión, que he tenido que salir a atender una urgencia. Como mucho puedo faltar diez minutos, y llevo dos fuera.

—Está bien, no creo que necesitemos más tiempo. Queríamos hacerte unas preguntas sobre tu antiguo socio, Francisco Jiménez Matís—ella los miró al principio sorprendida y luego horrorizada—es solo una formalidad, no es que haya ocurrido nada...—Germán al ver su expresión intentó justificarse, pero ella se revolvió.

—¡Venga ya! Mi padre ha sido guardia civil durante 35 años, hasta que se

jubiló y sé cómo funcionan estas cosas—se dejó caer en una de las sillas como si las piernas no le funcionaran, y se quitó el estetoscopio dejándolo sobre la mesa—hace meses que murió, ¿qué ha pasado ahora? —pero otra idea se debió pasar por la cabeza—¿o vuestra investigación no es sobre su muerte?

—No podemos hablar de ello, si eres hija de un compañero, lo sabrás—ella asintió, cada vez más pálida.

—¿Qué queréis saber?

—Creo que erais muy amigos. Incluso tenías que encargarte, según el testamento, de sus cosas cuando muriera.

—Sí, dejó la casa y todo lo que tenía a dos organizaciones benéficas que ayudan a los animales—sonrió, pero era una sonrisa triste—era un gran hombre, el mejor. Sentaos si queréis.

—Sabemos que tenía un hermano, ¿se llevaba bien con él?, ¿no tenía más familia?

—Sus padres murieron cuando los dos eran niños, y los crío su tía Pilar, la única hermana de su padre. A la pobre hace un par de años tuvieron que internarla en una residencia con Alzheimer.

—Es extraño que no nombrara a su hermano como albacea en el testamento.

—Se querían mucho, pero no se llevaban demasiado bien; siempre acababan discutiendo, era casi una tradición familiar.

—Parece que los conoces bien,

—Sí—hizo una mueca—hice medicina con Paco, éramos novios desde la adolescencia, y entraba en su casa como si fuera la mía. Por eso sé todo lo

que ocurría entre ellos, y siempre me he sentido culpable por la mala relación que había entre los dos.

—¿Y eso?

—Cuando acabamos la universidad, Paco me confesó que era homosexual. Habíamos hecho grandes planes para el futuro que incluían montar esta clínica—señaló las paredes—e irnos a vivir juntos, por supuesto. Pero cuando me hizo aquella confesión dejamos de vernos, fue porque yo se lo pedí. Necesitaba mantenerme lejos, no podía seguir viéndole todos los días, me dolía demasiado—suspiró de tal manera que a Isabel se le pusieron los pelos de punta— con el tiempo lo perdoné, pero no creo que su hermano lo hiciera nunca, a pesar de que aceptó su nueva condición sexual.

—Pero ¿por qué dices que te sientes responsable de que se llevaran mal?

—Porque, Iñigo, su hermano, no lo perdonó debido al cariño que me tenía —a Germán no se le escapó el gesto que hizo, aunque intentó disimularlo—A pesar de todo, Iñigo se casó hace 5 años y tiene dos niños preciosos, y soy madrina de uno de ellos del que Paco también era padrino—miró la cara de sorpresa de los policías—sí, sé que es raro, pero son mi familia. La casa de su tía Pilar era como si fuera la mía, era una mujer realmente entrañable, creo que pasé más tiempo con ellos durante mi adolescencia que con mis padres. De hecho, los fines de semana que puedo, me acerco a verla a la residencia, si tiene un día bueno, me reconoce, si no le doy un beso y le leo un poco, le encantaba leer.

—¿Y después?, ¿cuándo volvisteis a tener relación? —Claudia salió de su ensoñación y miró a Isabel antes de responder.

—Llevaba un par de años sin saber nada de él y yo estaba trabajando en una clínica como doctora. Una tarde me llamó al móvil, intenté mantenerme

firme y decirle que no estaba preparada para que nos viéramos, porque todavía me dolía lo que me había hecho, pero no pude—ante la mirada de los dos, intentó justificarse—sé que es difícil de entender, pero Paco era un hombre encantador y muy cariñoso, era casi imposible negarle nada, al menos para mí. Él Acababa de volver de África donde había estado durante un año con Médicos sin Fronteras y venía entusiasmado, con muchas ideas para montar la clínica—movió la cabeza con incredulidad— a pesar de todo, seguía queriendo que fuéramos socios, aunque no tenía dinero, igual que yo.

—Entonces ¿cómo consiguieron hacerlo? —Germán miró a su alrededor, reformar aquel local habría costado mucho.

—Su hermano nos dejó el dinero, aunque habíamos pensado pedir un préstamo, insistió en hacerlo.

—Pero si quería seguir con este proyecto, ¿por qué desapareció dos años? —había algo que no cuadraba.

— Cuando me dijo que era homosexual, también me explicó que necesitaba... comprobar si lo era totalmente—Isabel miró a Germán, y ella fue la que preguntó,

—¿Quiere decir que necesitaba comprobarlo sexualmente?

—Sí. Sin entrar en detalles, quería mantener relaciones con distintos hombres para saber si era lo que quería de verdad. Cuando me lo dijo, me cabreeé mucho y le dije de todo, por eso, y a pesar de que me estuvo llamando durante varias semanas, no le cogí nunca el teléfono—se encogió de hombros —y no supe nada más de él hasta que volvió a aparecer en mi vida. Finalmente, nuestro sueño se hizo realidad aquí, hace tres años, y aunque sé que resulta increíble, hemos sido muy felices hasta que murió; la enfermedad que lo mató se manifestó de repente, con una virulencia increíble. Todavía

me cuesta creer que no lo vaya a ver nunca más—se limpió discretamente una lágrima que le caía por la mejilla.

—Necesitamos que nos hables de su novio, Manuel Lafuente—ella frunció el ceño al escuchar a Germán.

—Ese chico es un niño mimado, y se lo dije a Paco la primera vez que lo traje. A mí no me soportaba, a pesar de que él le explicó que solo éramos amigos, pero que no iba a dejarme de lado porque él se lo dijera; un día Paco se lo dejó muy claro delante de mí, su novio se había presentado aquí cuando estábamos preparando la agenda para el día siguiente. Manuel tenía una actitud muy agresiva y hasta pegó a Paco, yo llamé a la policía, pero Paco me quitó el teléfono y colgó, entonces le dijo que se fuera, que no quería volver a verle—las lágrimas corrían por sus mejillas sin que hiciera ningún esfuerzo por ocultarlas, e Isabel le dio un pañuelo de papel—gracias. Yo no volví a ver a Manuel, pero Paco tuvo varios encontronazos más con él, me dijo que la situación era insoportable porque Manuel se había vuelto tremendamente celoso y agresivo. Al final, no tuvo más remedio que denunciarlo, pero entonces Manuel, seguramente asesorado por su padre, hizo lo mismo. El abogado le dijo a Paco que era muy difícil que las denuncias prosperaran porque, ninguno de los dos aportaba pruebas.

—Hemos leído en su historial que a Paco le operaron de apendicitis unos meses antes de morir, ¿tuvo algún problema en recuperarse o pasó algo en ese tiempo que te llamara la atención?

—No, se recuperó enseguida, lo normal para un hombre joven y sano, precisamente por eso me sorprendió tanto la peritonitis que apareció después.

—Yo pensaba que ocurría por la inflamación del apéndice, y que no podía ocurrir si te lo habían extirpado, pero ya me ha dicho un amigo médico que no es así.

—No. A veces ocurre, pero no siempre es por el apéndice.

—Entiendo, una última pregunta, imaginemos, que existiese la posibilidad de que la muerte de Paco fuera un asesinato, ¿dirías que el asesino, en ese caso, sería Manuel Lafuente?

—No tengo ninguna duda, si científicamente fuera posible que lo hubieran asesinado, pondría la mano en el fuego de que el responsable sería él.

Pasaban quince minutos de las doce cuando aparcaban en la calle Velázquez cerca del despacho de Iñigo, el hermano de Francisco Jiménez Matís. Al entrar en el piso, antiguo, pero lujosamente reformado, una señorita los saludó preguntándoles qué querían. Cuando le dijeron que necesitaban hablar con él, les contestó que era imposible sin cita, entonces se identificaron y ella les pidió que la acompañaran. Los llevó a una de las habitaciones, donde les dijo que esperaran unos minutos. Poco después se presentó ante ellos Iñigo Jiménez Matís, un hombre alto y trajeado, moreno y de complexión fuerte, que lanzó a Germán una mirada oscura, afilada, y seria,

—Buenos días, tengo que ir al juzgado, si están aquí por algún caso que estoy defendiendo...—Germán lo frenó antes de que siguiera, porque el abogado tenía tanta prisa que no les había pedido sus nombres.

—No, venimos para hacerle unas preguntas sobre su hermano—él hombre lo miró fijamente y frunció el ceño, pero Germán se mantuvo callado.

—¿Sobre Paco? —el abogado los miró desconcertado—debe ser un error, Paco murió por una infección, y no tuvo ningún problema con la justicia, exceptuando las denuncias por la relación con su expareja.

—Precisamente sobre eso queríamos hablarle.

—¿Están investigando la muerte de mi hermano? —esperó unos segundos, y al ver que no contestaban continuó— nadie me ha comunicado nada, y tengo buenos amigos en la policía.

—Nuestra investigación no es oficial, al menos todavía—Iñigo lo miró fijamente.

—¿Quién es usted?

—Germán Cortés, y ella es Isabel Martín.

—Ya—cuando le dijo cómo se llamaba, pareció entender todo.

—Siéntense por favor, voy a pedir a mi secretaria que avise que llegaré unos minutos tarde al juzgado—volvió dos minutos después y, cuando cerró la puerta, se dirigió a Germán,

—He oído hablar de la nueva brigada—sonrió al ver la mirada de Germán—les he dicho que tenía amigos en la policía, y a algunos no les gusta lo que están haciendo ustedes. Pero nunca se me hubiera ocurrido que uno de los casos que investigarían, sería el de mi hermano... ¿Qué ha ocurrido para que lo estén revisando?

—Usted sabe perfectamente que no puedo darle información—este hombre sabía demasiado para tragarse lo de la investigación aleatoria.

—He oído hablar de sus investigaciones Cortés, y sé que está considerado uno de los mejores inspectores del cuerpo, sino el mejor—se echó hacia atrás en la silla y observó al policía unos segundos—está bien, pregunte lo que sea. Contrariamente a mi costumbre, me fiaré de la policía sin cuestionar nada.

—Se lo agradezco. Primero, creo que debo decirle que hemos estado hablando con Claudia Barco hace un rato—el gesto que hizo Iñigo fue casi

inapreciable, pero, durante un instante su rostro perdió parte de su dureza, pareciendo más humano, y Germán se sorprendió al ver la profundidad de los sentimientos que tenía por ella—nos ha contado que usted se enfadó mucho con su hermano cuando le confesó que era homosexual, y ella cree que fue en parte por ella.

—Claudia siempre tan amable—sonrió irónicamente,

—Entiendo que está siendo irónico, es decir que nos ha mentado.

—No, lo que les ha contado es verdad, pero no es toda la verdad. Paco no era el único que estaba enamorado de Claudia, yo también lo estaba y se lo dije, pero lo eligió a él y yo lo acepté. Cuando, después de años de ser novios, nos dijo que era homosexual, casi me volví loco—miró un momento hacia la pared respirando profundamente, Germán sabía que estaba intentando controlarse— había hecho que ella perdiera todo ese tiempo, cuando...

—Cuando podía haber estado con usted—terminó la frase por él, y el abogado se encogió de hombros.

—Digamos que sí. Yo quería mucho a mi hermano, hubiera muerto por él, pero creí y todavía lo creo, que solamente estuvo con Claudia para que yo no estuviera con ella. Y la prueba es que confesó que era gay cuando yo me prometí con mi actual mujer.

—¡Que triste! —Isabel pidió perdón por su comentario, al ver la mirada de los dos hombres

—Lo fue, y muy doloroso. Ahora estoy casado y tengo dos hijos, y ya no hay marcha atrás—cuando lo miraron con curiosidad porque los dos pensaron en el divorcio, aclaró— soy una persona muy responsable, quizás demasiado.

—Claudia también nos ha contado que los ayudó económicamente a poner la clínica.

—Ella sabe que la ayudaré siempre, en todo lo que pueda. Si dejamos aparte a mi mujer y a mis hijos, es la única familia que me queda, exceptuando a mi tía Pilar. Me imagino que les habrá hablado de ella—asintieron al escucharle—cuando Claudia va a ver a mi tía Pilar, la reconoce más a menudo que a mí—sonrió con nostalgia, en ese momento no parecía un poderoso abogado, solo un hombre triste.

—¿Qué puede decirnos de Manuel Lafuente? —el cambio de su gesto fue brutal, y pasó de la tristeza a la rabia en un momento.

—Pues que es un desequilibrado protegido por el juez Lafuente, su padre, y, a pesar de las numerosas denuncias que interpusimos contra él, no conseguí que salieran adelante más que un par de ellas. En la judicatura también hay corporativismo, y a veces una llamada de teléfono hace mucho daño, aunque eso sea algo muy difícil de demostrar.

—¿Considera a Manuel Lafuente capaz de asesinar? —se quedó pensativo durante unos segundos, y luego contestó,

—Sin ninguna duda, es un hombre impulsivo y tremendamente agresivo. Lo que he dicho de que es un desequilibrado, es cierto, ese hombre debería estar encerrado en una institución mental, pero mientras su padre siga protegiéndolo, va a ser muy difícil que eso ocurra—Germán hizo un gesto a Isabel y se levantaron.

—Gracias por ser tan sincero, no le molestamos más. Si tenemos noticias, le avisaremos—salieron hacia la puerta, pero el abogado lo llamó.

—¡Inspector! —Germán se volvió e Iñigo caminó hacia él hasta que estuvieron a pocos centímetros, y lo miró a los ojos—por lo que he oído sobre usted estoy seguro de que, si hay algo turbio en la muerte de mi hermano, es la persona adecuada para descubrirlo. Dicen que nunca se rinde

—Germán sonrió porque en su trabajo era muy importante ser tozudo, y él era bastante cabezón—considero un favor personal que se esté encargando de este caso, y yo siempre devuelvo los favores. Gracias por lo que está haciendo.

—De nada. me gustaría decirle que encontraré al culpable y lo llevaré ante la justicia, pero no estoy seguro de conseguirlo. Lo que sí puedo prometerle es que lo intentaré con todas mis fuerzas—el abogado asintió y se estrecharon las manos. Al salir a la calle Isabel comentó,

—Da la sensación de ser un mal enemigo—él asintió y añadió,

—Sí, y tremendamente desgraciado.

Comieron en una especie de taberna situada en una callejuela escondida, perpendicular a Velázquez. Casi no había clientes, pero todavía era temprano, y por eso se permitieron el lujo de alargar unos minutos el café,

—¿Tienes preparado el interrogatorio? —Germán asintió mirando su taza vacía, y explicó

—Ayer repasé sus cuentas, y estaban secos cuando su tío murió.

—Sí me acuerdo de que, en ese momento, estaban de crucero.

—Les voy a preguntar cómo lo pagaron

—Ese tipo de gente se suele desenvolver muy bien para vivir del cuento, son capaces de hacer lo que sea con tal de no trabajar—ninguno de los dos hermanos tenía vida laboral a pesar de tener 40 años, y actualmente vivían de los beneficios de la fábrica. Dando por terminada la comida, se encaminaron al domicilio de los hermanos que estaba a diez minutos andando, en uno de los barrios más lujosos de Madrid.

Les abrió la puerta una empleada de hogar de unos sesenta años, que los miró extrañada cuando se identificaron como policías y que después de hacerles pasar al salón, fue en busca de los dueños,

—No está mal la casa que han heredado de su tío—Isabel paseó la mirada a su alrededor, observando la pantalla de cine y el proyector que había en el techo.

—Desde luego—la señora volvió, y se dirigió a Germán con la cara muy roja,

—Lo siento, pero no me había dado cuenta de que los señores no están en casa—Germán sonrió irónicamente y miró a Isabel que abría los ojos incrédula, el poli se dirigió a la mujer que esperaba avergonzada

—Está bien, no se preocupe, ya nos vamos. Cuando los vea...dígalos que volveremos otro día, y esto es por si usted nos puede llamar en otro momento — deslizó una de sus tarjetas en su mano porque estaba claro que estaban en la casa, pero no quería que ella tuviera ningún problema

—Los acompaño a la puerta—cuando ya estaban a punto de entrar en el ascensor, susurró—esperen un momento—cogió papel y boli de la mesa de la entrada y escribió algo y, después de mirar hacia atrás para estar segura de que no la veían, se lo dio a Germán y le dijo, antes de cerrarle la puerta en las narices,

—Llámela—en la nota había un nombre, Delia, y un número de teléfono.

Él lo hizo cuando ya estaban en la calle, mientras murmuraba

—¿Quién será?, porque no tenían más familia que sepamos, solo quedaban los sobrinos y el tío...

—Sí, eso es lo que ponía en el historial.

—¿Delia?—Germán se tapó el oído libre, porque en ese momento pasaba una ambulancia—sí, ahora la escucho, me llamo Germán Cortés, soy policía y estoy investigando la muerte de José Luis Vázquez García, creo que usted lo conocía...—ante el silencio que se hizo al otro lado de la línea, preguntó—¿oiga, sigue usted ahí?¿me oye?—hizo un gesto a Isabel para que comenzaran a andar hacia el coche—por supuesto, podemos quedar ahora mismo, estamos en...¡ah! de acuerdo, ¿y dónde quiere que nos veamos? —cruzaron la calle por el semáforo y, cuando colgó le dijo a Isabel, acelerando el paso.

—Tenemos el tiempo justo para ir al Parque de Berlín, nos espera en el monumento a Beethoven dentro de quince minutos.

Era una mujer alta y tranquila, que rezumaba elegancia de manera natural. Después de las presentaciones miró su reloj y dijo,

—Tengo que volver a ocuparme de mi marido en una hora porque la persona que lo cuida durante el día se va a las cinco.

—No hay problema—como tenían prisa, Germán no tenía más remedio que ir al grano, y le preguntó lo que se había imaginado cuando ella le dijo que no quería que fueran a su casa—entonces ¿su marido no conoce su relación con José Luis?

—No, no tiene ni idea—suspiró mirando la fuente que tenían enfrente, estaban sentados en uno de los bancos que había cerca del monumento—mi marido tiene E.L.A. desde hace 10 años, y está en fase terminal. Eso dicen los médicos, aunque que lleva así 4 años—miró a Isabel—por eso no quiero que se entere de mi relación con Luis, él prefería que lo llamaran Luis. Por supuesto, ayudaré en lo que pueda, pero me extraña que conozcan mi

existencia.

—Nos ha dado su nombre y su teléfono la señora que trabaja en casa de los sobrinos del señor Vázquez.

—¡Ah, Maruja!, ahora lo entiendo. Esa era la residencia de José Luis, y Maruja llevaba trabajando para él veinte años. Por eso me conoce.

—Ya—Germán le hizo un gesto a Isabel y ella siguió preguntando—¿su relación con él era de naturaleza íntima?

—Si se refiere a si teníamos relaciones sexuales, la respuesta es que sí. Aunque nuestra relación era mucho más que eso, estábamos enamorados, no sé si me creerán, aunque tampoco me importa demasiado, pero era así. Cuando estábamos juntos vivíamos como si fuéramos una pareja, los pocos momentos que podíamos robar para nosotros los exprimíamos al máximo, yendo a cenar, al cine o a la ópera, o haciendo el amor por supuesto.

—¿Se conocían desde hacía muchos años?

—No—sonrió—qué va. Desde hacía siete años, y de la manera más tonta. Él era el dueño de la fábrica donde se hacen las camisas que yo compro para mi marido. A Teo, mi marido, a pesar de estar casi siempre en casa, le gusta que le pongamos una camisa todos los días. Suele mantener videoconferencias diariamente con varias asociaciones con las que colabora, y siempre ha sido muy puntilloso con la ropa. Además, como era fisioterapeuta lleva un diario detallado desde el principio de su enfermedad de los músculos que le van fallando, y mensualmente realiza informes de su estado que envía a las entidades que investigan la E.L.A.

—Parece una gran persona.

—Sí—suspiró—lo es. El caso es que se me ocurrió que sería muy útil una camisa que estuviera abierta a los lados, para que no fuera tan difícil

ponérsela a los enfermos, y las mangas se podrían cerrar con velcros. Eso supondría una gran ayuda para casos como el de mi marido. Mandé un email a un correo de la fábrica que encontré por internet, y para mi sorpresa, un par de meses después me contestó Luis, y me dijo que quería quedar conmigo, porque necesitaba unas aclaraciones sobre el boceto que yo les había enviado —sonrió ruborizada—la verdad es que dibujo fatal, pero estaba tan desesperada que les envié un dibujo, aunque era horrible claro. Luis vino un día a casa y habló con mi marido, y luego estuvo preguntándome aspectos concretos del modelo que yo quería. Incluso le enseñé una especie de prototipo que yo había hecho con una camisa vieja, y él al verlo me dijo que ya entendía lo que quería. Cuando se iba, me preguntó si podría invitarme a comer algún día, yo creí que sería para hablar sobre las nuevas camisas y le dije que sí—Isabel la miró asombrada y ella se sintió obligada a aclarar—sí, ya lo sé, fui muy inocente, porque en la comida no hablamos de ese tema. Quería conocerme mejor, me quedé sorprendida al saberlo, y me sentí a la vez halagada y culpable. Nunca me había ocurrido algo así, yo no soy una mujer especialmente atractiva, pero, por lo visto, a él se lo parecía—se calló mientras recordaba, y Germán decidió preguntar,

—Y después ¿qué ocurrió?

—Lo normal, que me sedujo. Debo decir que yo fui totalmente consciente de ello desde el principio, y también de que él no quería ningún tipo de relación. Más tarde me confesó que creyó que con unos cuantos encuentros conmigo, le bastaría. Él nunca había sentido la necesidad de tener una relación seria con ninguna mujer, era muy vital, y le gustaba disfrutar de todo en la vida. Una vez le pregunté que cómo podía vivir sin tener alguien al lado que lo quisiera de verdad, y me contestó estas palabras: ¿para qué me voy a condenar a comer siempre una hamburguesa en casa, cuando puedo elegir cualquier tipo de carne fuera? —Isabel apretó los labios porque le pareció el

típico comentario machista

—Y ¿usted también estaba de acuerdo con verle solo unas cuantas veces?

—Yo...no lo sé—negó con la cabeza—al principio luché contra ello, me negaba a ser infiel a mi marido, pero luego lo acepté como un regalo. Llevaba demasiados años sin sentir a nadie que me abrazara con cariño, ni la piel de otra persona bajo mis manos. Pero cuando me decidí a aceptar, creí que aquello duraría unas semanas o un par de meses como mucho. Por eso me sorprendí tanto cuando la relación se fue alargando, y Luis no daba señales de querer terminarla. Cuando llevábamos un año viéndonos, me dijo que necesitaba que lo acompañara al notario, y que luego iríamos a comer. Aunque me sorprendió, lo hice, porque no podía negarme a nada que me pidiera.

—Y ¿por qué lo tuvo que acompañar?

—Una vez que estuvimos sentados en la sala, porque insistió en que entrara con él, el notario empezó a leer una escritura en la que él me cedía uno de los edificios de pisos alquilados que tenía. Yo me negué a aceptarlo, y al ver que no pensaba ceder, le pidió al notario que saliera un momento, y nos quedamos solos. Entonces, se sentó a mi lado intentando tranquilizarme, porque yo estaba histérica y me dijo que solo quería asegurar mi futuro, que me esperaba lo que hiciera falta hasta que yo fuera libre, pero que, si le pasaba algo, se iría más tranquilo si pensaba que no tendría problemas económicos—miró a Germán para decirle—para poder pagar los gastos de la enfermedad de mi marido, yo había hipotecado la casa y estábamos hasta arriba de deudas. Y él lo sabía, recuerdo que me eché a llorar y me abrazó hasta que me tranquilicé. Luego me dijo algo que me hizo aceptar.

—¿Qué le dijo?

—Que ahora tenía un solomillo en casa, y no tenía ningún interés en saber qué había fuera—Germán esperó a que se limpiara las lágrimas, y le dijo,

—Muchas gracias por haber sido tan sincera. Esta mañana hemos intentado hablar con los sobrinos de él, y se han negado a recibirnos,

—No me extraña.

—¿Cómo era la relación con su tío?

—Muy mala, porque siempre le estaban pidiendo dinero. Él hubiera querido que trabajaran con él, pero ni siquiera lo habían intentado, solo querían vivir lo mejor posible a su costa. Por eso cuando murió...—hizo una mueca

—¿Pensó que podrían haberlo asesinado?

—Al principio, sí. Además, Maruja quería mucho a Luis, y me ha mantenido informada del comportamiento de los dos desde su fallecimiento, y ha sido deplorable. Lo primero que hicieron fue montar una fiesta en una conocida discoteca, celebrando que iban a recibir la herencia de su tío.

—Muchas gracias de nuevo—la mujer asintió y les dijo,

—Hay una cosa que me gustaría que hicieran por mí, por favor, manténgame informada. Aunque oficialmente no soy nada suyo, era como si estuviéramos casados.

—Lo haremos—se levantaron—¿la acompañamos a algún sitio? —ella se negó,

—No, prefiero quedarme aquí un rato.

Caminaron hacia el coche en silencio, pero antes de salir del parque, Germán volvió la cabeza y vio su figura contra la luz del sol agonizante,

mientras ella miraba a lo lejos, como si esperara a alguien.

ONCE

Isabel recordaba con algo de tristeza el interrogatorio del día anterior mientras tomaba un café esperando a que Germán terminara de vestirse. Normalmente ella tardaba más en levantarse porque era muy dormilona, pero la historia de Delia, aunque no sabía por qué, había conseguido quitarle el sueño. Germán, ya preparado para salir, se acuclilló frente a ella observando sus ojeras con preocupación; a pesar de que lo había molestado dando vueltas toda la noche, él no había querido que se fuera a dormir a la habitación de invitados, aunque solo fuera para dejarle dormir unas horas.

—¿Cómo estás cariño? —el olor del gel con olor a chocolate que ella utilizaba habitualmente, y que él había usado porque se había terminado el suyo, hizo que sonriera mientras recibía su beso en la mejilla.

—Bien, pero siento no haberte dejado dormir—él caminó hacia la cafetera y se encogió de hombros, extrañamente satisfecho.

—No pasa nada. Me ha venido muy bien, así he podido pensar—la observó mientras daba un trago al café.

—¿Ya sabes cómo ha ocurrido todo?

—Todo no, pero esta noche gracias a ti que no me has dejado pegar ojo—bromeó—se me ha ocurrido algo que... parece increíble—movió la cabeza al recordar la idea que, de repente, había aparecido en su mente y que hizo que se le quitara el sueño—es la única manera en la que todos los hechos tienen sentido y hay varios indicios que la confirman. Pero, antes de nada, tengo que

hacer algunas comprobaciones en el Centro—entonces miró el reloj de la cocina—deberíamos irnos, ¿estás preparada?, ya sabes a quien vamos a ver ahora...

—Estoy lista, cuando quieras.

El hijo del juez vivía con su padre en un chalet de un barrio pijo de Madrid. Mientras bajaban del coche Isabel aprovechó para saciar su curiosidad,

—¿Cómo ha conseguido Amaro, finalmente, que nos reciba? Hasta hace poco no parecía que fuera a aceptar de buena fe que interrogáramos a su hijo.

—Creo que ha sido a través del Ministerio, aunque Amaro me ha insistido en que intente que no se cabree..., que han accedido a la entrevista porque han querido—el comentario de Amaro no le había gustado, pero no era tonto y no había abierto la boca porque quería hablar con Manuel Lafuente.

Cuando llamaron al timbre de la verja, les abrió la puerta un hombre que parecía un guardaespaldas, y que los acompañó a un despacho donde los esperaba el juez. Germán y él ya se conocían, porque había tenido que declarar un par de veces en su juzgado por asuntos policiales. Lo saludaron al entrar y él contestó sin levantarse del sillón.

—¡Inspector Cortés!, agente Martín, me alegro de verlos. Siéntense por favor,

—Gracias por el ofrecimiento señor, pero hemos venido a hablar con su hijo—él juez torció el gesto, pero Germán no podía perder el tiempo.

—Él vendrá enseguida, pero antes hay algo que quiero aclarar con usted, Germán—viendo que no había más remedio, se calló y lo escuchó.

—He accedido a que se produzca esta entrevista para demostrar nuestra buena fe, aunque como saben, mi hijo no tiene ninguna obligación legal de responder a sus preguntas. Antes de empezar, quiero que me aseguren que no van a preguntar a Manuel por su relación de amistad con Francisco Jiménez Matís—Germán contestó, incrédulo por la petición

—Según nuestra información, eran más que amigos—el juez levantó la voz al responder.

—Las relaciones personales de mi hijo son privadas, no le interesan a nadie.

—Me temo que se equivoca, y si no vamos a poder tocar ese tema, nos iremos, porque es el único que nos interesa tratar—el juez apretó los labios totalmente indignado y esperó a que Germán cediera. Al ver que no lo hacía, aceptó,

—Está bien, pero ante cualquier tipo de presión por parte de ustedes, terminará la entrevista—hizo una seña al hombre que los había abierto y que esperaba con los brazos cruzados junto a la puerta. Poco después volvía con el hijo del juez.

Manuel Lafuente, tenía el pelo rizado y rubio, y ojos azules, y era muy delgado, casi delicado. Siguiendo instrucciones de su padre se sentó junto a él, y los miró con la misma mueca de superioridad que tenía el juez, siendo este el único parecido que veía Germán entre los dos.

—Buenos días Manuel, no te retendremos mucho tiempo. Me gustaría que nos hablaras sobre Francisco Jiménez Matís.

—Era un amigo—Isabel lo observó fijamente, pero el chico no transmitía ningún tipo de emoción, algo raro porque tanto Claudia como Iñigo les habían avisado sobre su impulsividad. Estaba demasiado tranquilo y los

observaba con una sonrisa impersonal.

—Eso ya nos lo ha dicho tu padre ¿entonces niegas que tuvierais una relación sentimental? —se encogió de hombros antes de responder.

—No, eso lo sabe todo el mundo, pero no era nada serio. Paco era demasiado celoso, no podía soportar que yo viera a otros...hombres.

—He leído las denuncias que os cruzasteis y he hablado con personas que os conocían a los dos, y parece que era, al contrario. Cuando Francisco cortó la relación contigo, él comenzó a ver a otros hombres, y tú no lo aceptabas...

—Manuel se puso rojo de indignación y abrió la boca para contestarle, y su padre, que lo vio, intervino,

—¡Señor Cortés!, no creo que esa sea la manera adecuada de dirigirse a mi hijo, le recuerdo que no es sospechoso de nada, y que está colaborando por propia voluntad—el juez se había levantado y se mantenía erguido, desafiante, con las manos apoyadas en la mesa. Su hijo miraba la escena divertido, Germán estaba seguro de que se lo estaba pasando bien,

—No creo haberle faltado al respeto

—Yo opino lo contrario—Germán decidió no hacer caso y siguió preguntando.

—¿Has pensado alguna vez que tu novio pudo ser asesinado? —el chico lo miró con ojos de sorpresa, y, enseguida sus ojos se desviaron hacia su padre, que caminó hacia el policía moviendo los brazos como si quisiera ahuyentarlo.

—¡No le consiento que venga a mi casa a acusar a mi hijo sin pruebas! —Germán también se levantó, porque aquello era una pérdida de tiempo, en ningún momento ninguno de los dos había pensado colaborar con ellos seriamente.

—No se preocupe, nos vamos. Isabel—en cuanto traspasaron la valla, ella le preguntó, asombrada,

—¿Qué ha pasado ahí dentro? — pero se quedó aún más sorprendida cuando vio la mirada feliz de Germán,

—¡Que esto marcha! —al ver la boca abierta de Isabel añadió— por supuesto, los dos son culpables—al entrar en el coche, miró el reloj y dijo,

—Tenemos que darnos prisa, o no llegaremos—tenían el tiempo justo para ver salir a los miembros del Consejo de Administración, de su reunión semanal. Habían intentado fijar una cita con ellos en varias ocasiones, pero los abogados de la compañía se lo habían puesto tan difícil, que Germán había decidido presentarse sin más.

Entrar no fue problema, pero que los dejaran subir a la última planta, no sería tan fácil, al menos eso había imaginado por el camino.

—Venimos a hablar con Maite Juncal—el recepcionista, que estaba al teléfono y tecleando a la vez, en cuanto vio la placa les señaló el ascensor, y dijo,

—Planta 28, al salir, giren a la izquierda, el primer escritorio es el suyo—después de darle las gracias salieron prácticamente corriendo, antes de que se arrepintiera.

Cuando llegaron a la última planta, anduvieron unos metros por el suelo de mármol hasta que la vieron, ella levantó la mirada de su portátil y frunció el ceño al verlos, entonces, se acercaron a su mesa para poder hablar discretamente,

—Buenos días Maite, tenemos que hablar con los miembros del consejo, serán solo unos minutos. Por supuesto, esperaremos a que terminen.

—No creo que sea posible—señaló la puerta tras la que estaban reunidos, y volvió a mirar a Germán con preocupación— dos de ellos tienen que ir desde aquí directamente a otro consejo de administración, y casi no les va a dar tiempo a llegar—se inclinó hacia ellos y susurró—y el gabinete jurídico de la compañía les ha avisado de que no deben hablar con ustedes, sin que estén ellos delante.

—Comprendo—ya se lo esperaba, por lo que decidió intentar otra cosa— en ese caso ¿sería posible hablar con Rafael Gallego cuando salga? —ella lo miró sorprendida, y contestó

—El señor Gallego ha dejado la reunión hace cinco minutos, porque tiene que coger un vuelo a Londres y sale enseguida hacia el aeropuerto.

—¿Le puede preguntar si nos puede dedicar un par de minutos?

—Sí, esperen un momento—se dirigió a la puerta que había al final del pasillo y llamó suavemente, aunque entró sin esperar. Poco después salía para decirles que, el nuevo presidente de la compañía, Rafael Gallego, los recibiría.

—Como ya les he dicho tiene mucha prisa, no lo retengan demasiado, por favor.

—Por supuesto, muchas gracias Maite—después, entraron en el lujoso despacho. Rafael Gallego se levantó de su escritorio, donde estaba firmando unos papeles, y se acercó para estrechar sus manos. Era un hombre de unos 50 años, totalmente calvo, alto y muy delgado, Germán había leído en algún sitio que le gustaba correr.

—Buenos días, creo que ya les ha explicado Maite que esta conversación tiene que ser muy corta—les condujo a una mesa redonda que había junto a un ventanal, desde donde se podía ver el Paseo de la Castellana en todo su

esplendor—síntense por favor, si quieren un café o algo...

—No, muchas gracias, no tardaremos mucho. Estamos realizando una investigación confidencial sobre la muerte del anterior vicepresidente de la compañía, Lorenzo Gutiérrez Garrido, no sé si usted llegó a conocerlo—Germán se había informado y, en esta ocasión, para cubrir la presidencia habían contratado a una persona externa a la compañía.

—Sí, por supuesto, no éramos amigos, pero lo tenía en un gran concepto como todos los que trabajamos en el sector.

—Comprendo, entonces ¿nos puede decir si le sorprendió su muerte? —el hombre sonrió sin entender muy bien la pregunta.

—Claro, pero yo solo mantuve un contacto esporádico con él, cuando coincidíamos en alguna fiesta o reunión. No estaba informado sobre su estado de salud.

—Hemos intentado hablar con el resto de los miembros del consejo, pero nos han dicho que es complicado. Al parecer, los asesores jurídicos de la compañía les han aconsejado que no hablen con nosotros, sino es en su presencia—pareció sorprendido al escucharlo, y luego contestó

—¿En serio?, no entiendo por qué—frunció el ceño pensativo—no puedo obligarles a que los reciban; pero si quieren plantear sus preguntas por escrito, intentaré que las contesten.

—En realidad nos serviría con que contestaran a una.

—Excelente, entonces entréguensela a Maite por favor, yo me aseguraré de que se la haga llegar a todos, y desde el avión enviaré un email para que les contesten lo antes posible—se levantó y les dijo—lo siento, pero tengo que irme. Si necesitan saber algo más, podemos hablar cuando vuelva en un par de días, esperen un momento que hable con ella.

—De acuerdo, muchas gracias—esperaron en el pasillo, mientras lo hacía, y a continuación, Maite entregó a Germán un folio y un boli,

—Por favor, escriba aquí la pregunta para los miembros del consejo, y una dirección de correo donde puedan mandar las respuestas—él apuntó una sencilla pregunta, y debajo su email; con una sonrisa devolvió el papel a la secretaria, y le dijo

—Maite, nos gustaría que usted también contestara a la pregunta, por favor—ella asintió con cara de sorpresa, y después, se marcharon.

En su mesa le esperaban el resto de los historiales de los miembros del consejo, y después de leerlos confirmó que, todos, habían efectuado la compra de las acciones. Cuando lo hizo, acompañó a Amaro a la sala de reuniones para participar en una videoconferencia con el Ministerio, en la que pidieron que les enviaran desde el CNI las fotos de los satélites, que ya debían estar en su poder. Germán temía que el Californio ya hubiera sido introducido en España, y que estuviera escondido en algún sitio recóndito esperando a que alguien lo comprara, para utilizarlo como arma de destrucción masiva.

Dos horas después, encendió su portátil, y vio que tenía varios mensajes en la bandeja de correo. El primero se lo había renviado Isabel, y procedía de Delitos Económicos, cuando lo leyó sonrió, sobre todo al ver lo que le había escrito Isabel en el asunto del mensaje: “que no se te suba a la cabeza”, entonces una voz conocida lo interrumpió:

—Lo que me imaginaba sigues como siempre: tocándote los huevos a costa del contribuyente —levantó la vista sorprendido al ver a Martín, que lo miraba con cariño y con cara de estar a punto de quedarse dormido. Germán

le contestó levantándose para saludarle,

—¡Vaya pinta de guarro que tienes! —se abrazaron con fuerza, porque hacía demasiado tiempo que no se veían, sobre todo debido al horario nocturno de Martín. Isabel que le había visto llegar, entró en el despacho y también lo abrazó, Martín le guiñó un ojo cuando se separaron, y le preguntó:

—¿No estoy demasiado guarro para ti?

—¡Que va!, he visto a Germán en peores condiciones que tú, y no por trabajo—aseguró, los dos hombres rieron, y el visitante se dejó caer en una de las sillas con un gemido de satisfacción,

—¡Estoy destrozado!, hemos hecho tres redadas esta noche, y voy notando los años.

—¿Quieres un café? —Isabel apoyó una mano en su hombro al preguntarle.

—No te preocupes—contestó, pero ella salió mientras decía:

—¡No seas tonto! —contestó, antes de desaparecer por el pasillo

—Ya puedes amarrar bien a esa mujer sino quieres que te la quiten, ¡menuda suerte has tenido!

—Ya lo sé—Germán miraba fijamente a Martín, contento y preocupado a la vez al verlo—¿cómo estás? ¿y cuándo te vas a decidir a pedir el traslado para poder tener una vida normal? —su amigo se encogió de hombros y miró a su alrededor sin contestar. Había perdido a su mujer y a su hijo de tres años en un accidente de coche, cinco años antes, y todavía eludía hablar sobre ello. Meses después del accidente, incapaz de dormir por las noches, decidió solicitar el traslado a la Brigada de Investigación de Delincuencia Especializada, donde le asignaron a la Sección de Control de Juegos de Azar.

Germán en aquel momento lo había entendido, pero creía que ya era hora de que volviese a tener una vida normal.

—No está mal el sitio que os habéis buscado—él hizo una mueca por el cambio de tema.

—Sí, ha habido suerte.

—Leo todos los artículos que publican sobre ti—sonrió al ver la mirada de sorpresa de Germán—en el cuerpo todos sabemos a quién se refieren los periodistas con las iniciales G.C., y, aunque suene raro, estoy muy orgulloso. Germán no iba a dejar que lo desviara del tema que quería hablar con él.

—Te lo agradezco, pero estoy preocupado por ti.

—Y yo estoy demasiado cansado para tener este tipo de conversación—Isabel le puso delante una taza de café y se sentó a su lado.

—Gracias, preciosa—bebió un sorbo antes de abordar el motivo de su visita—he venido a deciros algo importante. Uno de mis soplones, un individuo nada aconsejable llamado Rata, conocía a la mujer por la que me preguntaste. La reconoció en cuanto le enseñé la foto del móvil—Germán sintió cómo se le aceleraba el corazón porque, hasta ese momento no podían probar su móvil, solo era una teoría. Por eso había pedido ayuda a Martín.

—Tenías razón. A la señora le gusta jugar y, además, en partidas ilegales. Hace unos meses se encontraba en una situación insostenible, al jefe del Rata que es uno de los mayores prestamistas de Madrid, le debía 150.000 euros, y para conseguir que le dejara ese dinero, había puesto las escrituras de su casa y la de sus padres en garantía. Como te podrás imaginar, la presión que en esa situación hacen los prestamistas sobre los jugadores es tremenda. Pero, asombrosamente, esta señora llamó un día para decirle al prestamista, que tenía el dinero para pagar la deuda, y cuando quedaron, se lo pagó en efectivo

y en billetes de 500.

—¡No me jodas!

—No tengo ninguna intención—Isabel sonrió al escucharlo, y Martín le cogió la mano para darle un beso, lo que hizo que ella se ruborizara, Germán lo miró sonriente sabiendo que lo estaba provocando y Martín al ver que no lo conseguiría, se levantó.

—Me temo que tengo que despedirme, gracias por el café así aguantaré despierto hasta llegar a mi casa—se despidió de los dos, y antes de salir no pudo evitar pinchar un poco más a su amigo, diciendo a Isabel

—Si te cansas de este pesado, ya sabes dónde estoy—pero Isabel le contestó

—Si te llamara alguna vez con esa intención, saldrías corriendo y no te veríamos el pelo nunca más—los dos hombres volvieron a reír a carcajadas, y Martín miró una última vez a su amigo diciendo

—No la dejes escapar—luego se fue. Isabel se quedó mirando a Germán sintiendo tanto orgullo por él, que le dijo en tono cariñoso,

—Eres un cabrón—él chasqueó la lengua como si regañara a una niña por utilizar una palabrota.

—¿Cómo es posible que algunos insultos, suenen como un halago? —ella se inclinó hacia él diciendo, con verdadera curiosidad.

—No me explico cómo lo has adivinado.

—No estaba seguro, pero cuando vi que tenía varios pagos realizados con tarjeta en el casino, que tuviera deudas de juego me pareció lo más lógico—afirmó, muy serio—gracias a Martín ya tenemos el móvil de uno de los asesinatos que eran más inexplicables, al menos para mí.

Entonces escucharon el sonido de que habían entrado nuevos mensajes en su correo, y Germán los miró,

—¡No me lo puedo creer!, ha llegado la contestación de todos los del consejo, pero si casi no les ha dado tiempo a redactarlo...—leyó las respuestas a su pregunta, sobre dónde estaban el día que había muerto Lorenzo Gutiérrez Garrido,

—¿Qué pasa?

—Que todos los del consejo, incluyendo la secretaria, tienen coartada para el día de la muerte del vicepresidente—se frotó los ojos porque le escocían de cansancio y echó atrás la cabeza cerrándolos un momento, cuando volvió a abrirlos, Isabel lo miraba preocupada.

—¿Pero por qué les preguntamos por la fecha del fallecimiento?, ¿qué más da lo que hicieran ese día? ¿no sabemos con certeza que las muertes se preparan con semanas de antelación?

—Sí, pero es un indicio interesante que todos sepan con tanta rapidez qué hicieron ese día, y, además, nunca me había ocurrido que absolutamente todos los sospechosos tuvieran una coartada sólida. Siempre suele haber uno o dos que están solos en casa y no pueden demostrarlo, pero no, estos estaban todos acompañados y la mayoría habían salido, varios de ellos dicen que guardan los tickets del cine o el teatro donde fueron. Huele a coartadas preparadas—se quedó pensativo, e Isabel sabía lo que significaba su expresión, que estaba uniendo las piezas en su mente.

—No me entero de nada—dijo, aunque estaba acostumbrada a su forma de trabajar—por cierto, acuérdate de que esta noche tenemos cena con Natalia y Roberto

—Sí, me ha mandado un whatsapp, porque al parecer tiene muy avanzado

el informe que le habíamos encargado sobre la gente del rodaje—sonrió y terminó diciendo—estamos en la recta final.

¡Hola!

Soy Margotte Channing, la escritora de esta novela, antes que nada, te pido disculpas por interrumpir tu lectura, ya sé que esto es distinto...

Quiero invitarte a participar en un concurso, para ganar una de mis **NOVELAS GRATIS** que sorteo a final de mes (puedes elegir la que quieras cuando ganes).

Si estás interesad@, para participar solo tienes que enviarme un correo electrónico a margottechanning@gmail.com, con tu nombre, y el código secreto: **“223RODAJE”**.

Te responderé confirmando tu inscripción en el sorteo.

Muchas gracias por tu atención, y ¡buena suerte!

Margotte Channing

DOCE

Natalia le dio el informe después de cenar, y se sentó junto a él en su despacho mientras lo leía, Isabel y Roberto los habían dejado solos con la excusa de recoger la cocina. Germán cogió los tres folios y los leyó un par de veces totalmente concentrado, cuando terminó dejó los papeles sobre la mesa y la miró procesando todo lo que había leído. Tendrían que ponerse en marcha enseguida,

—¿Es lo que esperabas? —su opinión era muy importante para ella, no en vano Germán era un excelente investigador, el mejor.

—Más de lo que esperaba, además de que has trabajado impresionantemente rápido...—ella sonrió halagada y contestó,

—Gracias, gracias—se inclinó bromeando, como si le hiciera una reverencia, aunque seguía sentada.

—Solventa las últimas dudas que me quedaban sobre el caso. Me parece asombroso que podamos confirmar la culpabilidad de un sospechoso gracias a sus estudios—miró el reloj y le dijo—perdona, pero ahora que lo sé, tengo que hacer una llamada urgente—se levantó, pero Natalia lo sujetó el brazo diciendo,

—No te muevas, quédate aquí y llama tranquilo—salió de la habitación cerrando la puerta porque sabía que tenía que hablar a solas.

Cuando Germán entró en la cocina, les comunicó que Isabel y él tenían que irse. Ella no preguntó nada hasta que estuvieron dentro del coche, camino de Pozuelo de Alarcón,

—¿Qué ha pasado?

—He hablado con Amaro para decirle que ya sabemos cómo se cometieron los asesinatos, y me ha dicho que nos iba a llamar porque nos han dado permiso para ver las fotos. Y allí es donde vamos, no podemos esperar hasta mañana.

—Pensaba que nos las mandarían y podríamos analizarlas tranquilamente.

—No, desde el Centro Europeo de Satélites las envían cubiertas por una red de seguridad informática, que solo se puede descryptar desde determinados ordenadores. En España solo están preparados para hacerlo cuatro, uno de ellos está en el Centro Criptológico Nacional, en Pozuelo.

—Estoy flipando, y ¿podemos ir tan tarde?

—Sí, tenemos autorización para entrar esta noche, Amaro me ha dicho que habría alguien en la puerta esperándonos.

—Creía que estaban en el mismo edificio que el CNI.

—No, creo que dependen de ellos, pero físicamente están en otro sitio, aunque en el mismo pueblo—después de meter la dirección en el GPS, aceleró para llegar lo antes posible.

El encargado de esperarles era Josu Urrutia, cuya actitud hacia Germán había cambiado drásticamente. Después de saludarlos les dijo, a través de la ventanilla, que aparcara el coche junto a la entrada, y los condujo sin pérdida de tiempo a la garita donde había dos soldados de guardia.

—Si no os conocen y viniendo de noche, no dejan pasar el coche —enseñaron las placas y uno de los soldados las fotografió y les dieron dos autorizaciones para que se las colgaran del cuello, después, abrieron la puerta para que pudieran entrar en las instalaciones. Josu encabezó la comitiva,

—Vamos al edificio auxiliar—lo siguieron hacia una construcción no muy grande, donde otro soldado les abrió la siguiente puerta. Germán se fijó en que recibían instrucciones por el oído, y que todos iban fuertemente armados, con metralleta y pistola.

Para que el ascensor funcionara, el técnico del CNI tuvo que meter una tarjeta que sacó de su pantalón en una ranura que había junto a los números de los pisos, y cuando ya estaba insertada pulsó el cero. Germán arqueó una ceja porque se suponía que estaban en el cero o planta baja, pero el ascensor comenzó a bajar tan rápidamente, que tuvo que apoyarse en la pared. Cuando se abrieron las puertas, se encontraban en un sótano gigantesco lleno de militares, hombres y mujeres, algunos sentados en escritorios y trabajando con portátiles, mientras que otros iban de un lado para otro con papeles, o con tablets. Josu los llamó al ver que se quedaban parados, observando fascinados aquel hormiguero,

—Vamos, os están esperando—subieron tras él por una escalera metálica y entraron en una sala pequeña, donde se encontraron a dos conocidos, el ministro y el general.

—Buenas noches—antes de que empezaran a saludarse, el general interrumpió

—Dejemos la educación para más tarde, Germán, Isabel, sentaos por favor, la situación es de extrema gravedad—apretó la mandíbula, muy enfadado—más adelante, cuando consigamos salir de ésta, depuraremos responsabilidades en el CNI, por haber dejado que la amenaza sobre España llegara hasta este punto, pero ahora—miró al ministro que también estaba muy serio—necesitamos saber si tienes alguna idea sobre donde puede estar el Californio. Según mis analistas, todavía no ha cruzado la frontera—Germán suspiró antes de contestar,

—Señor, tenga en cuenta que yo no tengo experiencia en este campo, es muy posible que meta la pata.

—Germán—el ministro hizo un gesto al general para que le dejara contestarle—si tienes alguna idea, habla por favor, la situación es desesperada—el policía asintió y lo hizo,

—Tengo la sospecha de que el Californio ya está en España, por eso necesito ver las fotos—Josu Urrutia había sacado un portátil de una caja fuerte que estaba empotrada en una pared que había al fondo de la habitación, y lo había encendido,

—Las tengo preparadas—se sentó junto a Germán, y frente al general y al ministro e Isabel lo hizo al otro lado del policía—aquí están, si quieres aumentar alguna, solo tienes que mantener pulsado el botón izquierdo del ratón un par de segundos sobre la zona que quieres ver, y para salir de ahí dale al escape.

—De acuerdo—mientras se concentraba en las fotos, el ministro comenzó una conversación con Isabel, aunque estaba segura de que lo hacía para que Germán pudiera trabajar tranquilo.

Treinta minutos después, con los ojos enrojecidos, levantó la vista de la pantalla y la giró para que la vieran los demás.

—Creo que el Californio venía ahí, necesitamos conocer el destino de este camión. No sé ni como se llama ese tipo de tráiler—el general y el ministro se inclinaron para tenerlo lo más cerca posible, intentando ver bien la figura. El ministro fue el primero en darse cuenta de lo que era,

—¿Es una turbina eólica? —Germán asintió mirando la foto.

—Sí, la parte del cabezal. El Instituto de Reactores Atómicos donde robaron el Californio, está en Dimitrovgrad, y a solo 12 kilómetros hay un

parque eólico con 47 molinos de vientos—hizo una mueca mirando la foto—bueno, creo que ahora deben tener 46.

—Josu, ¿de cuándo es la foto y dónde está tomada? —el general fruncía el ceño mirando a su empleado, y añadió entre dientes—lo que no entiendo es cómo se les ha pasado esto a los del Centro de Satélites, se supone que son expertos—Germán se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que han hecho bien su trabajo, quizás nadie les había avisado de que el Californio podía no ir en una bóveda, especial para transportar materiales radiactivos, de 50 toneladas. Desde el principio pensé que lo traerían dentro de algo que no tuviera nada que ver, para no levantar sospechas, aunque tenía que ser lo suficientemente pesado para que, con el tratamiento adecuado, el transporte fuera seguro. Se me habían ocurrido dos opciones debido al tamaño y el peso que debía tener el recipiente: la del molino de viento, y la de un avión ...en Rusia hay cementerios de aviones repletos de las antiguas aeronaves del ejército soviético, podrían haber robado uno de ellos y prepararlo—el general protestó,

—Cuando lo explicas ahora es tan evidente, que los demás parecemos tontos—Germán sonrió,

—Al contrario, señor, yo creo que el método de transporte que han utilizado ha sido muy ingenioso. Pero no me extraña porque estamos ante una de las mentes criminales más creativas, que yo haya conocido jamás—Josu los interrumpió,

—La foto es de hace 14 horas, saliendo del túnel de Somport, señor.

—¡Mierda!, ya están en España! —el general a cada momento parecía más nervioso, Germán se volvió hacia Josu para hablar con él,

—Según me dijo Gilda las instrucciones que tenían en el Centro de

Satélites, eran de fotografiar todos los vehículos que estuvieran cerca de nuestras fronteras y dentro del territorio nacional, a partir de un determinado tonelaje y siempre que se mantuvieran en movimiento—comentó con voz pensativa— según eso, han tenido que seguir haciendo fotos a ese tráiler, hasta que se haya detenido—Josu contestó.

—Creo que sí.

—¿Y podrías, seleccionar de entre todas las fotos que te han mandado, las que contengan ese cabezal?, si pudieras hacerlo, tendríamos la ubicación actual del Californio—el ministro y el general esperaban impacientes mientras Josu Urrutia tecleaba sin descanso, con los ojos fijos en la pantalla.

Germán miró al ministro y al general para decirles,

—No creo que haya muchos sitios donde pueda esconderse algo semejante, necesitan unas instalaciones con mucho espacio y que estén aisladas—volvió a mirar al informático que parecía haber encontrado algo y que les explicó,

—He utilizado un programa de reconocimiento de imágenes y parece que ha funcionado, tengo una serie 19 fotografías. La última, antes de que el tráiler se detuviera, es esta—les enseñó otra, en la que el camión todavía circulaba por una carretera nacional.

—Y en ese momento ¿dónde estaba el camión? —todos miraban la pantalla en silencio, esperando la respuesta de Josu, que no se hizo esperar

—En Castilblanco—Germán asintió y sacó su móvil, mientras murmuraba,

—Sólo necesitamos buscar en las cercanías un lugar adecuado.

—No es necesario, hay uno a pocos kilómetros—Germán, al igual que el

resto, miró al ministro sorprendido, que continuó hablando—la central nuclear de Valdecaballeros. Es el sitio perfecto porque está abandonada, la conozco muy bien porque mis padres son de la zona. Está construida sobre 2.800 hectáreas, y nunca se llegó a utilizar, se construyó a mediados de los años ochenta y el lugar está muy aislado...en fin, como he dicho, el sitio perfecto—el general, con el móvil en la mano, salió de la habitación y el ministro explicó a Germán lo que estaba ocurriendo.

— Enrique va a informar al presidente, después, avisarán a la base aérea más cercana para que un par de aviones hagan un reconocimiento de la zona. Mientras prepararemos la intervención.

—¿Quién va a realizar la intervención? —el ministro contestó muy serio.

—Hace varios días que un grupo de dieciséis boinas verdes está esperando a que localizáramos el Californio. Pueden ponerse en marcha en cuestión de minutos, y antes de llegar, les dará tiempo a recibir el informe de los aviones.

—¿No importa que sea de noche? —Agustín Argüelles sonrió a Isabel.

—No, en absoluto, cierto tipo de aviones están preparados para volar de noche y sus pilotos van equipados con instrumentos de visión nocturna, por supuesto.

El general volvió y dijo, dirigiéndose al ministro,

—Ya han salido—luego se volvió hacia Germán—¿ya sabes quienes son los responsables del robo del Californio en Rusia, y de intentar traficar con él? —Germán asintió muy serio.

—Sí, y en cuanto termine la intervención y la amenaza esté anulada, necesitaré la colaboración de ustedes dos—miró al general y al ministro— para conseguir inculpar a los responsables, y no solo por esto, sino que

también son culpables de asesinar a varias personas. Hasta ahora, puedo confirmar seis asesinatos, pero seguramente han cometido decenas impunemente—el informático tenía la boca abierta mirándolo, y el ministro y el general parecían haberse quedado mudos; después de un par de segundos reaccionaron y le preguntaron qué necesitaba.

Ocho horas después, Amaro entraba en su despacho,

—¡Germán!, me ha llamado Gilda, ¡ya los tienen! —se abrazaron riendo, agotados pero felices.

—¡Menos mal! —cuando se calmaron un poco, le preguntó—¿qué más te ha dicho?

—Que había cinco rusos protegiendo la propiedad, y que uno de ellos es el científico que esperabas.

—¿Kondrati Bulavin?

—Sí—asintió, pero desistió de intentar repetirlo—el resto, según los de operaciones especiales, eran mercenarios. Uno ha muerto, otro está herido en una pierna, y los dos restantes están ilesos. El científico, a pesar de ir armado, se ha rendido enseguida.

—Cuando todo esto termine de verdad, voy a dormir una semana seguida.

— ¡Ah! Quiere que te diga que todo está preparado, tal como tú lo pediste, tenemos que estar a las cinco en la base militar de “El Goloso” para la reunión.

—¿En una base militar? ¿y eso? —Amaro se encogió de hombros.

—Creo que es una especie de reconocimiento al ejército por el magnífico trabajo realizado ayer, ¡ah!, también me ha pedido que te confirme que, a

todos los sospechosos de la lista están yendo a buscarlos compañeros en zetas, y que los escoltarán a la reunión.

—Estupendo, tenía miedo de que se enteraran de lo ocurrido con el Californio, y que alguno huyera.

—Es tu caso más difícil, ¿ya tienes listas las conclusiones? —Germán se encogió de hombros,

—Creo que sí—se encogió de hombros—¿se lo has dicho a Isabel? —Amaro negó con la cabeza

—No, había pensado que lo hiciéramos juntos—le dio una palmada fuerte en el hombro, y comentó —vamos a decírselo, y a Dominó, por supuesto —salieron juntos del despacho deseando dar la noticia a sus compañeras.

Germán dejó las notas en el atril, y paseó la mirada por las decenas de personas que abarrotaban el salón de actos del cuartel. Había muchos militares sentados desde la mitad hasta el final de la sala, y es que, para su sorpresa, el general tenía algo que decirle cinco minutos antes:

—Germán, tengo que pedirte un favor, se ha corrido la voz de que habíamos pedido estas instalaciones para cerrar la investigación, y he recibido un montón de llamadas de amigos que querían asistir—Germán lo miró extrañado, y el general sonrió—ya sé que es algo que no te gusta, pero me temo que todos quieren verte en acción. No he tenido más remedio que aceptar, pero se les ha avisado que no deben hacer ruido.

—De acuerdo—aceptó sin pensarlo demasiado, pero hasta ahora no había sido consciente de que, al menos cincuenta militares, asistirían a su

exposición.

También estaban presentes el ministro Argüelles, el general, Gilda, Isabel y Dominó, Natalia y Roberto, Leo por supuesto, el embajador ruso junto a una pequeña delegación de la embajada, treinta y dos policías, los sospechosos, y los familiares de las víctimas, a los que Germán había querido compensar mínimamente de esa manera. Algo abrumado al verlos a todos ante él, bebió un sorbo de agua, y comenzó:

—Buenas tardes a todos y muchas gracias por venir—varios de ellos lo miraron con mala cara, porque habían sido traídos a la fuerza por agentes de policía—es difícil explicar una investigación tan compleja como esta, pero intentaré hacerlo lo mejor posible,

—Hace un par de semanas, mi amigo Roberto—lo buscó entre los asistentes, y lo vio apoyado en la pared con los brazos cruzados—director de departamento del Centro Nacional de Toxicología, me confesó una sensación que tenía desde hacía varias semanas— dejó un espacio de varios segundos para mirar a algunos de los asistentes antes de continuar—que varias muertes catalogadas como naturales por los médicos y la policía, podían haber sido provocadas. En todos los casos los fallecimientos se habían producido por infecciones bacterianas que habían atacado de manera rápida e imprevista a personas que, hasta ese momento, no habían tenido problemas de salud.

—Aunque lo que me dijo Roberto me sonó a ciencia-ficción, no conozco a nadie con más sentido común que él, por lo que me puse manos a la obra—sonrió recordando el momento—no fue fácil entender la jerga médica que aparecía en los diferentes informes, pero con su ayuda lo conseguí. Roberto me envió los datos de las personas que él creía que habían muerto de manera sospechosa, y sobre esa base comenzamos a investigar. Primero, buscamos lazos en común entre las víctimas y, al no encontrar ninguno, pasamos a

estudiar su entorno discretamente, porque no podíamos iniciar una investigación de manera oficial. Fue entonces, al comprobar que dos de los fallecidos habían sido operados—mientras hablaba paseaba su mirada por la sala—por causas diferentes y semanas antes de morir, cuando pensé que las bacterias se las podrían haber inoculado los cirujanos durante la operación, aunque casi enseguida, me di cuenta de que no había ocurrido así, porque las intervenciones habían sido realizadas por cirujanos distintos, y uno de ellos llevaba un par de meses trabajando en Alemania. Además, estaba el hecho de que, aunque los pacientes se hubieran infectado en el transcurso de la operación, las fechas no cuadraban; es decir, los días que habían transcurrido desde que los operaron hasta su muerte no coincidían, en ninguno de los dos casos, con el período de incubación de esas bacterias.

Entonces ocurrió algo que hizo que otro elemento, no menos importante, apareciera en nuestra investigación. Al ver en la lista de Roberto el nombre de Leandro Palomo, decidí llamar a Rodolfo Millar a quien yo conocía, para preguntarle si había tenido relación con él en algún momento. La respuesta fue positiva y así supe que, cuando murió Leandro, los dos estaban trabajando juntos en la banda sonora de una nueva película. Incluso me acompañó a visitar al equipo de rodaje, y conocí a su director: Ramón Mesa—Ramón lo miraba fijamente—que estuvo observando con demasiado interés lo que yo hacía mientras estuve allí; para mí era evidente que tenía algo que ocultar.

Ese mismo día volví a ver a Javier y a Ángel García, dos hermanos a quienes conocía porque apoyaban activamente a la Asociación de Huérfanos de la Policía, y que me presentaron a Felipe Granados, su primo—miró a Felipe un instante antes de continuar,

—Fue Felipe el primero que me habló sobre el accidente de Sara

Panadero, una cámara del equipo que había muerto pocas semanas antes, al desprenderse la base de la plataforma donde estaba subida, a varios metros de altura—Germán respiró hondo, ordenando sus ideas—no hay explicación lógica para que se produjera este accidente, ya que los 48 tornillos que sujetaban la base de la plataforma estaban en buen estado, por lo que —negó con la cabeza antes de añadir—les puedo asegurar que, la muerte de Sara no fue un accidente. Estoy convencido de su asesino utilizó alguna excusa para que se subiera a la plataforma, por ejemplo, que tenía miedo de que alguien los escuchara porque los vigilaban o algo parecido, y cuando estuvieron arriba, la empujó. Otro dato que me llamó la atención fue que la muerte se produjo cuando no había nadie del equipo delante, el forense dictaminó que Sara había muerto a las cinco de la mañana, aproximadamente, esto reafirma mi teoría, porque ¿qué hacía Sara subida a esa plataforma, que se utilizaba para las tomas de cámara cenitales, si el rodaje no empezaría hasta varias horas después? Poco después de que muriera, la encontró Felipe, ya que es el primero en llegar a los rodajes, debido a su trabajo.

—Sara era una mujer que, aparentemente, solo tenía problemas con una persona del rodaje: Ramón Mesa, porque él no aceptaba un no por respuesta —todos volvieron la mirada al famoso director—no era la primera vez que el señor Mesa utilizaba su cargo como director, y presionaba a alguna de las mujeres que trabajaban en su equipo, para que tuvieran relaciones sexuales con él. Pero por alguna razón, ninguna de ellas, lo han denunciado a pesar de su insistencia—el general miró enfurecido a Jorge Vela, y Germán supo que la buena vida del director había terminado.

—Pero volvamos a Leandro porque días antes de morir, le había contado a Rodolfo que había escuchado una conversación en el rodaje que le había preocupado, asegurándole que no había podido ver a los hombres que la habían mantenido. Él creía que la conversación trataba sobre drogas, pero se

equivocaba, y esa conversación fue la causa de su muerte.

—Días después supe que Sara y Leandro se conocían desde siempre, porque eran vecinos. Él la había visto crecer y le tenía un gran cariño. Cuando conocí este dato, entendí que mi teoría sobre la muerte de Sara era incorrecta. Sara no murió empujada desde la grúa de la cámara porque no aceptara las pretensiones del director de la película, sino por lo que había oído Leandro. Este se lo había contado a ella y Sara había empezado a hacer preguntas molestas, y se las hizo a la persona equivocada, enseguida les diré a quién. Pero primero permítanme que nombre al resto de las víctimas de esta malvada red criminal—miró a la madre de Sara que estaba muy pálida, escuchando atentamente lo que Germán decía.

—Miranda Torrent, a cuyo marido interrogué hace unos días y que intentó engañarme burdamente—el viudo se había sentado solo, mientras que Anita lo había hecho junto a Martina y Ramón— Iván me aseguró que él y su mujer eran un matrimonio feliz, al contrario de lo que me dijo Anita, la mujer con la que comenzó una relación meses antes de que su mujer muriera—el marido mantenía la cabeza agachada, pero Anita lo miraba con descaro— poco tiempo antes de morir convenció a su mujer para que contratara un seguro que cubriera su muerte por cualquier causa, y la prima de ese seguro fue 2.804 € que pagó Iván Bermejo, aunque no se lo podían permitir por lo que tuvo que pedir dinero a su madre—ante la mirada sorprendida de él, explicó—sí, hace pocas horas he hablado con su madre, y me ha confesado que se lo dejó porque, según usted, había tenido unos gastos imprevistos por la operación de su mujer, lo que era mentira.

—José Luis Vázquez García, fue asesinado a los 67 años, era un empresario de éxito, soltero, y tenía dos sobrinos decididos a heredar lo antes posible—Delia que lo observaba con una mirada de tristeza, estaba sentada

sola, junto a la pared.

—Francisco Jiménez Matís era un médico joven y una buena persona, a quien mataron por celos y venganza—vio cómo Iñigo ponía su mano sobre la de Claudia intentando consolarla mientras ella lloraba—y que, a pesar de las trabas que ha puesto un importante juez, aquí presente, a nuestra investigación, por fin podemos demostrar cómo fue asesinado—los Lafuente, padre e hijo, lo miraron con la misma cara de odio.

—Y Lorenzo Gutiérrez Garrido, el último de esta serie de asesinatos y un caso especial porque murió, aunque nos cueste creerlo, debido a su honradez—asintió con una mueca—vivimos en una sociedad en la que es habitual encontrarse gente que haría cualquier cosa por dinero, y este es el tipo de personas que componen el consejo de administración que iba a presidir el señor Gutiérrez. Por culpa de ellos, su mujer es viuda y sus cuatro hijos, huérfanos—la familia al completo del vicepresidente lo miraba fijamente. Su viuda, le había dicho que su hijo menor, aunque tenía catorce años también quería asistir, y él no había podido negarse.

—Mi compañera y yo mantuvimos hace poco—Isabel, de pie junto a Roberto y Natalia, sonrió levemente al escucharlo—una entrevista con Inmaculada, su viuda, y con su secretaria, en la que nos explicaron su forma de ser. Era un hombre honrado, de moral intachable, ese hecho y el que tuviera pavor a los médicos, fue lo que determinó su muerte. Para que yo fuera consciente de hasta qué punto tenía miedo a los médicos, me explicaron que, entre ellas dos, tuvieron que convencerle para ir a la revisión anual del dentista, uno nuevo al que había acudido recientemente Maite, la secretaria, y con el que estaba muy contenta—en ese momento abandonó el atril y bajó los tres escalones de la tarima, y caminó hasta ella, entre los murmullos de los espectadores. Estaba sentada junto a la familia del asesinado, y a Germán le

estaba hirviendo la sangre viéndolo.

—Su jefe le dijo que tenía la sensación de que todavía no le tocaba la revisión anual, y era cierto—ella estaba sudando—hemos comprobado la fecha de la última revisión, la que se había hecho con su anterior dentista, y aún faltaban cuatro meses para que hiciera un año. Pero usted tenía mucho interés en que fuera al dentista, y a ése en particular—la viuda se había girado a la derecha para mirar a Maite, la secretaria, con los ojos redondos producto de la incredulidad—se lo jugaba todo, y nunca mejor dicho ¿verdad?—al ver que no contestaba se dirigió a todo el auditorio—su jefe nunca quiso cambiar de dentista, fue ella la que insistió en que lo hiciera, seguramente le diría que era familiar suyo, o algo así. Lo importante es que lo convenció, aunque sabía que con eso lo enviaba a la muerte, pero la sentencia de muerte no la había dictado ella, sino el consejo de administración en pleno. Todos son culpables de asesinato—miró a los ocho, que estaban junto al nuevo presidente de la compañía, a la cara

—Lorenzo Gutiérrez, el que iba a ser el nuevo presidente de la compañía les avisó de que haría que todos ustedes acabaran en la calle, por la compra de ciertas acciones—los miembros del consejo comenzaron a apartar las miradas de él—unos días antes, su compañía había absorbido a otra más pequeña, gracias a lo que se enteraron de que las acciones de la esa empresa multiplicarían su valor por cien en pocos días. Entonces, todos se pusieron de acuerdo para comprar paquetes de esas acciones, algo que es completamente ilegal, porque estaban utilizando información reservada conseguida gracias a su puesto. Lorenzo Gutiérrez se enteró e hizo lo que llevaba haciendo toda su vida, exigir a todos los que le rodeaban la máxima honestidad, pero en esta ocasión, su honradez le costó la vida.

—Pero...¿por qué?—Inmaculada exigía una respuesta a la que había

creído su amiga hasta ese momento, con los ojos arrasados por las lágrimas— eras como de la familia, Maite ¡respóndeme!— la secretaria seguía con la cara agachada pero Inmaculada no lo podía soportar—¡no puede ser!, Maite ¡has estado mil veces en casa, incluso has venido de vacaciones con nosotros! —al ver que no respondía, sollozó de nuevo mientras la consolaba su hijo mayor, entonces Maite levantó la cara y dijo llorando,

—Lo siento, debía 150.000 euros —se limpió las lágrimas con la mano— hace tiempo que juego y ya había acabado con mis ahorros. Debía dinero a gente muy peligrosa y si no pagaba, el prestamista se quedaría mi casa y la de mis padres—se mordió el labio porque le temblaba la voz—ojalá pudiera volver atrás, pero no puedo. Durante el entierro, al ser consciente de lo que había hecho, quise morirme. Ha sido muy difícil seguir trabajando como si nada, casi es un alivio que me hayan descubierto—se dirigió a Germán con la voz temblorosa—todo sucedió como usted ha dicho. Me citaron en casa del secretario del consejo diciéndome que, si no iba, contarían a Lorenzo lo que habían descubierto sobre mí, y entonces me despediría. Todos estaban allí, los ocho, como si fueran los miembros de un jurado. Al principio les dije que no, pero, lo sabían todo incluso lo de las deudas, creo que me habían puesto un detective privado. Al final accedí, porque fui una cobarde, pero lo siento muchísimo Maite. Si te sirve de algo, me arrepentiré toda la vida de lo que he hecho—Inmaculada se levantó y mirándola con desprecio, dijo

—Nada de lo que hagas ahora, me devolverá a mi marido—miró a Germán y le dijo—señor Cortés, exijo justicia— y el policía contestó muy serio,

—La tendrá—ella afirmó con la cabeza y salió de la habitación seguida por sus hijos, mientras dos agentes se llevaban a la secretaria.

—Gracias a otro amigo, Leo—el Genio, que estaba junto a Dominó, lo

miraba con el ceño fruncido—me enteré de algo que tendría gran importancia en el curso de la investigación, porque por fin pude entender cómo se llevaron a cabo los asesinatos.

—Hace cuatro años, en 2014, un grupo de científicos rusos consiguió el premio internacional Galeno, el equivalente al Nóbel en la industria farmacéutica. Apoyados por capital privado, aunque estaban ubicados en Rusia, crearon un nano—transportador capaz de hacer llegar a través de la sangre y con la máxima precisión, un fármaco, en el momento que se le ordena, a una parte determinada de una célula—observó la cara de sorpresa de la mayoría de los que estaban en la reunión—sí, ya sé que parece ciencia ficción, pero no lo es. Entonces pensamos, si un nano-robot puede llevar cualquier medicación donde un científico quiera, ¿por qué no va a poder transportar bacterias en su lugar? Pero seguíamos teniendo un problema con esta teoría, y era que la enfermedad aparecía en las víctimas semanas, incluso meses después de su supuesta inoculación.

—Imaginemos que acusáramos a los simpáticos hermanos García, como culpables de inocular la bomba bacteriológica en las víctimas— al señalarlos, todos se volvieron hacia ellos extrañados—al comprobar cuándo habían atendido a su paciente, tendrían una coartada irrompible. Pongamos un ejemplo, si una enfermedad necesita para desarrollarse 10 días, y aparece a los 3 meses, nadie va a condenar a un dentista que le puso entonces un empaste, aunque estos dos hermanos hayan tratado a todas las víctimas—por todo el auditorio corrió un murmullo— dándole vueltas a este problema, y también en casa de mi amigo Leo, se me ocurrió algo que no sabía si era posible. Me puse en el lugar de los asesinos, y decidí que lo que yo haría sería inyectar las bacterias a las víctimas en un estado latente o de hibernación, y mediante los nano-robots, cuando yo quisiera, activarlas. Ruego a los expertos disculpen mi ignorancia en este campo, pero lo explico

lo mejor posible—se escuchó alguna risita y continuó— con eso conseguiría cambiar las fechas de incubación. Y, para dar las órdenes a los nano-robots cuando ya están en la corriente sanguínea y esto es muy importante, según el informe de los científicos rusos, la forma más efectiva es mediante una estimulación producida por un campo magnético—volvió a mirar a los dos hermanos y luego aclaró,

—Es decir, mediante imanes—levantó la mano derecha por encima de su cabeza, y varios agentes se colocaron rodeando a los dentistas y a Felipe Granados—por favor, entregad vuestros relojes a los agentes—lo hicieron después de mirarse entre ellos y tras unos segundos de duda, y un policía se los llevó a Germán. Alzó uno de ellos para que todos lo vieran y pulsó el botón de apertura de la tapa, lo que hizo que esta se levantara mostrando la brújula que había debajo, entonces el auditorio volvió a murmurar—al fin y al cabo, las brújulas utilizan agujas imantadas, es decir imanes—volvió a cerrar el reloj y lo dejó con cuidado en el atril—estos relojes, diseñados por el cerebro de esta trama Felipe Granados, demuestran la gran inteligencia de su creador—el aludido y Germán se miraban fijamente mientras el policía continuaba hablando— basta con acercarse a unos metros de la víctima con uno de ellos, y maniobrar de cierta forma la brújula, para dar la orden necesaria a los nano-robots —sonrió irónicamente—pero esta demostración, por un tema de seguridad, no la haremos en este momento, es preferible dejar que un experto los examine.

—Al principio me pareció curioso que los tres llevaran el mismo reloj, pero cuando, por casualidad, encontré la brújula escondida bajo la esfera en uno de ellos, algo hizo click en mi mente. Ayer estuve mirando por internet, porque su diseño me sonaba, y eso es debido a que la manufactura es muy parecida a los famosos relojes militares rusos Antonov, estoy seguro de que las similitudes son debidas a que han sido fabricados por la misma empresa

en Peterhof—cogió un papel del atril y volvió a bajar los escalones, pero en esta ocasión se dirigió hacia la izquierda, donde estaban Ramón y Martina sentados—esos tres relojes que acaban de entregarme, no son los únicos fabricados en Peterhof que hay en la sala, ¿no es cierto Martina?—la famosa madame, a pesar de la tensión que había en el ambiente, no apartó su mirada de Germán. Ramón, los observaba asombrado,

—Te equivocas, porque nunca llevo reloj—entonces le enseñó las muñecas desnudas.

—En la fiesta de la embajada llevabas uno exactamente igual al de ellos, pero más pequeño. Cuando lo pensé al día siguiente entendí cuál era tu papel en todo esto. Aunque en apariencia, tienes una relación sentimental con Ramón, tu pareja real y también tu jefe es Felipe Granados. Ahora, déjame ver tu bolso Martina, por favor—ella negó con la cabeza, pero al ver los agentes que había a su alrededor, se lo entregó. El reloj estaba en el fondo del bolso y Germán lo sacó para que lo vieran todos—estoy seguro de que te lo acabas de quitar, porque además de vértelo puesto en la fiesta de la embajada, el día que hablamos en tu “negocio”, también lo llevabas—entonces desplegó ante ella el documento que había cogido del atril.

—Esto es una orden de registro para “La Mariposa azul”, donde no dudo que encontrarán suficientes pruebas para incriminaros a todos, algo me dice que el laboratorio clandestino está allí—ella se levantó repentinamente hacia él con las manos curvadas como garras intentando arañarle la cara, a pesar de ello, no llegó a tocarle porque fue inmovilizada y esposada en ese instante—fuera te esperan seis agentes más, que te van a acompañar para que estés presente en el registro. De esta no te libras Martina—cuando se la llevaron fuera, Germán continuó,

—Cuando me enteré de la relación entre Ramón y Martina, me quedé

muy sorprendido. Ramón es un mujeriego recalcitrante que ha hecho algunas cosas moralmente reprobables, pero no me parecía un asesino. Para mí esa relación solo tiene una posible explicación, y es desviar la atención de la identidad de su verdadero amante, Felipe Granados—Felipe, con aspecto de psicópata aún sonreía, pero sus primos estaban muy serios y miraban constantemente a su alrededor como si buscaran una vía de escape.

—Gracias a una investigación realizada por Natalia Bolaños—su amiga se puso colorada, poco acostumbrada a llamar tanto la atención—colaboradora especial de nuestro grupo de trabajo, supe que Felipe Granados había estudiado biología, lo que confirmó mi teoría de que era el cerebro de toda esta trama. El señor Granados estuvo trabajando durante dos años, como ayudante de laboratorio con los científicos rusos de los que les he hablado hace un momento, y así pudo aprender la técnica necesaria para trabajar con nano-robots—Felipe y él se miraban fijamente—pero había algo que no me cuadraba. Según mi información, ese laboratorio estaba vigilado por el ejército ruso, y a pesar de que no dependía del gobierno directamente, este nunca hubiera admitido que un extranjero entrara a trabajar allí—miró a Felipe con una sonrisa irónica al ver que, por primera vez, estaba asustado

—Pero a él sí lo dejaron, incluso le ordenaron que fuera porque Felipe era, desde que estuvo en la universidad, un agente de la inteligencia rusa—el aludido miró a su alrededor intentando escapar, pero tuvo que seguir sentado al ver la cantidad de policías que había entre él y la salida. El general miró a Germán con los ojos entrecerrados y se levantó seguido por el ministro, Gilda y el embajador ruso. Se acercaron a él y estuvieron hablando durante un par de minutos mientras Isabel los miraba desde su posición muy preocupada, estaba segura de que le estaban echando la bronca. Natalia le dio un ligero codazo y preguntó,

—¿Por qué ha dicho eso delante de toda esta gente?, estoy segura de que no estaba autorizado a decirlo—Isabel apretó los labios, cabreada y admirada a partes iguales,

—Quiere que la gente lo sepa para que no lo intercambien por algo o por alguien con Rusia, y que lo juzguen en España. Lo hace por las víctimas y los familiares, no sé si darle un beso luego, o una torta.

—Chica, un beso, no lo dudes, no conozco a nadie capaz de hacer algo así, y mantenerse firme. Mira, ya se sientan todos, y él sigue tan tranquilo.

—Tan tranquilo no, te lo aseguro, por eso precisamente es tan valiente, porque no es un loco. Sabe perfectamente lo que arriesga—se calló para poder seguir escuchando.

—Por primera vez en mi carrera, he encontrado a un asesino que fabrica un arma del crimen a medida para cada una de sus víctimas. Felipe modificaba las bacterias a su conveniencia, y después las introducía dentro de un carpule o ampolla de anestesia, como las que utilizan los dentistas. Cuando terminaba su despreciable trabajo, se las pasaba a sus primos, junto con los nombres de las personas a las que iban dirigidas—se colocó ante Ángel y Javier mirándolos con desprecio—estos dos hombres en apariencia encantadores, eran los encargados de inyectar el líquido mortal en las personas que les ordenaba su primo—si lo pensamos un momento, todo el proyecto es una genialidad, terrorífica, pero una genialidad, porque ¿qué hay más natural en una sociedad civilizada que ir al dentista?, y nunca podemos tener la seguridad de lo que realmente está metiendo ese desconocido, al que todos tememos, en nuestro organismo—mientras seguía hablando volvió al atril,

—Para terminar, sabemos que, “La mariposa azul”, no solo era el lugar donde Felipe Granados fabricaba sus atroces armas, sino que también era

donde se “encargaban” esos asesinatos a medida. Nada más sencillo que decir: estoy harto de mi mujer—miró a Iván Bermejo— o de mi tío—miró a los sobrinos—y, una vez que la persona con la que hablaran se aseguraba de que lo decían en serio, le pondrían en contacto con Martina o con otra persona de su confianza. Así lo hizo Iván Bermejo, que se encaprichó de una de las prostitutas del local, Anita, y convenció a su esposa para contratar un seguro poniéndole a él como beneficiario, y cuando ella muriera y pudiera cobrarlo, se fugaría con su amante a Brasil—Anita, que estaba en una butaca junto a la que había ocupado Martina, lo miró totalmente descolocada—ella, por supuesto, se encargó de llevarle la petición a su jefa, y estoy seguro de que cobró una jugosa comisión por ello. También lo hicieron así los sobrinos de José Luis, que montaron una fiesta para celebrar la muerte de su tío, del que heredaron una cuantiosa herencia—finalmente podía ver las caras de los mellizos, que también miraban a su alrededor buscando una vía de escape que no existía—no tardaremos mucho tiempo en saber cómo contrataron los asesinatos el resto de los implicados.

—Todos los policías veteranos habrán reconocido al juez Lafuente, que está aquí acompañado por su hijo, ambos están detenidos como investigados por el asesinato de Francisco Jiménez Matís. Francisco fue pareja de su hijo, hasta que decidió separarse de él por su carácter, ya que era muy celoso y agresivo, hasta tal punto que Manuel Lafuente prefirió verlo muerto a que estuviera con otro hombre. Personalmente creo que el verdadero artífice de su asesinato fue su padre, el juez Lafuente, seguramente llevado por el enfermizo sentimiento protector que siente hacia su hijo, aunque por supuesto eso no es excusa. En cualquier caso, estoy seguro de que, con los registros que se van a realizar en las próximas horas, conseguiremos las pruebas que nos faltan para condenar a todos por asesinato—Germán miró con tristeza cómo Claudia lloraba en brazos de Íñigo, y apartó la vista sintiendo que,

demasiado a menudo, la justicia no era suficiente.

—Sara y Leandro fueron asesinados porque estuvieron cerca de descubrir el secreto más importante de Felipe. De Sara se encargó él mismo, había quedado con ella diciéndole que la ayudaría, porque Sara le había confiado lo que había oído Leandro—miró a la madre de Sara y a Rodolfo—fue él el que la empujó. La muerte de Leandro se produjo porque había ido a un dentista que Felipe le había recomendado, y pocas semanas después murió. Imagino que todos saben a qué clínica dental acudió—respiró profundamente antes de continuar.

—Todas estas personas murieron por la desmedida ansia de riqueza, y el total desprecio por la vida humana de este hombre—señaló a Felipe Granados—culpable de otros crímenes igual de graves a estos, pero de los que no puedo hablar aquí. Solo me queda asegurar a las familias de las víctimas, que haré todo lo posible para que se pudra en la cárcel. Eso es todo—recogió los papeles y anduvo hacia las escaleras. Entonces se escuchó un fuerte aplauso que empezó en las últimas filas, miró hacia allí, y se quedó sorprendido al ver a los militares de pie y aplaudiéndole, algunos silbaban y otros coreaban su nombre. Avergonzado, bajó las escaleras, observando cómo sus compañeros se llevaban a los sospechosos esposados. Luego, se vio asaltado por los asistentes, que querían saludarle.

—¡Mira un sitio, hemos tenido suerte! —Germán observó cómo Isabel realizaba las maniobras de aparcamiento, hasta dejar el coche perfectamente colocado, entonces bajaron y salieron corriendo hacia el portal del edificio, para mojarse lo menos posible con la lluvia. Entraron riendo en el ascensor, y él apretó la tecla del último piso, al verlo ella hizo una mueca.

—Seguro que es un ático de los que salen en las revistas—susurró,

Germán la miró sonriendo y ella se puso seria al ver su cara—no teníamos que haber venido, estás hecho polvo.

—Estoy bien, no te preocupes, solo necesito descansar—el ascensor se paró y se abrieron las puertas. La única puerta de toda la planta estaba abierta, y junto a ella los esperaba Gilda.

—¡Cuánto me alegro de que hayáis venido! —dio dos besos a Isabel, y luego a Germán, y les confesó—creí que en el último momento me diríais que no vendríais.

—¿Por qué? —Germán sentía curiosidad

—Yo en tu lugar no sé si lo habría hecho, sabiendo que todos estamos deseando que nos expliques el resto. Ahora que estamos entre amigos, podríamos decir.

—¿Ha venido el embajador? —Gilda arqueó las cejas con sorpresa y le dijo

—¡Qué directa querida!, sí, lo ha hecho—y susurró a continuación— pero esta vez como imaginaréis, solo ha venido con su escolta. Pasad por favor, y dejadme vuestros abrigos—los depositó en la cama de una habitación que había junto a la entrada, y la siguieron hasta llegar a un salón acogedor donde estaban todos de pie, con una copa en la mano. Los invitados hablaban en voz baja, mientras de fondo se escuchaba una balada triste en inglés. Los recibieron con grandes sonrisas y ellos fueron saludando a todos, hasta que llegaron a Roberto, Natalia, y al Genio, al que acompañaba una guapísima y ruborizada Dominó; algo más alejados estaban hablando un grupo de cuatro, Amaro con su mujer, y el ministro con la suya. Y sentado en un sofá con el general, estaba el embajador, mientras Gilda iba de acá para allá rellenando copas y hablando con todos.

Poco después, se fueron sentando en los sofás, ya que Gilda había avisado que la cena tardaría al menos una hora. Miraban a Germán discretamente hasta que la anfitriona, se atrevió a decir,

—Querido Germán, parece que todos son demasiado vergonzosos para preguntarte, por eso creo que es una suerte que yo no lo sea—el general que había dado un trago a su copa se atragantó al escucharla, y ella le echó una mirada cariñosa, pero que prometía venganza—cuéntanos cómo descubriste todo, por favor; ahora sí puedes hacerlo, estamos entre amigos—el embajador ruso arqueó las cejas como broma, pero sonreía mirando al policía.

—Yo sabía que el CNI tenía un agente en el rodaje, al principio no se me ocurrió que fuera Ramón, porque me parecía que para ser un agente era una tapadera que llamaba demasiado la atención. Pero después me di cuenta de que no era un personaje que se hubiera inventado, es que él era así, a mi modo de ver se aprovechaba de su puesto en el CNI para llevar la vida que le gustaba. Ni siquiera informó a sus superiores de lo extraño de la muerte de Sara Panadero, y creo que no lo hizo para que no se supiera que solía perseguir a las mujeres atractivas que trabajaban con él. Imagino que le han estado subvencionando las películas todos estos años, porque sino hubiera sido imposible que siguiera siendo director, he visto dos de ellas estos días y me parecen malísimas —todos rieron al escucharle, aunque el general parecía enfadado, cosa que a Germán no le extrañaba—pero lo que confirmó mis sospechas de que era un agente, fue la reunión que Ramón mantuvo en los baños de la embajada con Jorge Vela, entonces estuve seguro—el general carraspeó antes de hablar,

—Se le ha comunicado su baja en el destino, y baste decir que el siguiente no le gustará tanto. Ahora vivirá en un lugar muy aislado y sin rastro de civilización, allí estará varios años, el tiempo suficiente para pensar

sobre su actuación en este asunto. Hace tiempo que pienso que lo ocurrido no habría llegado tan lejos, si él hubiera actuado de otra manera. He encargado una auditoría interna, para valorar las actuaciones del resto de los trabajadores del CNI en este caso, porque no creo que tampoco hayan estado a la altura.

—General, aunque no entiendo de espionaje absolutamente nada, estoy de acuerdo con su valoración—el ministro antes de que se le adelantara nadie más, fue el siguiente en preguntar,

—¿Puedes explicarnos cómo supiste que Felipe Granados era un agente ruso? —Germán respiró hondo y sonrió.

—Fueron muchas cosas, muchos...detalles. Como ya sabéis, gracias al informe de Natalia supe que, nada más acabar biología, consiguió trabajo como ayudante en el laboratorio de unos afamados biólogos rusos. Ese grupo de científicos estaban haciendo grandes avances en cierto campo muy interesante: la nanotecnología. Pero había algo que no me cuadraba, me habían asegurado que el gobierno ruso no admitiría de ninguna manera, que allí trabajara un extranjero. Entonces se me ocurrió que sí lo harían si Felipe fuera uno de los suyos, y si era así, lo tendrían que haber captado en la universidad. Felipe fue enviado a Rusia, a ese trabajo en concreto, por el servicio de inteligencia ruso, para espiar los avances que se hacían en el laboratorio. La investigación que se estaba realizando era de tal importancia, que querían estar informados de todo. Y él lo hizo bien, pasándoles toda la información, claro que, a la vez, se quedó con copias de todo, para utilizar esa tecnología en beneficio propio cuando llegara a España. Además, aprovechó para hacerse amigo de otro ayudante como él, aunque este era ruso, más concretamente moscovita y que conseguiría, años después, trabajo en el Instituto de Reactores Atómicos en Rusia. Casualmente allí es donde

tenían custodiado el californio en el momento de su robo, y el nombre de este biólogo es Kondrati Bulavin—todos miraron al embajador, pero él solo miraba a Germán—el hermano del secretario del embajador ruso, Aleksandr Bulavin—Vladimir asintió y explicó,

—Solo puedo decir que, después que el gobierno ruso y el español hablaran largamente sobre este tema, decidieron que se le juzgara en Rusia, y ya está allí junto con el resto de los criminales de mi país que participaron en este acto terrorista. El presidente ruso desea que le haga llegar nuestro agradecimiento por todo lo que ha hecho, señor Cortés. Y una invitación personal para que visite nuestro país, cuando quiera.

—Muchas gracias, excelencia. Creo que Aleksandr actuó como intermediario entre su hermano y Felipe Granados, utilizando para ello todos los recursos de la embajada, por supuesto. De la embajada procedían las USB—el embajador no podía admitir oficialmente esta última frase, pero no pudo evitar decir a Leo,

—Por cierto, joven, a mi gobierno le gustaría saber cómo ha conseguido acceder a los datos de una de esas memorias, tenía entendido que era imposible—el Genio, sonriendo, se encogió de hombros mientras bebía de su lata de coca cola, y el embajador movió la cabeza y dijo a Germán—otro de sus amigos, ¿no?

—Eso es—contestó. El ministro al ver que había finalizado la explicación decidió continuar con lo que él podía aportar,

—En “La mariposa azul” hemos encontrado todas las pruebas que necesitábamos y más. Tal y como dijiste, los agentes localizaron una entrada que lleva al sótano oculta por las plantas. Hay una compuerta prácticamente invisible, que se abre pulsando una secuencia en el ascensor y bajando por esas escaleras, se llega al laboratorio. Cuando la chica de recepción se dio

cuenta del lío en el que estaba metida, nos dio la secuencia enseguida. Ese sótano parece la cueva de los tesoros, hay libros de cuentas con todas las transacciones... incluso vídeos de los clientes encargando los asesinatos. Imaginamos que fueron grabados pensando en hacerles chantaje en el futuro, además han encontrado cuadernos llenos de planes criminales. Seguramente llevará meses o años conocer el alcance real de la operación. Según sus libros, la cifra de asesinados es de 58 personas y ese mismo día se localizó y se hospitalizó a 6 personas, a quienes ya les habían inoculado las bacterias pero que todavía no se habían activado. También se ha realizado un registro en la clínica de los hermanos García, y se ha encontrado otro libro donde estaban anotadas las inoculaciones, y numerosas ampollas de anestesia contaminadas, cada una con el nombre de la persona a la que iban dirigidas. Hay que reconocer que era una organización muy ordenada, todo lo tenían apuntado, lo que nos va a venir muy bien. Aún falta mucho por investigar, por ejemplo, hay que cotejar los vídeos para ver si hay más “clientes” que hayan encargado un asesinato, aunque todavía no se haya llevado a cabo. Como he dicho, la investigación durará meses.

—¡Dios mío! —Roberto dejó el vaso de golpe en la mesa y todos lo miraron, se sintió agobiado por un momento al pensar que podía no haberse dado cuenta. Natalia cogió su mano para tranquilizarlo, y Germán continuó.

—¿Y el camión, el que tenía Felipe en el rodaje?

—Encontramos un par de USB de las “inexpugnables”, y se las llevamos a Leo—este sonrió mirando a Dominó, y Germán hizo lo mismo, al verlos—por supuesto, tardó pocos minutos en descubrir lo que había dentro. Dijo que no tenía mérito porque ya lo había hecho una vez y era mucho más fácil—volvieron a reír—dentro había una serie de códigos para enviar mensajes de socorro, y las direcciones de varios pisos francos en Madrid, además de una

especie de manual dirigido a los miembros del servicio de inteligencia ruso— el embajador cada vez estaba más pálido, y el ministro decidió hablar para tranquilizarlo—por supuesto, pasaremos la información a los rusos, porque es evidente que esas viviendas tendrán que ser desmanteladas—Germán, sorprendido ante tanta cordialidad, asintió. Luego preguntó algo que le rondaba por la cabeza desde hacía días,

—¿Qué ha pasado con el Californio-252? —el general hizo una mueca y dijo,

—De momento, está a buen recaudo enterrado en un silo de hormigón, en un lugar que no podemos revelar.

—Entiendo.

—Temporalmente, espero—precisó el embajador, Germán sonrió porque no había que olvidar el coste por gramo del material.

—Por supuesto—contestó el general, que ofreció más vino, y se levantó a por otra botella.

—¿Sabes una cosa Germán? —Gilda, que se había sentado a su lado, esperó a que la mirara antes de continuar—conozco muy bien a mi marido, y estoy segura de que te va a presionar duro para que trabajes con él. Pero recuerda, si tú no quieres, no tiene nada que hacer. En cuanto a lo que hiciste en el auditorio descubriendo que Granados era un espía ruso, le he dado muchas vueltas y, extraoficialmente por supuesto, creo que hiciste bien. A Felipe Granados, gracias a ti, lo va a juzgar el Tribunal Supremo por terrorismo, por más de cincuenta asesinatos, y por traición y espionaje. Y si no hubieras dicho en público lo que es, no se le juzgaría en nuestro país. Sólo por eso, creo que deberías seguir trabajando como policía.

—Es que soy policía, no quiero ser nada más—miró a Isabel que reía

junto a Natalia y a Dominó—así soy un hombre feliz—sonrió agotado—cansado, pero feliz.

Luego se levantó y, después de coger una copa de vino, se colocó junto a Isabel y dio un largo sorbo mientras escuchaba, con una gran sonrisa, la conversación entre las tres mujeres.

FIN

¡Gracias por leer esta historia!

Recuerda que para participar en el sorteo de este mes y poder ganar una de mis **NOVELAS GRATIS**, solo tienes que mandarme un correo electrónico con el código secreto “**223RODAJE**” y tu nombre a margottechanning@gmail.com

A continuación tienes el primer capítulo del **MISTERIO DEL MARIDO DESAPARECIDO**, primera novela de esta saga.

UNO

Natalia Bolaños estaba harta de su mala pata, y nunca mejor dicho, en los dos meses que llevaba de inactividad, había organizado todos los papeles que tenía en casa, había visto las películas que tenía pendientes, incluso había empezado a escribir una novela, que había dejado a medias, por supuesto.

—Señorita por favor—levantó la vista de las agujas de hacer punto, y miró a la asistenta que no había tenido más remedio que contratar. Con la pierna derecha escayolada hasta la ingle, había muchas cosas que no podía hacer sin ayuda. Sonrió a Francisca, que era un encanto y le aguantaba el malhumor sin una mala cara,

—Por favor te lo repito, llámame Natalia, si me llamas señorita no me doy por aludida—la otra muchacha asintió, pero ella sabía que a la próxima vez la volvería a llamar así.

—Mire, es que según las instrucciones que dejó el médico, aquí pone que hoy tiene que comer filete con patatas fritas y sopa, tengo el caldo hecho, pero no hay filete, ¿habrá algún problema si come otra cosa de segundo?

—Tranquila, a mí me da igual las instrucciones que dejara el pesado de Roberto—estaba más que harta de que se metiera en su vida— ¿qué te parece si pedimos una pizza para las dos? —Francisca le lanzó una sonrisa como si fuera una niña, cuando sonreía, Natalia era consciente de lo joven que era, solo tenía 22 años.

—¡Ah! Veo que te gusta la pizza, ¡bien! —alargó la mano hacia el móvil — voy a pedirla, enseguida la tendremos aquí, ¿de qué te gustan? —la muchacha sonrió valientemente

—Me gustan con todo.

—¡Estupendo, a mí también! —pidió la comida y luego continuó intentando aprender a hacer punto. Cuando llegó la pizza media hora después, ya había decidido que hacer punto, tampoco era lo suyo.

Comieron como dos niñas hambrientas, Natalia tuvo que obligar a Francisca a que se sentara a su lado a comer, y estaban a media pizza cuando sonó la puerta de la calle. Francisca se levantó de un salto, como si el visitante pudiera regañarla por comer con la dueña de la casa. Natalia sonrió hasta que escuchó la voz del visitante y su cuerpo entero se puso rígido pensando en tener que verle otra vez. Respiró hondo, pero daba igual, ya estaba cabreada. Siempre le ocurría.

—Hola Natalia—él no parecía más feliz de verla que ella de verle a él, por lo menos, era un alivio saber que a él también le molestaba tenerla delante. Pero si era así ¿por qué venía?

—Hola Roberto, creía que habíamos quedado en que ya no vendrías más. Si tengo algún problema, avisaré a mi médico, que por cierto...no eres tú— Francisca se fue a la cocina con su trozo de pizza, al ver que empezaba la guerra.

Roberto, al contrario de lo que hubiera hecho cualquier hombre decente, se acercó hasta ella y se sentó a su lado, observando la pierna escayolada que mantenía estirada sobre una silla. Posó con cuidado la mano en los dedos de su pie,

—Tienes los dedos helados—ella frunció el ceño cuando él cerró su mano

con suavidad sobre ellos para calentarlos, agitó la pierna para que los quitara, aunque le costó realizar el movimiento,

—Quita la mano Roberto, y déjame en paz, no eres bienvenido aquí, ya te lo dije ayer—intentaba no levantar la voz principalmente por Francisca, ya la había asustado bastante el día anterior.

—Creía que ya se te habría pasado el malhumor—movió la cabeza chasqueando la lengua—entonces, abrió su mochila y sacó un termómetro, y lo dirigió hacia su boca, ella la cerró para que no pudiera metérselo, pero él presionó hasta que consiguió que entrara. Ella levantó la mano para sacárselo, pero él se la sujetó,

—Estate quieta Natalia, no seas niña—por el motivo que fuera, el contacto de sus manos en las suyas, consiguió alterarla más —estás algo roja, puede que tengas unas décimas de fiebre, ¿te duele la garganta? —frunció el ceño pensativo—recuerdo que, cuando eras niña, tenías muchas veces anginas, tus padres se empeñaron en que no te las quitaran de pequeña—por fin le quitó el termómetro.

—¡Eres como el dentista, preguntando cosas que no te pueden contestar!, vale, ya me has metido el termómetro. Si te has quedado a gusto, haz el favor de irte, estoy comiendo—él miró con el ceño fruncido el trozo de pizza grasienta que había en su plato.

—No sé cómo no estás como una bola con semejante alimentación, le dije a Francisca cuál tenía que ser tu dieta para recuperarte antes. Y, por cierto, tienes fiebre, por si te interesa—él había apretado la mandíbula, ella sabía que cuando se ponía así, no se podía con él.

—Roberto, no te aguanto, creo que ya te lo he dicho en varias ocasiones, pero te lo repito. El que nuestros padres sean amigos, no quiere decir que tú y

yo, tengamos que serlo. Por favor ¿puedes irte? —por un momento le pareció que había ido demasiado lejos, porque le dio la impresión de que él se había puesto algo pálido, pero enseguida se rehízo y resopló agotada al ver que atacaba de nuevo,

—Tienes que tomar paracetamol e ibuprofeno alternándolo para bajar la fiebre, te traeré las pastillas. ¿Dónde tienes el botiquín? —ella señaló el baño sin hablar y dejó el plato en la mesa, ya sin hambre. Estaba segura de que no la dejaría en paz si no cooperaba, por lo menos tomándose las pastillas.

—¡Esto es una vergüenza! — se sobresaltó al oírle, Roberto salió del baño con dos cajas en la mano, y ella sintió que se ponía más colorada todavía, había olvidado que los tenía allí—¿tienes todas las medicinas caducadas!, ¡pero si tienes caducados hasta los condones! —miró las dos cajas de colores brillantes, que prometían un alto grado de satisfacción a sus usuarios—¿Tamaño extra-grande? ¿es una broma? —la miró irónico— ¿y necesitas comprar las cajas de 50 unidades? —ahora él también estaba rojo, por lo menos estaban iguales, pensó.

—Roberto, eso es asunto mío, así que si no te importa déjalos donde los has encontrado, Francisca puede ir a comprarme lo que me has dicho—pero él, como ella imaginaba, no le hacía ni caso.

—¡Francisca! ¡tráigame el cubo de la basura! —le miró con el ceño fruncido, pero, aunque le molestaba profundamente reconocerlo, sabía que tenía razón, tendría que haber hecho limpieza en el botiquín años atrás— muchas gracias—Roberto se lo agradeció a Francisca y cogió el cubo de sus manos llevándose lo al baño, desde allí pudo escucharle tirar todo lo que quiso mientras seguía gruñendo. Al menos, cuando salió, parecía más calmado.

—Tenga Francisca—le devolvió el cubo mucho más lleno— dejó aquí mis cosas, bajo un momento a la farmacia—se fue, ignorando la lengua que

le enseñaba Natalia, como hacía cuando era pequeña.

—Señorita,

—Natalia, por favor Francisca...

—Sí, Natalia, esto...solo quería decirle que yo creo que debería tratar algo mejor a este hombre, no va a encontrar otro que le quiera tanto.

Y después de soltar semejante frase inexplicable para ella, se fue a la cocina, dejando a Natalia con la boca abierta.

Desgraciadamente, Roberto volvía veinte minutos después, con una bolsa llena de medicamentos que dejó encima de la mesa. Trajo el botiquín del baño y estuvo llenándolo con lo que había traído.

—No te he pedido nada, ni siquiera sé para qué son esas cosas.

—Tiritas, vendas, gasas, desinfectante para las heridas...todo complicadísimo—sonrió irónicamente—

—¡Qué gracioso eres! —ella también podía ser irónica. Él la miró con el ceño fruncido, y ella le imitó.

—¿Quiere un poco de sopa doctor?, hay mucho caldo y no lo hemos probado, con la pizza...—él desvió la mirada de la cara de Natalia para posarla en la asistenta, y la sonrió afablemente. Natalia al verlo se sintió ultrajada, a ella nunca la sonreía así. Desde que podía recordar, con ella era muy antipático.

—Prefiero un poco de pizza, gracias—lo que le faltaba por escuchar.

—¡No me lo puedo creer!, cuando yo como estas cosas me pones verde, ¿y tú si puedes? —Roberto se había puesto cómodo en la mesa y la miraba atento, mientras mordía un triángulo de pizza con ganas.

—Yo no lo como casi nunca, aunque soy humano y me gusta. Pero no podría vivir de este tipo de comidas como tú. No es sano. Y como tu médico, tengo que decírtelo.

—¡No eres mi médico!, no he aceptado que lo seas—¡qué cansancio de hombre!

—Mientras no me presentes a otro que acepte serlo, seguiré siéndolo, necesitas uno a tiempo completo.

—¡No quiero que sigas metiendo las narices en mis cosas Roberto! —se cruzó de brazos, ya no sabía qué hacer para que la dejara en paz. No le soportaba, la enfadaba tanto que perdía el buen humor, ¡eran incompatibles!

—Pero ¿qué narices te pasa? —ella se encogió de hombros, aunque estuvo a punto de decirle que cada día le aguantaba menos. Para su horror sintió que unas lágrimas asomaban en sus ojos, se las limpió con rabia, odiándose por haber permitido que la viera así, como si fuera débil. Pero él no aprovechó la ventaja, contrariamente a lo que pensaba, y se levantó poniéndose en cuclillas junto a ella, susurrándole,

—¿Qué te pasa cariño? —ella negó con la cabeza, pero se dejó envolver por los fuertes brazos de su archienemigo. Sollozó como hacía años que no lo hacía, en su hombro, mientras que él le acariciaba suavemente la espalda, haciendo que se estremeciera.

Estuvieron así unos minutos perdidos en el tiempo, como si fueran dos personas normales, y no dos que habían nacido para pelear. Él la apartó retirándole el pelo negro que le cubría parte de la cara, y la miró a los ojos marrones y húmedos:

—¿Estás mejor? —ella asintió—¿seguro?

—Sí, lo siento, es que después del accidente no lloré ni nada, creía que lo

había aceptado todo muy bien, pero llevo un par de noches con pesadillas.

—Es normal, deberías hablar con alguien.

—Ya, no es nada, no tiene importancia—cogió una servilleta y se limpió las lágrimas sonriendo—perdona, no pensaba echarme en tus brazos hoy precisamente—sonrió, pero su sonrisa murió cuando vio la expresión de él—¿qué te pasa Roberto? —él no contestó, simplemente la abrazó más fuerte contra él y bajó la cabeza lentamente hasta ella, para darle tiempo a retirarse si quería, pero ella no lo hizo. Entonces, la besó.

Si te ha gustado y quieres seguir leyendo, busca en tu kindle:

EL MISTERIO DEL MARIDO DESAPARECIDO



www.margottechanning.com